



Poesías

Gaspar Melchor de Jovellanos



Colección 10.º Aniversario

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

[**Nota preliminar:** Jovellanos dejó gran parte de sus poesías sin publicar en vida. Las mismas se han conservado, fundamentalmente, en los manuscritos 12958, 3809, 3751, 18470, 18471, 12944, 12956, 12963, 17676 y 3703 de la Biblioteca Nacional (Madrid). A partir de los mismos y otras fuentes, tanto manuscritas como editadas, José Miguel Caso González realizó su magnífica edición crítica: **Obras completas. T. I: Obras literarias**, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII-Ayto. de Gijón, 1984. En las páginas 39-55 de la misma se puede encontrar un pormenorizado estudio de las fuentes utilizadas para la edición de las poesías, que ocupan las páginas 56-324. Recomendamos la consulta de esta edición crítica, todavía no superada, por su completo y erudito aparato crítico. La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes ha partido de la misma y, con leves modificaciones para corregir erratas y ajustar el texto a nuestras normas, presentamos a los usuarios una edición de los textos poéticos de Jovellanos que nunca habría sido posible sin la infatigable tarea del profesor Caso, maestro de tantos dieciochistas. No incluimos las poesías atribuidas a Jovellanos (ed. Cit. pp. 325-350) y respetamos la ordenación de los poemas según la edición del profesor Caso.]

Carta de Jovellanos a su hermano Francisco de Paula, dedicándole sus poesías

Aussus non operam, non formidare poetae
nomen, adoratum quondam, nune pene procaci
monstratum digito.

Jacques Vanière

Gloria felicitis olim viridisque juventae.

Por fin, querido Frasquito, van a tus manos estos versos, que son el único fruto de mis ocios juveniles, y en ellos te envío una firme prueba de mi amor y confianza fraternal. Mil razones, que no se ocultarán a tu penetración, me han obligado siempre a esconderlos, no sólo de la vista del público, sino también de la mayor parte de mis amigos. Viéronlos solamente aquellos pocos a quienes una íntima y sensible amistad y una perfecta confrontación de sentimientos y de ideas tuvo siempre abiertas las puertas de mi corazón. Para los demás estos versos han sido siempre un misterio ignorado o escondido.

Es verdad que, prescindiendo de la materia sobre que generalmente recaen estas composiciones, he creído que debía también ocultarlos por su poco mérito; porque siendo hechos rápida y descuidadamente en los ratos que se llaman perdidos, y no habiendo recibido aquella corrección y pulimento sin los cuales ninguna obra es acabada, no hay duda que serán muy defectuosos y que no merecerán aprecio alguno, por más que hayan tenido algún día el mérito respectivo a la ocasión y al tiempo en que se hicieron.

Pero sobre todo, nada debió obligarme tanto a reservarlos y esconderlos, como la materia sobre que generalmente recaen. En medio de la inclinación que tengo a la poesía, siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor. Sé muy bien que la juventud la prefiere en sus composiciones, y no lo repruebo. Es natural que un poeta joven busque el objeto de sus composiciones entre los que ocupan su corazón más dulcemente; lo primero, porque así sentirá mayor placer en hacer versos, y lo segundo, porque los hará mejores. Aun por eso vemos que los que nacieron para grandes poetas han hecho sus ensayos en las poesías amorosas y tiernas. Estoy persuadido a que no tendríamos los grandes poemas, cuya belleza nos encanta y sorprende después de tantos años, si sus autores no hubiesen desperdiciado muchos versos en objetos frívolos y pequeños. Cuando Virgilio dio principio a su **Eneida**, había ya admirado a Roma con sus **Bucólicos** y con los inimitables **Geórgicos**; de manera que primero cantó de amores, después de los placeres y ejercicios del campo, y al fin los hechos grandes y memorables que precedieron a la fundación de la soberbia Roma.

Pero vuelvo a decir, sin embargo, que la poesía amorosa me parece poco digna de un hombre serio; y aunque yo por mis años pudiera resistir todavía este título, no pudiera por mi profesión, que me ha sujetado desde una edad temprana a las más graves y delicadas obligaciones. Y ve aquí la razón que me ha obligado a ocultar cuidadosamente mis versos, conociendo que pues al componerlos había seguido el impulso de los años y las pasiones, no debía hacer una doble injuria a mi profesión con la flaqueza de publicarlos.

Dirás acaso que en esto he pensado con demasiada delicadeza, y lo mismo que he dicho en favor del uso de la poesía ligera en los primeros años, te inclinará tal vez a desaprobala. Pero debes considerar, que aunque las obligaciones del hombre en la vida privada son iguales en todos los estados, su pública conducta debe variar según ellos. Los hombres se revisten de tales personalidades hacia el público por su profesión y sus destinos, que lo que es en unos una amable galantería, pasa justamente en otros por una liviandad reprehensible. Entre todos son los magistrados los que están más obligados a guardar unas costumbres austeras, porque el público tiene un derecho a ser gobernado por hombres buenos, y por lo mismo quiere que los que mandan lo parezcan; exige de nosotros un porte juicioso y una conducta irreprehensible; quiere que le dirijamos con nuestra doctrina, y que le edifiquemos con nuestro ejemplo; y así como premia la aplicación y la virtud de los buenos magistrados con un tributo de estimación y alabanza, cuyo precio es inmenso, se venga, por decirlo así, de los malos, censurando sus errores y extravíos con la mayor severidad, castigándolos con el odio y el desprecio. De este modo se compensa la desigualdad de las condiciones, y se igualan las suertes de los que obedecen y los que mandan.

Estas razones, que me obligaron a entregar al fuego la mayor parte de mis versos y a sepultar en el olvido esos pocos, que por no sé qué casualidad se libraron de él, deben obligarte a ti también a ser muy circunspecto en el uso de esta confianza. Mis versos contienen una pequeña historia de mis amores y flaquezas: ¡mira tú, si estando yo arrepentido de la causa, podré hacer vanidad de sus efectos! Por lo común a cualquiera de estas composiciones sigue un pronto arrepentimiento de haberlas hecho. Y apenas se desvanece el entusiasmo con que se escribieron, cuando empieza a mirarlas con desprecio el mismo que las produjo. Por eso, si después de haberlos leído quisieres quemarlos, podrás hacerlo a tu salvo, pues nunca estarán más secretos que cuando se hayan reducido a ceniza.

Es verdad que entre estas composiciones hay algunas de que no pudiera avergonzarse el hombre más austero, al menos por su materia. Pero, prescindiendo de su poco mérito, es preciso ocultarlas sólo porque son versos. Vivimos en un siglo en que la poesía está en descrédito, y en que se cree que el hacer versos es una ocupación miserable. No faltan entre nosotros quienes conozcan el mérito de la buena poesía, pero son muy pocos los que saben y menos los que se atreven a premiarla y distinguirla. Y aunque no sea yo de esta opinión, debo respetarla, porque cuando las preocupaciones son generales, es perdido cualquiera que no se conforme con ellas.

Bien sé que no pensaban así los antiguos. El inmortal Cicerón no se desdeñó de hacer versos, sin embargo de que obtuvo las primeras magistraturas de Roma; Plinio el Mozo, magistrado, orador y filósofo del tiempo de Trajano, se ocupaba muchos ratos en hacer versos. Es muy notable lo que dice sobre esta materia, como se puede ver en la carta 14 del libro IV, y en la cuarta del libro VII, que no copio por la brevedad con que escribo.

Hubo también entre nosotros un tiempo en que la poesía era ocupación de los hombres más doctos y más graves, y en el catálogo de nuestros poetas se leen gentes de todas dignidades y profesiones: ni faltan en él obispos, sacerdotes, doctores, religiosos, magistrados, y cuando no hubiese más ejemplos que los del célebre obispo Balbuena, del sabio Arias Montano, del elocuente fray Luis de León, sin contar los Mendozas, los Rebolledos, los Crespis, Vegas y Calderones, bastarían para probar cuánto y por cuán grandes personajes fueron cultivadas las Musas entre nosotros otras veces.

Pero vuelvo a decir que es preciso respetar la preocupación al mismo tiempo que se trabaje en deshacerla. Yo encuentro la causa del descrédito de la poesía en el mal uso que hicieron de ella los poetas del siglo pasado, y ya que la casualidad me ha conducido hasta este punto, discurremos un poco sobre esta decadencia, y para averiguar un punto tan importante en nuestra historia literaria, acumulemos nuestras reflexiones sobre las que han hecho anticipadamente otros eruditos.

En la restauración de los estudios se empezaron a cultivar cuidadosamente entre nosotros las humanidades o bellas letras, y particularmente tuvo la poesía muchos y muy distinguidos profesores. Empezaron éstos a imitar los grandes modelos que había producido la Italia, así en tiempo de los Horacios y Virgilio, como en el de los Petrarcas y los Tassos. Entre los primeros imitadores hubo muchos que se igualaron a sus modelos. Cultiváronse todos los ramos de la poesía, y antes que se acabase el dorado siglo XVI había ya producido España muchos épicos, líricos y dramáticos comparables a los más célebres de la antigüedad.

Casi se puede decir que estos bellos días anochecieron con el siglo XVI. Los Góngoras, los Vegas, los Palavicinos, siguiendo el impulso de su sola imaginación, se extraviaron del buen sendero que habían seguido sus mayores. La novedad, y más que todo la reputación de estos corrompedores del buen gusto, arrastró tras de sí a los demás poetas de aquel tiempo, y poco a poco se fue subrogando en lugar de la grave, sencilla y majestuosa poesía, una poesía hinchada y escabrosa, llena de artificio y extravagancias.

Cuando hablo generalmente de la poesía, no se crea que quiero calificar en particular los poetas. Sé que el siglo XVII produjo muchos de gran mérito, y sé que algunos de ellos, en medio de la corrupción y el mal gusto, han producido algunos poemas excelentes. Pero esto debe mirarse como un argumento de lo que puede hacer un grande ingenio por sí solo, mas no como una prueba en favor de la bondad de la poesía de aquel tiempo en general. Seguramente Góngora, por no poner otro ejemplo, estimaba más sus **Soledades** y sus sonetos que sus bellos romances. ¡Cuánta diferencia, sin embargo, se halla entre una y otra poesía!

Muchas veces he reflexionado que este mal gusto hizo más daño que utilidad había causado el bueno a la poesía. Ningún siglo crió tan prodigioso número de poetas como el pasado; en ninguno tuvo la poesía tan grande estimación. El reinado de Felipe IV era el de Augusto y de Mecenas. El mismo rey se complacía en hacer versos, y a su imitación no había persona que desdeñase un arte que hallaba estimación hasta en el trono. Pero esto mismo acabó de arruinar la poesía. Todos quisieron ser poetas en un tiempo en que se hacía granjería de los versos; y como para serlo al modo y gusto del tiempo no era menester otra cosa que un poco de ingenio, eran pocos los que no podían ser poetas. Creció ilimitadamente el número de los cultivadores de las Musas, y entre tantos era preciso que hubiese muchos despreciables y extravagantes, y lo que es peor, muchos que hicieron servir el lenguaje de los dioses a su ambición y a su codicia. ¡Qué inmenso número de poesías pudiera recogerse entre las de aquel tiempo en que no se halla más lenguaje que el de la lisonja, más calor que el del odio y la venganza, ni más moral que la de los vicios y pasiones!

Con esto empezaron poco a poco a ser aborrecidos o despreciados los poetas, y al fin el descrédito de los poetas se comunicó a la poesía.

Así entró el presente siglo, que debía formar una nueva época para nuestras Musas. Los Candamos, los Lobos y los Silvestres mantuvieron por algún tiempo el crédito de la mala poesía; pero poco a poco fue naciendo el buen gusto y ya en el día vemos con grande complacencia amanecer de nuevo los bellos días en que las Musas españolas deben recobrar su antigua gloria y esplendor.

Sin embargo, la preocupación dura todavía. Las gentes de juicio no se atreven a divulgar un talento que no tiene seguros el aprecio y estimación del público. Entretanto es preciso que las Musas anden como unas ninfas vergonzantes y que no se atreven todavía a parecer en público por no recibir algún insulto de las personas ignorantes, austeras o preocupadas.

En cuanto a mí, estoy muy lejos de creer que mis versos tengan un gran mérito; pero sí aseguraré que no se parecen a los del mal tiempo. Si por otra parte no merecen ser estimados, ésta no será falta de crítica, sino de ingenio. Sin éste nadie puede ser poeta, y como dice el Horacio francés:

C'est en vain qu'au Parnasse un temeraire auteur
Prétend de l'art des vers atteindre la hauteur,
S'il ne sent point du ciel l'influence secrète,
Si son astre en naissant ne l'a formé poète.

Algo quisiera añadir en abono de los versos libres o blancos; pero me insta el conductor que debe llevar esta colección. Queda este asunto para otra carta, si acaso los negocios de oficio me permitiesen dedicar a él algún rato. Y entre tanto...

Allá van a tus manos
mis versos, oh Paulino;
mis versos mal limados,
mis versos bien sentidos,
de afecto y verdad llenos,
si de primor vacíos.
Partid, partid alegres
¡oh pobres versos míos!;
partid de mí, sin miedo
de ser mal admitidos.
No vais emancipados
del público al capricho,
injusto siempre y vario,
ni vais a ser ludibrio
de zoilos envidiosos
ni críticos malignos.
Mejor y más dichoso

será vuestro destino,
pues vais a ser recreo
de mi caro Paulino;
vais a llenar las horas
que hurtare a su preciso
descanso, y en sus ocios
vais de él a ser leídos;
a ser vais por su vista
pasados de continuo,
y a ser de su memoria
mil veces repetidos.
Tal vez, al repasaros,
saldrá, mal reprimido,
el llanto a sus mejillas,
y tal, enternecido,
os honrará su pecho
con un tierno suspiro.
Empero si por caso
alguna vez tenidos
de él fuereis por livianos;
si acaso del antiguo
ropaje, con que incauta
mi pluma os ha guarnido,
culpare la extrañeza
y el aire peregrino;
en fin, si os reprendiere
por libres y sencillos,
y el tono licencioso
culpare acaso esquivo,
decidle solamente
que fuisteis concebidos,
unos del ocio blando
en medio del descuido,
otros de los negocios
en medio del bullicio,
y otros, al fin, en medio
del fuego más activo
de amor, y en el tumulto
de los años floridos.
Empero, si os disculpa,
piadoso y compasivo,
de ser de él estimados
vivid desvanecidos.
Vividlo, mas no tanto
que al público capricho
de la común censura
salgáis inadvertidos:
no sea que os prevenga,
como a otros, el destino
borrascas, escarmientos,
naufragios y peligros.
Vivid por tiempo largo,
contentos y escondidos,
en el virtuoso pecho
de mi caro Paulino.

Table of contents

- [Carta de Jovellanos a su hermano Francisco de Paula, dedicándole sus poesías](#)
- 1. [-I-](#)
- 2. [-II-](#)
- 3. [-III-](#)
- 4. [-IV-](#)
- 5. [-V-](#)
- 6. [-VI-](#)
- 7. [-VII-](#)
- 8. [-VIII-](#)
- 9. [-IX-](#)
- 10. [-X-](#)
- 11. [-XI-](#)
- 12. [-XII-](#)
- 13. [-XIII-](#)
- 14. [-XIV-](#)
- 15. [-XV-](#)
- 16. [-XVI-](#)
- 17. [-XVII-](#)
- 18. [-XVIII-](#)
- 19. [-XIX-](#)
- 20. [-XX-](#)
- 21. [-XXI-](#)
- 22. [-XXII-](#)
- 23. [-XXIII-Epigramas](#)
- 24. [-XXIV-](#)
- 25. [-XXV-](#)
- 26. [-XXVI-](#)
- 27. [-XXVII-](#)
- 28. [-XXVIII-](#)
- 29. [-XXIX-](#)
- 30. [-XXX-Traducción de cinco dísticos que figuran en el retrato de Juan de Herrera, grabado por Pedro Perret](#)
- 31. [-XXXI-](#)
- 32. [-XXXII-](#)
- 33. [-XXXIII-](#)
- 34. [-XXXIV-](#)
- 35. [-XXXV-](#)
- 36. [-XXXVI-](#)
- 37. [-XXXVII-](#)
- 38. [-XXXVIII-](#)
- 39. [-XXXIX-](#)
- 40. [-XL-](#)
- 41. [-XLI-](#)
- 42. [-XLII-](#)
- 43. [-XLIII-](#)
- 44. [-XLIV-](#)
- 45. [-XLV-](#)
- 46. [-XLVI-](#)
- 47. [-XLVII-](#)
- 48. [-XLVIII-](#)
- 49. [-XLIX-](#)
- 50. [-L-](#)
- 51. [-LI-](#)
- 52. [-LII-](#)
- 53. [-LIII-](#)
- 54. [-LIV-](#)
- 55. [-LV-](#)
- 56. [-LVI-](#)
- 57. [-LVII-Paráfrasis al salmo «Judica me, Deus»](#)
- 58. [-LVIII-](#)
- 59. [-LIX-](#)
- 60. [-LX-](#)

Soneto primero

A Clori

Sentir de una pasión viva y ardiente
todo el afán, zozobra y agonía;
vivir sin premio un día y otro día;
dudar, sufrir, llorar eternamente;
amar a quien no ama, a quien no siente,
a quien no corresponde ni desvía;
persuadir a quien cree y desconfía;
rogar a quien otorga y se arrepiente;
luchar contra un poder justo y terrible;
temer más la desgracia que la muerte;
morir, en fin, de angustia y de tormento,
víctima de un amor irresistible:
ésta es mi situación, ésta es mi suerte.
¿Y tú quieres, crüel, que esté contento?

2. - II -

Soneto segundo

A Clori

De agudo mal el golpe no esperado
asusta, Clori, tu preciosa vida,
y al mirarte doliente y afligida,
mi enfermo corazón tiembla asustado.
Dos veces con influjo porfiado
ejerce el mal su saña enfurecida:
una turbando mi alma dolorida,
otra afligiendo tu ánimo angustiado.
¿Cuál, Clori, de los dos, pues la inclemencia
del mal sentimos ambos de consuno,
cuál, dime sufrirá mayor martirio:
tú, en quien se ceba la crüel dolencia,
o yo, que todo el mal siento importuno
de tu misma dolencia y mi delirio?

3. - III -

Soneto tercero

A Enarda

Bello trasunto del semblante amado,
que acá en mi corazón llevo esculpido,
¿cómo pudo el pincel, aunque regido
de diestra mano, haberte bosquejado?
¿Cómo en humana idea tal dechado
de perfección ser pudo concebido?
¿Por qué milagro en el marfil bruñado
respira y ve mi dueño idolatrado?
Del bello original la gracia, el brío,
el peregrino encanto, el gentil arte,
y hasta el alma, copiados en ti veo.
¡Gracias a su deidad y al amor mío!
Porque sólo pudieron inspirarte
belleza Enarda, y vida mi deseo.

4. - IV -

Idilio primero

Anfriso a Belisa

I

Del Betis recostado
sobre la verde orilla,
así el pastor Anfriso
se lamentaba un día,
culpando los desprecios
de la crüel Belisa:
-Permita el justo cielo,
desapiadada ninfa,
que en la aflicción que lloro
te vea yo algún día;
permitan de los dioses
las siempre justas iras
que con tu llanto y quejas
consuele yo las mías.
Cuando de aquél que adoras,
mofada y ofendida,
te quejes a los cielos,
los montes y las silvas;
cuando tu rostro ingrato
descubra la ruina
de los rabiosos celos,
de las celosas iras;
y cuando de tus ojos
las luces homicidas
cuidados oscurezcan,
pesares y vigiliass,
y del contino llanto
las mire yo marchitas;
entonces, solazada,
la triste ánima mía
olvidará sus penas,
sus males y sus cuitas;
entonces el llanto ardiente
que hoy riega mis mejillas,
a vista de tu llanto
convertiráse en risa;
entonces las angustias
que el corazón me atristan,
las ansias que le aquejan,
los celos que le aguijan,
se trocarán en gusto,
consuelo y alegría.

II

En vano te deleitas
al ver el llanto mío,
crüel Belisa. En vano
celebras mis suspiros.
De lágrimas ardientes
mi rostro humedecido,
con las vigiliass flaco,
con el dolor marchito,
tu liviandad arguye,
reprende tus caprichos,
y al mundo entero grita
tu infamia y tu delito.
Estos que en mi semblante
ves de dolor indicios,
no son exequiass tristes
hechas a un bien perdido,
ni son a tu hermosura
tributos ofrecidos:
de tu perfidia sólo

son argumento fijo,
horror de tus engaños,
baldón de mis delirios.
No llores tus rigores,
ni siento haber perdido
correspondencias falsas,
favores fermentidos;
de mi ceguedad sólo
y mis engaños gimo;
lloro a un ingrato numen
los hechos sacrificios,
y el exhalado incienso
sobre un altar indigno;
lloro el recuerdo infame
del cautiverio antiguo,
y el peso vergonzoso
de los llevados grillos.
En mi memoria triste
revuelvo de contino
obsequios mal pagados,
desdenes mal sufridos,
pospuestas y olvidadas
finezas y suspiros.
Pero, Belisa, en vano
te agrada el llanto mío.
Amor, que ya me mira
con ojos compasivos,
mil veces reprendiendo
mis lágrimas, me dijo:
-Nada en perderla pierdes,
¿por qué lloras, mezquino?

III
Ya, gracias a los dioses,
Belisa, estoy contento;
ya está mi rostro alegre,
mis ojos ya están secos.
Aquel cuitado Anfriso,
que en el pasado tiempo
en pos de tus encantos
corría sin sosiego;
aquél que en tu semblante
buscaba iluso y necio
delicias engañosas,
mentidos pasatiempos;
aquél que en tus dos ojos
hallaba dos luceros,
mil perlas en tu boca,
mil flores en tu seno;
ya sin amor, sin susto,
sin ansias ni deseos,
lejos de ti o contigo,
tranquilo está y sereno.
Si al paso de los suyos
salen tus ojos bellos,
ni su color se muda,
ni pierde su sosiego,
ni el corazón le avisa
del ya pasado incendio.
Sobre los mismos labios
que en el antiguo tiempo
sólo formar sabían
querellas y lamentos,
residen ya los chistes,
la risa y el contento,
las sazoadas burlas,
los dichos placenteros.
Sus ojos deslumbrados,
que antes el dios pequeño
cerró con tierna mano

del mundo a los objetos,
dejándolos ¡oh cruda!
para ti sola abiertos,
hoy llenos de alegría,
vivaces y traviosos,
siguen el dulce hechizo
de mil semblantes bellos,
y de otros bellos ojos
beben el dulce incendio:
que ni los turba el llanto,
ni ofuscan los desvelos.

IV
Belisa, al fin los cielos
de mí se han apiadado:
tú lloras y te afliges,
yo estoy alegre y canto.
Al que antes, engañado,
favoreciste tanto,
ya con dolientes voces
el nombre das de ingrato.
Por él tu amor sin seso
rompió los dulces lazos
que mi inocente cuello
uncían a tu carro.
Por él abandonaste mi fe,
mi amor, mi llanto,
tu honor y tu decoro,
con engañoso trato.
Por él, en fin violaste
mil juramentos santos,
rompiste mil promesas,
forjaste mil engaños.
Ahora, despreciada,
derramas llanto amargo:
pues llora, injusta, llora,
que Anfriso está vengado.

Elegía

A la ausencia de Marina

Corred sin tasa de los ojos míos
¡oh lágrimas amargas!, corred libres
de estos míseros ojos, que ya nunca,
como en los días de contento y gloria,
recrearán las gracias de Marina.
Corred sin tasa de los ojos míos
regando el pecho dolorido y triste,
corred hasta inundar la yerta tierra
que antes Marina honraba con su planta.
¡Ay! ¿Dó te lleva tu maligna estrella,
infeliz hermosura? ¿Dónde el hado,
conmigo ahora adverso y riguroso,
quiere esconder la luz de tu belleza?
¿Quién te separa de los dulces brazos
de tu Anselmo, Marina desdichada?
¿Quién, de amargura y palidez cubierto
el rostro celestial, suelto y sin orden
el hermoso cabello, triste, sola,
y a mortales congojas entregada
de mi lado te aleja y de mi vista?
Terrible ausencia, imagen de la muerte,
tósigo del amor, fiero cuchillo
de las tiernas alianzas, ¿quién, oh cruda,
entre dos almas que el amor unía
con vínculos eternos, te interpuso?
¿Y podrá Anselmo, el sin ventura Anselmo,
en cuyo blando corazón apenas
caber la dicha y el placer podían,
podrá sobrevivir al golpe acervo
con que crüel tu brazo le atormenta?
¡Ah! ¡Si pudiera en este aciago instante,
sobre las alas del amor llevado,
alcanzarte, Marina, en el camino!
¡Ay! ¡Si le fuera dado acompañarte
por los áridos campos de la Mancha,
siguiendo el coche en su veloz carrera!
¡Con cuánto gusto al mayoral unido
fuera desde el pescante con mi diestra
las corredoras mulas aguijando!
¡O bien, tomando el traje y el oficio
de su zagal, las plantas presuroso
moviera sin cesar, aunque de llagas
mil veces el cansancio las cubriese!
¡Con cuánto gusto a ti de cuando en cuando
volviera el rostro de sudor cubierto,
y tan dulce fatiga te ofreciera!
¡Ah! ¡Cuán ansioso alguna vez llegara,
envuelto en polvo, hasta tu mismo lado,
y subiendo al estribo te pidiera
que con tu blanca mano mitigases
el ardor de mi frente, o con tus labios
dieses algún recreo a mis fatigas!

6. - VI -

Idilio segundo Historia de Jovino a Mireo

Actie aetatis placida
et lenis recordatis.

Cicerón.

Mireo, pues te place
que sepa el caro Delio
mi profesión, mi nombre,
mi patria, y mis sucesos,
aplicate un instante
a ver este diseño,
de ingenio y arte escaso,
si de verdades lleno.
Cifrada en breves puntos
mi historia verá Delio;
verá la sin asombro,
pero también sin tedio.
Dile que en la ancha orilla
del mar cántabro un pueblo
sobre otros mil levanta
su erguida frente al cielo:
mil timbres le ennoblecen,
ganados en el tiempo
antiguo, cuando cuna
sus altos muros fueron
de claros capitanes
y heroicos semideos;
de aquellos santos reyes
que a España redimieron
del yugo berberisco
fue corte y real asiento.

En él nació, del sumo
rector del universo
sin duda descendido,
que a tanto dios debieron,
si no mintió la fama,
su origen mis abuelos.
Jovino me llamaron
desde los años tiernos
las ninfas gejionenses;
y allí do va el sereno
Pilas al mar de Asturias
sus aguas refluyendo,
el nombre de Jovino,
con resonantes ecos,
náyades y tritones
mil veces repitieron.
No aún mi blanca barba
manchara el pardo vello,
y ya del nombre mío
volaba el dulce acento,
llevado por las auras
al complutense suelo.
Minerva despiadada
firmó el cruel decreto
que me pasó a Compluto
desde el hogar paterno.
Mezclado a los ilustres
hijos del gran Cisneros,
allí me vio Dalmiro
al margen por do el viejo
y sabio Henares fluye
con graves pasos, ledó.
Allí me vio Dalmiro;
Dalmiro, cuyo ingenio,
ya entonces celebrado,
daba con vario efecto
cuidados a las ninfas

y a los pastores celos.
De allí, quizá aguijado
de tan ilustre ejemplo,
trepar osé al Parnaso
por cima de escarmientos.
Imberbe aún, y falto
de inspiración y fuego,
tenté del sabio Apolo
subir al trono excelso.
Luego al intonso numen
enderecé mis ruegos,
y aunque de tal descaro
mostrarse pudo ofenso,
la juvenil audacia
me perdonó, y risueño
me dio de alumno suyo
el nombre y los derechos.
Bajo de tal auspicio
viví mil días bellos,
gocé mil dulces dichas
y obré mil altos hechos.
Bebí de la armoniosa
corriente del Permeso,
después la de Hipocrene,
y al fin, a tragos luengos,
en el raudal castalio
sacé mi afán sediento.
Monteme en el Pegaso,
y en él volé ligero
al elevado Pindo
y al muy más alto Pierio,
donde las nueve hermanas
favores mil me hicieron;
de Erato, aunque voluble,
fui fino chichisbeo,
que en mi favor con ella
tal vez intercedieron
Teócrito, Virgilio,
Catulo y Anacreón;
galanteé a Talía
también por algún tiempo,
y entonces la taimada,
con aire zahareño,
enmascaró mi rostro,
y al pie, que del proscenio
el polvo nunca hollara,
calzó el humilde zueco;
la grave Melpómene
en tanto con severo
semblante me miraba;
quise obligarla atento,
rogué, seguí sus pasos
y huyome con desprecio.
Mas ¡oh natura extraña
del hombre en sus deseos,
que el fuego los entibia,
y los enciende el hielo!
la fuga de la ninfa
irrita mi deseo;
la sigo a todas partes:
la busco entre los griegos,
y sólo hallé sus huellas,
que ya al latino pueblo
del ático pasara;
corrí el país que un tiempo
fue trono de las musas,
y ya sobre su suelo,
de sangre, de despojos
y ruinas mil cubierto,

la ninfa no habitaba;
desde uno al otro extremo
crucé la sabia Europa,
y al fin la hallé en los pueblos
a que uno y otro margen
del Sena dan asiento.
Con culto majestuoso
la ninfa vive entre ellos
tenida en grande estima:
allí escuchó mis ruegos,
y dio a mis inquietudes
y largo afán el premio,
subiéndome al heroico
coturno desde el zueco.
¡Oh cuántos ricos dones
a sus influjos debo!
Diome que en largos hilos
de los humanos pechos
mil lágrimas sacara,
mil quejas y lamentos;
diome que hacer pudiese
amables los senderos
de la virtud, por más que
el fraude, el odio negro
y la traición los pinten
penosos y molestos;
diome que al hombre hiciera,
con sabios documentos,
de lealtad amigo
y a vil perfidia adverso;
que a los potentes reyes
mostrase el fiero ceño
de la fortuna airada,
y a los sufridos pueblos
el celo vigilante
con que un poder supremo
refrena los designios
de príncipes aviesos;
diome... Pero no digas
cuánto me dio, Mireo:
sus dones no divulgues,
que Astrea tendrá celos;
Astrea, que hoy me tiene
en sus cadenas preso,
me trata con ley dura,
y con tirano imperio
pretende ser la sola
señora de mi ingenio.
Mal de su grado cede
mi corazón al peso
de ley tan inhumana,
y no sin gran tormento
a tan severo numen
ofrece sus inciensos.
¡Ay, Dios, los bellos días
pasaron! ¡Pasó el tiempo
de holganza, de venturas
y de contentamientos!
Pero, pues ya mis dichas
y glorias perecieron,
¿por qué no fue mi nombre
en hondo olvido envuelto?
¿Por qué me habéis dejado
crüel diva, en el recuerdo,
de tan sabrosos gustos
tan amargo tormento?
¡Oh, cuán dulces instantes,
qué días tan risueños
los que pasar solía

al margen del Permeso!
¡Cuántas veces mi nombre
y el de mi Enarda fueron
escritos de consuno
sobre los olmos tiernos,
que ya encumbró a más alta
región el raudo tiempo!...
¡De hiedra y verde mirto
ornado, el suave plectro
cuántas veces tañía,
y al dulce son atento
cantaba mis venturas,
que duplicaba el eco!
¡De Enarda cuántas veces
la gracia y dulce ingenio
loaba, y sus encantos
encaramaba al cielo!
Cantaba de sus ojos
el rutilante fuego,
su frente hermosa y grave
y los cabellos luengos,
que airosos abajaban
sobre su blanco pecho...
Perdona, oh santa Temis,
perdona estos recuerdos:
Mireo los exige
y los conduce a Delio;
a Delio, aquel que supo
con tan sonoro plectro
la integridad augusta
loar de tus decretos;
a Delio, que inflamado
con el divino fuego
que le inspiró tu numen,
extiende por el viento
el triunfo de los sabios
ministros de tu templo;
a Delio, al hijo ilustre,
imagen y heredero
del gran León, tu alumno,
tu gloria y tu recreo.
¡Oh genio peregrino!
¡Oh inimitable Delio!
¡Oh honor, oh prez, oh gloria
de los presentes tiempos!
Ya las hispanas musas,
que en hondo y vil desprecio
yacían, por ti vuelven
a su esplendor primero;
a ti fue dado sólo
obrar el alto hecho.
Y pues tamaña empresa
te reservaba el tiempo,
el triunfo que a tal gloria
levanta el pueblo ibero,
será del plectro mío
perenne, vasto objeto,
y de uno al otro polo
resonará en mis versos.

Oda primera En la muerte de doña Engracia Olavide Oda Sáfica

Al capitán don José de Ávila

Mientras cubierto el beaciense suelo
de triste luto, la eternal ausencia
siente de Filis, y las fuentes claras
lloran su muerte;
mientras al cielo sus dolientes voces
tristes envían las graciosas ninfas,
que con su llanto la urna transparente
del Betis hinchen;
mientras al son de rancos instrumentos
van entonando lúgubres endechas
los pastorcillos que los verdes prados
de Úbeda cruzan;
ven tú, Lisardo, y con veloces plantas
huye ligero del funesto clima
que a la divina, a la inocente Filis
causó la muerte.
Huye, y contigo del letal recinto
súbito arranca al dolorido Fabio,
que aún la sombra y las cenizas frías
de Filis adora.
¡Guar!, que al influjo de maligna estrella
no quede expuesto el huérfano inocente;
sálvale, salva, y en tu seno, amigo,
sácale oculto.
¡Ah!, no permitas que al horrendo triunfo
otros agreguen los funestos hados,
ni que la Parca más ilustres almas
destierre al Orco.
¡Oh cruda muerte! ¡Cómo en un instante
de la más bella y adorable ninfa
todas las gracias, los encantos todos
vuelves en humo!
La que atraía con su dulce canto
del aire vago a las canoras aves,
y los feroces brutos extraía
de sus cavernas;
cuyo sonoro penetrante acento
daba sentido a los peñascos duros,
y detenía en su corriente rauda
fuentes y ríos,
¿dónde se ha ido? ¿Cómo no resuenan
en los amenos carolíneos valles
sus peregrinos melodiosos ecos
dulcisonantes?
Cuando, a la excelsa Venus semejante,
salía al campo, los humildes chopos,
el olmo erguido y los ancianos robles
se le inclinaban.
Donde estampaba con airoso impulso
la breve huella su fecunda planta,
allí a porfía mil galanas flores
luego brotaban.
En otro tiempo ¡oh triste remembranza!
tú mismo viste los marianos montes
al dulce encanto de su voz alegres
y conmovidos.
Di, ¿no te acuerdas cuando señalaba
su blanca mano con devotos signos
sobre la arena del futuro pueblo
todo el recinto;
cuando miraba del cimientito humilde
salir erguido el majestuoso templo,
el ancho foro, y del facundo Elpino

la insigne casa;
cuando al anciano documentos graves
daba, y al joven prevenciones blandas,
y a las matronas y a las pastorcillas
santos ejemplos;
cuando sus lares consagraba pía,
cuando sus fueros repetía humana,
cuando ayudaba en la civil faena
al sabio Elpino;
o cuando, envuelta en celo religioso,
su voz enviaba del augusto templo
votos profundos, reverentes himnos
al Dios eterno?
Cuando... mas huye, huye presuroso;
huye, Lisardo, del fatal recinto;
huye con todos, y haz que humana planta
más no le oprima.
Otra vez sea hórrido desierto,
de incultas fieras solamente hollado,
donde de Filis vague solamente
la flébil sombra.
Huye, pero antes a la tumba fría,
do ella descansa, llega reverente,
y allí con puntas de diamante eternas
graba estas voces:
«De Filis un tiempo la presencia hermosa
era delicia de este suelo ingrato;
hoy es su afrenta el sueño sempiterno
de sus cenizas».

8. - VIII -

Epístola primera Carta de Jovino a sus amigos salmantinos

Est quodam prodire tenus, si non datur ultra.

(Horacio, Epis. I, lib. I, v. 32).

A vosotros, oh ingenios peregrinos,
que allá del Tormes en la verde orilla,
destinados de Apolo, honráis la cuna
de las hispanas musas renacientes;
a ti, oh dulce Batilo, y a vosotros,
sabio Delio y Liseno, digna gloria
y ornamento del pueblo salmantino;
desde la playa del ecuóreo Betis
Jovino el gijonense os apetece
muy colmada salud; aquel Jovino
cuyo nombre, hasta ahora retirado
de la común noticia, ya resuena
por las altas esferas, difundido
en himnos de alabanza bien sonantes,
merced de vuestros cánticos divinos
y vuestra lira al sonoro acento.
Salud os apetece en esta carta,
que la tierna amistad y la más pura
gratitud desde el fondo de su pecho
con íntima expresión le van dictando;
que pues le niega el hado el dulce gozo
de estrechar con sus brazos vuestros pechos,
de urbanidad y suave amor henchidos,
podrá al menos grabar en estas letras
la dulce sensación que en su alma imprime
del vuestro amor la tierna remembranza.
Y no extrañéis que del eolio canto
cansada ya su musa, se convierta
al compás lento y numeroso que ama
tanto la didascálica poesía;
que en vano de su pecho, penetrado
del forense rumor, y conmovido
al llanto del opreso, de la viuda
y el huérfano inocente, presumiera
lanzar acentos dulces, ni su lira,
otras veces sonora, y hora falta
de los trementes armoniosos nervios,
al acordado impulso respondiera,
ni en fin a los avisos que me dicta
tu voz, oh Polimnía, con astuta
y blanda inspiración fuera otro verso
que el verso parenético oportuno.
¡Ah, mis dulces amigos, cuán ilusos,
cuánto de nuestra fama descuidados
vivimos! ¡Ay, en cuán profundo sueño
yacemos sepultados, mientras corre
por sobre nuestras vidas, agujada
del tiempo volador, la edad ligera!
¿Por ventura queremos que nos tope
sumidos en tan vil e infame sueño
la arrugada vejez, que poco a poco
se viene hacia nosotros acercando?
¿O que la muerte pálida sepulte
con nosotros también nuestra memoria?
Y el hombre a quien el Padre sempiterno
ornó con alto ingenio y con espíritu
eternal y celeste, ¿estará siempre
a oscura y muelle vida mancipado,
sin recordar su divinal origen
ni el alto fin para que fue nacido?
¡Ay, Batilo! ¡Ay, Liseno! ¡Ay, caro Delio!
¡Ay, ay, que os han las magas salmantinas
con sus jorguinerías adormido!
¡Ay, que os han infundido el dulce sueño

de amor, que tarde o nunca se sacude!
No lo dudéis: mis ojos, aún no libres
del susto, en un sueño misterioso
sus infernales ritos penetraron.
¿Contárosle he? ¿Qué numen me arrebató
y fuerza a traspasar de mis amigos
el tierno corazón? Acorre ¡oh diva!,
y pues mi voz, a tu mandar atenta,
renueva en triste canto la memoria
del infando dolor, acorre, y alza
con soplo divinal mi flaco aliento.
Yacen del Tormes a la orilla, ocultos
entre ruinas, los restos venerables
de un templo, frecuentado en otros siglos
por la devota gente salmantina,
mas hora sólo de agoreros búhos
y medrosas lechuzas habitado.
La amenidad huyó de aquel recinto,
y sólo en torno de él dañosas yerbas
crecen, y altos y fúnebres cipreses.
Aquí su infame junta celebraron
las Lamias. ¡Oh, si fuera poderosa
mi voz de describirla y dar al mundo
cuenta de sus misterios nunca oídos!
En la mitad de su carrera andaba
la noche, y ya su manto tenebroso
cubría en torno el soñoliento mundo;
todo era oscuridad, que hasta la luna
su blanca faz del cielo retirara
por no ver el nefando sortilegio,
y el horror y el silencio más medroso
hacían el imperio de las sombras;
cuando desde una puerta del palacio
del Sueño un negro ensueño desprendido
llegó de un vuelo adonde yo yacía.
Con la siniestra suya asíó mi mano,
y con medrosa voz: «Jovino, dice,
ven y verás el duro encantamiento
que prepara la Invidia a tus amigos.
Ven, y si en tal ejemplo no escarmientas,
¡triste de ti, mezquino!» Dijo, y luego
sobre sus negras alas me condujo
por medio de las sombras hasta el pórtico
del arruinado templo. No bien hube
llegado, cuando asidas de las manos,
siete horrendas figuras parecieron
desnudas, y de hediondas confecciones
ungido el sucio cuerpo. Presidenta
del congreso infernal la fiera Invidia
venía, de serpientes coronada
la frente, triste, airada, desdeñosa,
y de los Celos y el Rencor seguida.
En medio del silencio un gran suspiro
lanzó del hondo pecho, y revolviendo
la sesga vista en torno: «Nunca tanto,
dijo, de vuestro auxilio y vuestras artes
necesité, oh amigas, ni tan fiero,
ni tan grave dolor clavó algún día
en mi sensible corazón su punta.
¡Oh, si capaz de aniquilar el orbe
fuese la llama atroz que le devora!
Tres aborridos nombres (y con rabia
Batilo pronunció su torpe boca,
Delio y Liseno) por el ancho mundo
va esparciendo la Fama, mi enemiga.
Su trompa los proclama en todas partes,
y ya a más alto vuelo preparada,
si no la enmudecemos, estos nombres
serán muy luego alzados a las nubes,

y sonarán del uno al otro polo.
Febo los patrocina, y no le es dado
a mi flaco poder mancharlos; pero
se rendirán al vuestro, si adormidos
en blando amor...». No bien tan fiera idea
cayó del sucio labio, cuando en torno
del demolido templo en raudos giros
dio el maléfico coro siete vueltas.
Después alternativas susurraron
muchos versos de ensalmo, con palabras
de mágico vigor y rabia henchidas,
a cuya fuerza desde la honda entraña
de la tierra salieron redivivos
los fríos huesos, que de luengos días,
del humanal vestido ya desnudos,
allí dormían. ¡Ay, cuán prestamente
en los hambrientos dientes de la Invidia
los vi yo triturados, y en sus manos
a leve y sucio polvo reducidos...!
En esto hacia los ángulos internos
del templo corren las malignas sagas,
y del sombrío suelo mil dañosas
plantas recogen con siniestra mano
y misteriosos ritos arrancadas.
También allí prestó la cruda Invidia
su auxilio, y en sus palmas estrujando
las hojas y raíces, hizo luego
que destilasen los dañosos jugos
cuanta virtud en ellos se escondía.
El zumo de la fría adormidera,
cortada su cabeza al horizonte,
que infunde a veces el eterno sueño;
el de la yerba mora, que altamente
el cerebro perturba; el hiosciamo,
y el coagulante jugo que destilan,
heridas, las raíces misteriosas
de la fría mandrágula, allí fueron
diestramente extraídos, y con nuevo
ensalmo derramados sobre el polvo
de los humanos huesos. Mientras una
de las sagas volvía y revolvía
el preparado adormeciente lodo,
sacó la Invidia del cuidadoso pecho
tres relucientes nóminas, con rasgos
de roja y venenosa tinta escritas.
¡Ah, no creáis, amigos, que mi pluma
os pretenda engañar! Mis propios ojos,
en tierno llanto entonces anegados,
vieron ¡oh maravilla! los tres nombres,
los dulces nombres de Ciparis bella,
de Julinda y de Mirta la divina,
que estaban allí escritos. Y cual suele
-si tiene tal prodigio semejante-
brillar con propia luz en noche oscura
la lícnide purpúrea, que en su rumbo
suspende al receloso caminante,
así en la oscuridad resplandecían
los tres amados nombres. Entre tanto
mi corazón absorto palpitaba
de pasmo y de temor. La Invidia entonces,
dividiendo en pedazos muy menudos
las esplendentes nóminas, de esta arte
habló a sus compañeras: «Consumemos
¡oh amigas! nuestra obra, y estos nombres,
adorados de Delio y sus secuaces,
a la maligna confección mezclemos.
Su virtud penetrante, aun más activa
que los venenos mismos, irá recta-
mente a iludir sus tiernos corazones;

y a blando amor eternamente dados,
la vida pasarán adormecidos,
y morirán sin gloria». Dijo, y luego
mezcló los rutilantes caracteres
al crúel maleficio, e infundioles
nuevo vigor con su maligno soplo.
Repitieron las brujas el susurro
sobre la masa ponzoñosa, y dieron
alegre fin a la perversa junta.
Yo en tanto, lleno de dolor, enviaba
del hondo pecho a Apolo ardientes votos.
«Brillante dios, decía, si la gloria
de tan dignos alumnos interesa
tu pía omnipotencia en favor suyo,
¡ah, destruye la fuerza venenosa
del duro encantamiento, y de la infamia
y de la eterna escuridad redime
los nombres que otra vez has protegido!
¡Desata el preparado encantamiento,
y sálvalos, oh Dios, para que eterna-
mente suba a tu trono el dulce acento
de su lira, en cantares eucarísticos
gratamente empleada!». Aquí llegaba
el bien sentido ruego, que sin duda
oyó piadoso el numen, porque al punto
descendió un resplandor desde lo alto,
al meridiano sol muy semejante,
que iluminando el pavimento ombrío,
al golpe de su luz postró a la Invidia
y a sus viles ministras, y arrojólas
precipitadas hasta el hondo abismo.
¿Será estéril, oh amigos, de este ensueño
el misterioso anuncio? ¿Siempre, siempre
dará el amor materia a nuestros cantos?
¡De cuántas dignas obras, ay, privamos
a la futura edad por una dulce
pasajera ilusión, por una gloria
frágil y deleznable, que nos roba
de otra gloria inmortal el alto premio!
No, amigos, no; guiados por la suerte
a más nobles objetos, recorramos
en el afán poético materias
dignas de una memoria perdurable.
Y pues que no me es dado que presuma
alcanzar por mis versos alto nombre,
dejadme al menos en tan noble empeño
la gloria de guiar por la ardua senda
que va a la eterna fama, vuestros pasos.
Ea, facundo Delio, tú, a quien siempre
Minerva asiste al lado, sus, asocia
tu musa a la moral filosofía,
y canta las virtudes inocentes
que hacen al hombre justo y le conducen
a eterna bienandanza. Canta luego
los estragos del vicio, y con urgente
voz descubre a los miseros mortales
su apariencia engañosa, y el veneno
que esconde, y los desvía dulcemente
del buen sendero, y lleva al precipicio.
Después con grave estilo ensalza al cielo
la santa religión de allá abajada,
y canta su alto origen, sus eternos
fundamentos, el celo inextinguible,
la fe, las maravillas estupendas,
los tormentos, las cárceles y muertes
de sus propagadores, y con tono
victorioso concluye y enmudece
al sacrílego error y sus fautores.
Y tú, ardiente Batilo, del meonio

cantor émulgo, arroja a un lado
el caramillo pastoril, y aplica
a tus dorados labios la sonante
trompa, para entonar ilustres hechos.
Sean tu objeto los héroes españoles,
las guerras, las victorias y el sangriento
furor de Marte. Dinos el glorioso
incendio de Sagunto, por la furia
de Anibal atizado, o de Numancia,
terror del Capitolio, las cenizas.
Canta después el brazo omnipotente,
que desde el hondo asiento hasta la cumbre
conmueve el monte Auseva y le desploma
sobre la hueste berberisca y suban
por tu verso a la esfera cristalina
los triunfos de Pelayo y su renombre,
las hazañas, las lides, las victorias
que al imperio de Carlos, casi inmenso,
y al Evangelio santo un nuevo mundo
más pingüe y opulento sujetaron.
Canta también el inmortal renombre
del héroe metelímneo, a quien más gloria
que al bravo macedón debió la Fama.
O en fin, la furia canta y las facciones
de la guerra civil que el pueblo hispano
alió y opuso al alemán soberbio.
Dirás el golfo catalán en furia
contra Luis y su nieto, los leopardos
vencidos en Brihuega, y los sangrientos
campos de Almansa, do cortó a Filipo
sus mejores laureles la Victoria.
La empresa que a tu pluma reservada
queda, oh caro Liseno, ¡ah, cuán difícil
es de acabar, cuán ardua! Mas ya es tiempo
de proscribir los vicios indecentes
que manchan nuestra escena. ¡Cuánto, oh cuánto
la gloria de la patria se interesa
en este empeño! Triunfan mil enormes
vicios sobre el proscenio, y la ufanía,
el falso pundonor, el duelo, el rapto,
los ocultos y torpes amoríos,
contra el desvelo paternal fraguados,
y todas las pasiones son impune-
mente sobre las tablas exaltadas.
Despierta, pues, oh amigo, y levantado
sobre el coturno trágico, los hechos
sublimes y virtuosos, y los casos
lastimeros al mundo representa.
Ensalza la virtud, persigue el vicio,
y por medio del susto y de la lástima
purga los corazones. Vea la escena
al inmortal Guzmán, segundo Bruto,
inmolando la sangre de su hijo,
de su inocente hijo, al amor patrio...
¡Oh espíritu varonil! ¡Oh patria! ¡Oh siglos,
en héroes y altos hechos muy fecundos!
Vuestro auxilio también en esta empresa
imploro, oh mi Batilo, oh sabio Delio.
¡Ah, vea alguna vez el pueblo hispano
en sus tablas los héroes indígenas
y las virtudes patrias bien loadas!
Bajar podréis también al zueco humilde,
y describir con gesto y voz picantes
las costumbres domésticas, sus vicios
y sus extravagancias... Pero, ¿dónde
encontraréis modelos? Ni la Grecia,
ni el pueblo ausonio, ni la docta Francia
han sabido formarlos. Reina en todos
el vicio licencioso y la impudencia.

Mas cabe el ancha vía hay una trocha,
hasta ahora no seguida, do las burlas
y el chiste nacional yacen en uno
con la modestia y el decoro aliados.
Seguid, pues, este rumbo. ¡Qué tesoros
descubriréis en él! ¡Será el teatro
escuela de costumbres inocentes,
de honor y de virtud! Será... Mas, ¿dónde
del bien común el celo me arrebató?
¡Ah, si su llama alcanza a vuestro pecho,
de los trabajos vuestros cuán opimos
frutos debo esperar! ¡Y cuánta gloria
estará en otros siglos reservada
al celo de Jovino, si esta insigne,
si esta dichosa conversión, que tristes
y llenas de rubor tanto ha que anhelan
las musas españolas, fuese el fruto
de sus avisos dulces y amigables!

9. - IX -

El paraíso perdido Primer canto Traducido del inglés por Jovino

Canta la inobediencia ¡oh santa musa!
del padre de los hombres, que gustando
de la vedada planta el mortal fruto,
trajo al mundo la muerte y la miseria;
y di de las moradas venturosas
de Edén la triste pérdida, negadas
a la raza mortal, hasta que plugo
al Hombre-Dios bajar a recobrarlas;
y ora en silencio ocupes la alta cumbre
de Oreb o Sinaí, de do inspirastes
al gitano pastor, que a la escogida
gente enseñó después cómo al principio
del hondo Caos salieron cielo y tierra;
ora el alto Sión más te deleite,
y el río Siloé, que cabe el santo
oráculo de Dios fluye en silencio;
baja de allá a guiar mi peligroso
canto, que se alza sobre el monte Aonio,
mientras, de ti ayudado, emprende cosas
hasta hora en prosa o rima no cantadas.
Y Tú, divino Espirtu, a quien más place
que los augustos templos la morada
de un puro y recto corazón, instruye
con ciencia divinal mi torpe lengua.
Tú, que desde el principio fuiste a todo
presente, y cobijando el ancho abismo
so tus inmensas alas, con activo
prolífico calor le fecundaste,
ven, y eleva mi voz, y lo que es débil
en mí sostén, y limpia y ilumina
lo inmundo y tenebroso, porque pueda
subir de un vuelo al encumbrado asunto,
justificar la eterna Providencia
de Dios, y abrir al hombre sus caminos.
Pero primero di, pues nada esconden
de tu vista los cielos ni las hondas
cavernas del infierno, di qué causa
indujo a nuestros padres, en tan llena
bienandanza nascidos, a que ingratos
a su Hacedor, violasen el precepto,
el único precepto que, al hacerles
dueños del Paraíso, les pusiera.
A tal traición ¿quién los llevó engañados?
El dragón infernal, cuya malicia,
de negra invidia y de venganza armada,
engañó a la gran madre de los hombres,
poco después que fuera con sus haces
de espíritus rebeldes de la clara
región del cielo echado. Allí soberbio,
en su partido y fuerzas confiado,
sobre toda criatura alzarse quiso,
y aun presumió que, opuesto, igualaría
al Altísimo en gloria. Así, ambicioso,
contra el reino de Dios y su alta silla
enarboló el pendón, y tocó al arma
en los celestes campos; pero hallóse
burlado en sus intentos, porque armado
de santa ira el brazo omnipotente,
le derrocó del alto firmamento,
con horrisono estruendo y gran ruina,
precipitado hasta el inmenso abismo,
do el que insultó, atrevido, al Poderoso
yace agora en cadenas de diamante
preso, y a eterno fuego condenado.
Nueve veces el tiempo que en el mundo
mide la duración de noche y día

corriera, y otro tanto, con sus fuertes
batallones, anduvo el fiero jefe
en un lago de llamas revolcado;
revolcado, vencido y confundido,
aunque inmortal. Pero a mayor venganza
le guardaba su suerte, porque agora
de las pasadas dichas y el presente
eterno mal le aflige la memoria.
En derredor de sí sus tristes ojos,
do profunda ambición y caimiento
con odio amargo y pertinaz orgullo
brillan mezclados, vuelve y en un punto
con perspicacia angélica su suerte
penetra de una vez; su triste, horrenda,
desesperada suerte. A todas partes
ve un hondo calabozo y un inmenso
horno, con negras llamas encendido,
a cuya escasa luz pudiera apenas
descubrirse aquel reino pavoroso,
región de horror y espanto, de medrosas
furias y sombras habitada, y donde
nunca el reposo ni la paz moraron,
ni la dulce esperanza, cuyo influjo
a todas partes llega, alcanzar pudo;
mas en vez de ella, afligen de continuo
un tormento sin fin y un mar de fuego
de inextinguible azufre alimentado.
Tal es la habitación y horrible cárcel
que preparara la justicia eterna
a los rebeldes ángeles; en ella
señaló su mansión, tres veces tanto
como del alto polo el centro dista,
apartada de Dios y su alto trono.
¡Ah, cuán desemejante de la clara
región de donde fueran despeñados!
En un diluvio de impetuoso fuego
y negros torbellinos sepultados,
vio el dragón a los socios de su ruina,
y junto revolcándose al que en brío
casi y en impiedad le emparejaba,
aquél que con el tiempo en Palestina
se llamó Beelcebub. A él de esta arte
habló el archienemigo -en el Empíreo
Satán después nombrado-, su silencio
con tan fieras razones quebrantando:
«¿No eres tú aquél...? Mas ¡ay, a cuál bajura
caído! ¡Cuál mudado del que un día
allá en los reinos de la luz brillaba
con resplandor y gloria transparente
entre todos los ángeles! ¿No eres
el que en valor y heroicos pensamientos
igual casi conmigo, en la gloriosa
facción siguió brioso mis banderas,
compañero del riesgo y la esperanza?
¡Ay! agora nos hizo la desdicha
pares en la ruina. ¡A qué profunda
sima, de cuál altura hemos caído!
¡Tanto pudo del Todopoderoso
el trueno destructor!... ¡Ah! ¿quién probara
el poder de sus armas hasta entonces?
Mas las armas, ni los fieros males
que el vencedor en su ira nos reserva,
arrepentir me harán, ni de mi pecho,
aunque de tanta gloria despojado,
borrar podrá jamás la cruel memoria
de la pasada injuria, de la injuria
hecha al mérito nuestro, que grabada
altamente en mi alma contra el sumo
ofensor encendió la cruda guerra

y horrenda conmoción de su lado
tantos espíritus apartó, que altivos
mi estandarte siguieron, y oponiendo
nuestro unido poder al poder suyo,
por los llanos del cielo, en lid dudosa,
hicimos vacilar su santo trono.
Por fin, se perdió el campo. Mas ¿qué importa?
No todo se perdió, que inconquistable
dura nuestro albedrío y odio eterno,
y de venganza el íntimo deseo,
su valor inflexible a los reveses
del caso o de la fuerza. No; tal gloria,
la ira del vencedor ni su soberbia
jamás de mí tendrán, ni nunca espere
ver que, acatando su deidad, postrado
y lleno de rubor, su gracia implora
el que antes hizo con heroico brazo
indecisa la suerte de su imperio;
que abatimiento tal más doloroso
y más infame fuera que el desaire
de la pasada ruina. Y pues no puede
ni la sustancia celestial ni el brío
perecer de los dioses, y más cautos
la experiencia os hará, ¡sus!, declaremos,
de mejor suerte y gloria esperanzados,
guerra al gran enemigo, eterna guerra,
por fuerza y por astucia peleada
contra el duro opresor, que agora triunfa
desvanecido y sin rival impera,
sólo, tirano del inmenso cielo».
Así el ángel infiel, mientras el despecho
roía sus entrañas, se jactaba;
y así su compañero le responde:
«¡Oh príncipe, oh caudillo de las altas
potestades del cielo, que, guiando
con tu falange numerosa al choque
los bravos serafines, fuiste asombro
con altos hechos del Empíreo, y diste
susto al eterno Rey, y disputaste
la excelsa primacía, que la fuerza
y fortuna tal vez le adjudicaron!
Por demás siento el caso lastimoso
de la pasada rota, que con mengua
nos arrancó del cielo, derribando
nuestro brillante ejército a este abismo,
do yace destruido, cuanto pueden
ser las sustancias puras destruidas.
Empero vive el ánimo invencible,
y aunque ofuscada la nativa gloria
y todo nuestro bien, en este hondo
piélago de miserias anegado,
el antiguo vigor renacer siento.
Mas ¡ay!, si el Vencedor omnipotente
-que tal le creo, pues vencernos pudo-
conserva astuto la nativa fuerza
de nuestro espíritu, solo para hacernos
resentir más y más los crueles males
que su implacable ira nos prepara;
o si, pues la ley dura de la guerra
nos hizo esclavos suyos, quiere sólo
que cual esclavos viles le sirvamos
en este horrible infierno, ejecutores
por la honda escuridad, de sus designios,
¿de qué nos sirve, di, sentir sin mengua
nuestro angélico brío, o del ser nuestro
la eterna duración, eterna sólo
para sufrir sin fin eternos males?»
A esto Satán así responde al punto:
«Caído querubín, mostrar flaqueza

en la prosperidad o en la desgracia
cosa es indigna de tu ser. No pienses
que podrá el bien de las acciones nuestras
ser objeto jamás. El mal solamente
lo puede ser; el mal, tan odioso
de la alta Voluntad que resistimos.
Y pues de nuestro mal su Providencia
sacar pretende el bien, sea nuestro empeño
que del bien mismo el mal resulte, y esta,
esta gloria, que, o miente mi esperanza
o será muy colmada, nos consuele;
la gloria de afligirle, conturbarle
y trastornar sus íntimos designios.
Vámosle ufano refrenar la saña
de los ministros de su injusta ira
que airados nos cargaban, y a las puertas
los obligó a volver del alto cielo.
Una lluvia de azufre tempestuosa,
que arrojó tras nosotros, cerró el paso
a esta honda cueva, en que de allá caímos.
Ya ni la luz medrosa del relámpago
deslumbra en el infierno, ni resuena
por su hueca extensión del trueno horrendo
el retumbante son. Agotó acaso
toda su furia en la cruel venganza.
«Mas, ya nos dé tan no esperada tregua
harta su saña, o altivo su desprecio,
no la desperdiciemos. Mira a aquella
parte un desierto y solitario llano,
triste mansión de horror, do escasamente
llega el medroso y pálido reflejo
que esta lúgubre llama de sí envía.
Guiemos allá el paso, y retirados
de este golfo de fuego, allí busquemos,
si le hay, algún reposo. Nuestra tropa
dispersa reunamos, y arbitremos
por qué medios de hoy más del enemigo
turbaremos la gloria, o la que tristes
perdimos cobraremos, o por cuáles
nuestro destino mitigarse pueda;
qué alivio en fin nos muestra la esperanza
o a qué extremo el despecho nos arroja».
Así Satán a Belcebub le hablaba,
y mientras en su semblante, levantado
sobre la onda, los ojos centellantes
relucían, el resto de su cuerpo,
monstruosamente grande, en el ardiente
golfo tendido a una y otra parte
ocupaba, flotando, un trecho inmenso;
tal cual las viejas fábulas nos pintan
a los monstruosos hijos de la Tierra,
que hicieron guerra a Jove, Briareo,
y el que su nombre al antro dio Tifonio;
o como Leviatán, el más enorme
habitador del piélago profundo;
tal vez un navichuelo por el Bóreas
hacia los mares de Noruega echado,
en tenebrosa noche allí le topa
rendido a torpe sueño, y el piloto
-tal en el puerto cuenta a sus amigos-
azorado y creyéndole una isla,
en su escamosa piel aferra el ancla,
guarecido tras él del viento insano.
La noche en tanto asombra el mar, y lenta
vuelve con tardos pasos la mañana.
Tan grande el archidiablo y tan enorme
parecía tendido sobre el golfo
de fuego, y nunca de él salido hubiera,
ni su altanera frente levantado,

si el gran Rector del cielo, a cuyo ceño
los destinos se humillan, libre rienda
dado no hubiese a su maligna astucia,
para que mientras el mal ajeno busca
con repetidos crímenes incauto
labre su propia perdición, y vea
que sus designios pérfidos del alta
bondad de Dios sacar pudieron sólo
gracia y misericordia para el hombre,
engañado por él, ira y venganza
y eterna confusión para sí mismo.
De repente levanta sobre el lago
su gigante estatura. A un lado y otro
las llamas rechazadas, en undosos
remolinos se rompen y retiran,
y descubren en medio un ancho valle.
Entonces él con extendidas alas
emprendió el alto vuelo sobre el aire,
que gimió al peso insólito pendiente,
y travesando el gran vacío oscuro,
posó en la seca tierra, si tal nombre
convenir puede al suelo que arde siempre
con inflamado azufre y fuego sólido,
como con llamas flúidas el lago.
Tal parecía en su candente forma
como tal vez de fuerza soterraña
el choque arranca un cerro del Peloro,
o de la étnea tronadora cumbre,
en cuya entraña hechida de inflamable
materia prende el fuego y agitado
hierva con furia mineral; revienta
violento al aire libre, y la comarca
de humo se cubre y de betún ardiente,
tal era el suelo do asentó la planta
el protervo Satán. En pos le sigue
Belcebub, necios presumiendo entrambos
haber la estigia cárcel escalado
por su antigua virtud, cual altos dioses,
y sin que otro mayor lo consintiese.
«¿Es aquéste el país?, exclamó entonces
el fiero Arcángel, ¿la región es ésta
a do lanzados desde el alto Empíreo
venimos a morar? ¿A esta medrosa
escuridad, del alma luz del cielo?
Sí lo será, que así mandarlo plugo
al tirano que hoy triunfa; sea en buen hora.
Vivamos lejos de su vista, libres,
ya que, a pesar de la razón, la fuerza
le juzgó superior a sus iguales.
Adiós, dichosos campos, donde siempre
moran el alma paz y la alegría.
¡Salve, horrible mansión! ¡Infierno, salve!
¡Y tú profundo abismo, abre tu seno
al nuevo habitador, cuyos designios
jamás el tiempo mudarán ni el hado!
Él vivirá en sí mismo, y con su gloria
del infierno hará cielo. Si uno siempre
es su ser inmutable, nada importa
que mude de lugar, que estará en todos
sobre toda criatura, inferior sólo
a uno a quien el trueno hace más grande.
En este reino oscuro, do la invidia
no llegará del Todopoderoso,
viviremos al menos sin el susto
de ser más desterrados. Reinaremos
independientes, y reinar es siempre
noble ambición, aun en el hondo abismo,
y mejor suerte que la vergonzosa
servidumbre del cielo. ¿Por qué causa

dejamos, pues, que los amigos fieles,
de nuestro riesgo y ruina compañeros,
yagan sumidos en el hondo lago,
y de mortal asombro poseídos?
¿Por qué no los llamamos a que gocen
también su parte en este suelo infame,
o para que, de nuevo reunidas
nuestras fuerzas, probemos si ser puede
algo del cielo aún reconquistado,
o si algo más perdido en el infierno?»
Esto dijo Satán, y tal respuesta
le diera Belcebut: «Noble caudillo
de aquel brillante ejército, que sólo
vencer pudiera el brazo omnipotente,
si ellos oyen tu voz, la más segura
prenda de su esperanza en los peligros,
tantas veces oída en más extremos
casos, y en el conflicto arduo y dudoso
de la cruel batalla en los asaltos,
y en todo trance su señal segura,
tú los verás volver con nuevo aliento
al antiguo vigor. Que no es extraño
que dende el alto cielo a este hondo abismo
caídos, yagan hora cual nosotros
poco ha, de horror y asombro penetrados»
Apenas acabó, cuando a la orilla
el fiero capitán se fue acercando.
De temple celestial, ancho y macizo,
era el redondo escudo que pendía
de sus robustos hombros, semejante
en su circunferencia al orbe lleno
de la luna, mirado por la tarde
a través de algún óptico instrumento.
Tal cual con firme vista, desde lo alto
de Fesol, o en Valdarno, le observaba
el inventor etrusco, y descubría
tierras, ríos y montes en su globo.
El más gigante pino de Noruega,
en los montes cortado para mástil
de una grande almiranta, un junco leve
sería, comparado con la lanza
en que apoyaba sus molestos pasos
(no cuales en el cielo dio algún día)
por la inflamada arena, mientras el ígneo
muro y la ardiente bóveda le herían
con fuego abrasador por todas partes.
Empero él lo sufría, y procediendo
hasta el vecino golfo, allí parado
llamó a sus tercios de ángeles, que yacen
rendidos al terror y agonizantes
sobre la herviente onda, tan espesos
como las secas hojas que al otoño
cubren de Valumbrosa las corrientes,
de los frondosos árboles caídas;
o como cuando Orión con turbulento
soplo azota las playas eritreas
nadan sobre las ondas las livianas
algas, sobre las ondas que sorbieron
un día a Faraón con su robusta
caballería de Menfis, cuando airados
las rescatadas tribus perseguían,
mientras seguras, de la opuesta orilla
vieron ellas hundirse sus jinetes,
yelmos, banderas, carros y caballos;
tan espesos cubrieron los rebeldes
espíritus el lago, al fiero asombro
de la mudanza súbita rendidos.
Llamólos, pues, y a la gran voz los huecos
senos del hondo infierno resonaron:

«Príncipes, potentados y guerreros,
flor del cielo, antes nuestro y ya perdido;
pues qué, ¿pudo infundirse en inmortales
espíritus tal pasmo? Por ventura
después del duro afán de la batalla,
¿pensáis hallar aquí sueño y reposo
cual si estuvierais en el blando cielo?
¿O es que así prosternados heis jurado
dar culto al vencedor, que hora se goza
en ver desde su trono a tantos fuertes
querubines y excelsos serafines
en este golfo hundidos, con sus rotas
armas y sus banderas revolcados,
mientras que de las puertas eternas
caen sobre nosotros sus ministros
prontísimos, del fuerte rayo armados
y el aterrante trueno, y os traspasan
con más crueles heridas, y al más hondo
fondón de aquesta cueva os precipitan?
¡Sus!, despertá o quedá por siempre hundidos».

Oyéronle, y al punto avergonzados
volaron hacia arriba, y como suele
una guardia tal vez en torpe sueño
por su mayor tomada, a la tremenda
voz correr presta al arma y darse prisa,
no bien despierta aún, así los diablos,
que ni el horrendo pozo en que cayeron,
ni los fieros tormentos, ocupados
del terror, percibieron. Mas con todo
la voz del general obedecieron
innumerables. Tal, en el mal día
de Egipto, apenas hubo al alto cielo
tendido la su vara portentosa
Moisés, cuando he aquí que dende oriente
una muy densa nube de langostas
viene, cubriendo el aire, y sobre el reino
del duro Faraón se extiende negra,
como la noche, del fecundo Nilo
las dilatadas playas asombrando.
Tan sin número entonces parecían
los ángeles precitos, so la ardiente
copa revolteando del infierno,
de tres voraces fuegos, alto, bajo
y lateral, en torno acometidos;
hasta que su lanzón Satán moviendo,
señaló el sitio do posar debían;
y ellos en ala igual bajaron prontos
al sulfúreo terreno, hinchando el llano.
Jamás tal muchedumbre el populoso
norte arrojó de su escarchado seno,
cuando sus hijos bárbaros, pasando
el Danubio o el Rin, como un diluvio
inundaron el sur, y hasta las playas
de la arenosa Libia se extendieron.
Desde cada escuadrón y tercio al punto
los jefes destacados vienen prontos
de su gran comandante a la presencia,
semidioses en aire y estatura,
de formas sobrehumanas; personajes
de real dignidad, que allá en el cielo
antes en altos tronos se asentaran,
bien que hoy en los registros eternos
no se halla ya memoria de sus nombres,
para siempre borrados y raídos,
por su traición, del libro de la vida.
Ni entre los hijos de Eva otros tuvieron
hasta mucho después, que sobre el mundo
por alta permisión de Dios vagando,
para probar al hombre, corrompieron

con fraudes y muy gran parte
de la raza mortal. Los desviaron
del Dios que los criara, hasta que torpe-
mente trocando su invisible gloria
en la imagen de un bruto, muchas veces
erigieron en dioses los demonios,
y entre oro y pompa y ceremonias vanas,
les dieron torpe culto, varios nombres,
después ídolos varios los hicieron
en el mundo gentil más conocidos.
Nómbralos, musa, tú; di quién primero,
y quién al fin, el sueño sacudiendo,
subió del negro lago a la llamada
del gran Emperador; cuáles más dignos
se hallaron, di, de estar cabe él situados
en la desierta playa, mientras queda
lejos en pos la turba indistinguida.
Salieron ante todos desde el hondo
abismo al ancho mundo los que, hambrientos,
de estragos y miserias, luego osaron
sus asientos fijar cabe el asiento
del Señor, levantando sus altares
a par del altar suyo, y adorados
en derredor de las naciones necias
cual dioses, insultaron atrevidos
al santo Jehová, que reciamente
tronaba allá en Sión, su faz velada
entre los querubines. ¡Cuántas veces
fue la abominación tan consumada,
que en el santuario mismo colocaron
sus armas, y oponiendo sus tinieblas
al resplandor y gloria inmarcesibles,
con torpes ceremonias las solemnes
fiestas y el santo rito profanaron!
Fije el primero Moloc, monarca horrendo,
en la sangre de víctimas humanas
y en paternales lágrimas bañado,
por más que de atambores y timbales
el rumor estruendoso confundiese
el nunca oído grito de los tiernos
hijuelos, por el fuego devorante
a su horroroso ídolo arrastrados.
Allá en Rabba y sus llanos aguanosos
le adoró el ammonita, hasta do corren
por Argob y Basán de Arnón las aguas.
Ni se hartó su altivez con esta gloria;
antes del más sapiente de los hombres
corrompió el corazón, y con engaños
hizo que el viejo Salomón le alzara
sobre el monte de Oprobio un alto templo,
frente al templo de Dios, y que por bosque
le consagrara el antes deleitoso
valle de Hennón, Tofet después llamado,
y negro Gehemna, imagen del infierno.
Camos viene tras él, terror inmundo
del moabita, de Aroer a Nebo,
y hasta el austral desierto de Abarimo,
por Hesebón y Horonaim, dominios
del rey Seón, y aún más allá de Sibma,
de sus viñedos y floridos valles,
desde Eleale al lago de Asfaltite.
So el nombre de Fegor también sedujo
a Israel en Sitim, a su partida
del Nilo, y logró de él obscenos ritos,
después con duros males castigados.
Mas todavía sus orgías torpes
extendió al monte infame, cabe el bosque
de Hennón, juntando el odio a la lujuria,
hasta que el buen Josías, con ardiente

celo, los arrojó de allí al infierno.
Tras éstos parecieron los que dende
la cofinante onda del Eufrates
hasta el arroyo que divide a Siria
de la egipciana tierra, so los nombres
de Baalim y Astarot, aquéste de hembra
y de varón aquél, fueron servidos;
que es dado a los espirtus cualquier sexo
tomar que les agrade, o los dos juntos;
tan simple y desleída es su natura,
no trabada con nervios, ni en el frágil
apoyo de los huesos sustentada,
cual nuestro deleznable y torpe cuerpo;
sino en cualquiera forma que les place,
grave o sutil, oscura o transparente,
prosiguen sus designios, y sus obras,
ora de amor o enemistad, completan.
Muchas veces por éstos se olvidara
Israel de su Dios, y abandonando,
infiel, su altar, hincara la rodilla
a otros brutales e impotentes dioses.
Por eso fue humillado en las batallas,
y del Señor dejado a que cayese
despojo vil del enemigo alfanje.
También vino Astoret en esta tropa,
a quien Astarte los fenicios llaman,
reina del cielo, de crecientes cuernos,
a cuya clara imagen en las noches
de luna sus canciones y plegarias
las sidonias doncellas dirigían;
y hasta en Sión sus himnos resonaron
sobre el monte de Escándalo, en el templo
que aquel rey muliebroso le ensalzara,
cuyo gran corazón al culto inmundo
cayó de vanos dioses, por la astucia
de sus idolatresas enlabiado.
En pos vino Tamud, de quien la herida
atraía cada año a la alta cumbre
del Líbano las vírgenes sirianas,
a plañir tiernas todo un día estuvo
su desventura con devoto llanto;
mientras que el dulce Adonis, desprendido
de su nativa roca, la purpúrea
corriente enviaba al mar, teñido en sangre
de Tamud, según dicen, añalmente.
Iguale lamento hicieron con la torpe
fábula, ilusas, de Sión las hijas,
cuyas livianas lágrimas rociando
los umbrales del templo vio en su raptó
Ecequiel, cuando puesta ante sus ojos
le fue ¡oh Judá! tu negra idolatría.
Aquél vino después, que gran tormento
sintió cuando cautiva el arca santa
mutiló la su imagen, derribando
allá en su mismo templo sobre el polvo,
sin brazos ni cabeza, el tronco horrible,
afrenta de su culto y sacerdotes.
Llamáronle Dagón, monstruo marino,
hombre del medio arriba, el resto pece.
Tuvo, empero, en Azot también su templo
temido por la costa palestina,
en Gath, en Asealón, y en las fronteras
de Acarón y de Gaza. Ya él seguía
Rimmón, que tuvo asiento allá en Damasco,
en la fecunda y deleitosa orilla
de Abana y Fáfara, transparentes ríos.
Rival también de Dios y de su templo,
si perdió a un rey leproso, otro (su necio
conquistador Acaz) vino a su culto,

y derribó en su obsequio el altar santo.
poniendo en su lugar otro erigido
a la siriana moda, do quemase
vergonzosas ofrendas, adorando
los mismos dioses que vencido hubiera.
Detrás venía innumerable turba,
por diferentes nombres distinguida,
de no reciente fama: Osiris, Isis,
Horo y su comitiva, que con formas
espantables y extrañas brujerías
al fanático Egipto embaucaron,
y aun a sus sacerdotes, que buscaban
sus dioses vagabundos, en figuras
de animalías torpes escondidos.
También dañó a Israel el mal contagio,
cuando adoró en Oreb sus arracadas,
por el arte fusoria convertidas
en un becerro de oro, cuya culpa
dobló en Bethel y en Dan el rey protervo
que contrahizo su Dios, y en vez del santo
Jehová, quemó incienso a un buey rumiante.
Por eso, oh Egipto, en una triste noche
fueron tus primogénitos despojo,
y tus balantes dioses, de su ira.
Belial vino por fin, que igual del cielo
ningún más torpe espíritu cayera,
ni que más suciamente el vicio amase.
No tuvo templo alzado, ni humo nunca
de altar suyo subió. Más ¡ay!, ¿quién tiene
culto mayor en templos y en altares,
cuando niegan a Dios sus sacerdotes,
cual los hijos de Elí, que el santo templo
con lujuria y violencia profanaron?
Reina también en cortes y palacios
y en las ciudades, de torpeza asiento,
donde del alboroto y las injurias
sube el rumor sobre las altas torres,
cuando a la sombra de la noche negra
salen los hijos de Belial, de orgullo
y vino henchidos, a rondar sus calles.
Testigüenlo las tuyas, oh Sodoma,
y las de Gabaá, do sin respeto
a la hospitalidad fue escarnecida
la dueña de Bethel, cuyo alto ultraje
libró de otro más torpe a su velado.
Estos eran en orden los primeros,
y en brío. Los demás eran sin cuento
y largos de expresar, aunque famosos
dioses, a quienes de Jabán, los hijos
adoraron en Jonia, más recientes
empero, que sus padres cielo y tierra:
Titán el primogénito, y su enorme
familia, de la herencia por Saturno,
bien que hermano menor, desposeídos,
aunque el hijo tonante justo pago
le dio, usurpando el usurpado cetro;
primero en Ida y Creta conocidos,
después también sobre la cana cumbre
del viejo Olimpo, el aire de la media
región reglando su más alto cielo;
o ya en la cima délfica en Dodona
y por la tierra dórica y sus lindes;
o en fin, do aquel que con Saturno el viejo
por el mar de Adria a los hesperios campos
fue, y de los celtas travesando el golfo,
logró subir a sus lejanas islas.
Todos estos y más vinieron juntos,
y aunque abatidos, tristes y en silencio.
todavía en sus ojos un oscuro

vislumbre de contento aparecía
de ver al jefe altivo esperanzado.
y así en la perdición aún no perdidos.
Él entonces seguro, y recobrando
la sólita soberbia, con muy graves
razones, aunque vanas de sentido,
reparó su temor, y gentilmente
desterró de sus pechos el desmayo.
Luego mandó que fuese prontamente,
al son de las trompetas y clarines,
el tremendo estandarte enarbolado.
Tocárale esta gloria por derecho
a Azazel, querubín de alta estatura,
el cual al punto la imperial insignia
desdobló del bruñido astil, y en alto
la enarbolando, al viento tremolada,
brilló como un meteoro refulgente,
con el oro y rubíes, que expresaban
en rica bordadura los trofeos
y blasones querúbicos. En tanto
sonaron los marciales instrumentos,
y todas las legiones respondieran
con un muy alto grito, a que los hondos
cóncavos del infierno retemblaron,
y aun se sintió de fuera el tenebroso
reino del Caos y la anciana noche.
Otras diez mil banderas al momento,
por el oscuro aire tremoladas,
mostraron sus colores orientales,
a cuya luz se vido un bosque espeso
de picas, de bruñidos capacetes,
y escudos muchos fuertemente unidos,
que el formidable ejército ostentaban.
Al punto en ordenados batallones
se pone en marcha la tremenda hueste,
al son de dulces flautas y de pífanos,
al tono dorio y pausas acordados;
tono que en otro tiempo el noble pecho
de los antiguos héroes encendía
en los combates, no con rabia inútil,
sino con reflexible y firme aliento,
despreciador del susto y de la muerte;
tono grave y solemne, que inspiraba
tranquilos pensamientos, arrojando
de los mortales o inmortales pechos
la angustia, el duelo, el susto y el quebranto.
Así marchaba, unida y animosa,
la falange de espirtus en silencio,
y al dulce son de las acordes flautas
la ardiente arena alegres discurrían;
hasta que ya avanzados se pararon,
mostrando un ancho frente formidable
con las feroces relumbrantes armas;
y cual las huestes del heroico tiempo,
con lanzas y paveses muy cerrados,
esperaban la voz del gran caudillo.
Entonces él por las armadas filas
tendió la experta vista, y travesando
rápido los inmensos batallones,
vio el orden de los suyos, sus semblantes,
su aire y estatura, cual de dioses;
al fin sumó su número, y henchido
su corazón entonces de soberbia,
se glorió en su poder vano y protervo,
porque jamás desde su infancia el mundo
viera ejército tal, ni comparados
con él los más famosos, parecieran
otro que cual la enana infantería
que lidia con las grullas, aunque a un tiempo

se ayuntasen la prole gigantea
de Flegra y los heroicos escuadrones
que lidiaron en Teba y Troya en uno
revueltos con sus dioses auxiliares;
los que ensalza y describe el fabuloso
cuento de Artús seguido de sus fuertes
caballeros britanos y bretones;
los que después, ya infieles, ya cristianos,
en Montalván justaron o Aspremonte,
en Marruecos, Damasco o Trebisonda;
y los que, en fin, Biserta envió de África
cuando allá Carlomagno y los sus pares
fueron en Roncesvalles derrotados.
¡Tanto dista el ejército tartáreo
de las mortales fuerzas! Todavía
guardaban sujeción al gran caudillo.
Él, entre los demás sobresaliendo
en aire y gentileza, estaba erguido
como una torre, ni del todo hubiera
su lustre original perdido, y gloria;
antes como un arcángel relucía,
con luz, empero, y esplendor menguados.
Tal al romper el día el sol naciente
lanza al través de niebla matutina
su luz remisa, o tras la luna oculto
en pardo eclipse, a la mitad espanta
de las naciones crédulas, y anuncia
ruinas y susto a los medrosos reyes;
así, aunque escurecido todavía,
entre todos brillaba el alto arcángel.
Del rayo celestial las cicatrices
señalaban profundas su semblante,
y los fieros cuidados le anublaban;
empero heroico aliento y concentrada
soberbia a la venganza siempre pronta
anunciaba su ceño, aunque feroces
todavía en sus ojos parecían
gran lástima y crüel remordimiento,
al ver de su traición los compañeros,
o más bien los secuaces (¡cuán distintos
de lo que un tiempo fueran!) condenados
también con él, a pena perdurable.
Mil millones de espirtus por su culpa
arrojados del cielo, de la eterna
lumbre inmortal por su traición privados,
y fieles a su alianza, aunque perdido
su nativo esplendor. Así de fuego
del cielo heridos los montanos robres,
o los pinos de un bosque, aunque desnudos
de su frondosa copa, y chamuscados
sobre el marchito suelo, todavía
duran erguidos los eternos troncos.
Dispuesto a razonar, hace que al punto
plieguen las dobles filas de ala a ala;
luego en medio sus grandes le tomaron.
Tres veces quiso hablar, y tres las lágrimas,
cual verter puede un ángel, a sus ojos,
a pesar de su orgullo, se asomaron.
Por fin rompió, y mezcladas con suspiros
hallaron su camino estas palabras:
«¡Oh ejército de espirtus inmortales,
héroes sin par! ¡Oh al Todopoderoso
solmente comparables! Nuestra empresa
no tuvo infame fin, aunque esta horrible
prisión y tan acerba y espantosa
mudanza, el triste caso testifiquen.
Mas ¿qué penetración, qué agudo ingenio,
por más que diestro combinar supiese
lo presente y pasado, adivinara

que un tal poder, tan grande, tan unido
como el que aquí miramos, cedería
vencido y rechazado? Y ¿quién, no obstante,
aun después de tal rota, habrá que dude
que estas fuertes legiones, cuya ruina
tiene vacío el cielo, reanimadas
podrán con nuevo ardor subir de un vuelo
a recobrar sus tronos primitivos?
En cuanto a mí, testigos sean los altos
moradores del cielo, si dudoso
en la resolución o en los peligros
cobarde, malogré vuestra esperanza;
pero el supremo Rey, que hasta aquel día
ocupara su trono muy seguro,
sólo en su antigua posesión fundado,
o en la opinión y tolerancia nuestra,
descubriendo la gloria majestuosa
de su real dignidad, mantuvo oculto
el lleno de sus fuerzas, y este engaño
nos deslumbró y atrajo a nuestra ruina.
Pero en fin, ya desde hoy son conocidos
nuestro poder y el suyo; y si sería
locura provocarle a nueva guerra,
fuera infamia evitarla, provocados,
porque de nuestro ser la mejor parte
no está vencida aún. El alto ingenio
nos queda para obrar por escondidos
fraudes aquello do el poder no alcanza.
Esto a lo menos hallará en nosotros,
que no vence del todo a su contrario
quien sólo en fuerza le aventaja y vence.
Ya sabéis que criarse nuevos mundos
pueden en el vacío, y que el muy Alto,
según la tradición que dende antiguo
corría por el cielo, proyectaba
formar para estos tiempos uno, donde
plantase cierta gente venturosa,
caro objeto de todas sus delicias,
e igual en dicha a sus celestes hijos.
Probemos, pues, y a él o a otro hagamos
nuestra primer salida; que no siempre
han de vivir en esta sima hundidos
los hijos de la luz, ni por más tiempo
cubiertos de las sombras baratrales.
Pero esto debe consultarse agora
con maduro consejo, pues perdida
la esperanza de paz, ¿quién hay que opine
por la vil sumisión? Guerra, pues, guerra,
abierta o oculta, resolver debemos».
Dijo; y luego aprobando su discurso
millones de querúbicas espadas,
por el aire vibradas, relumbraron,
iluminando en torno el ancho infierno,
y todos ensañados contra el trono
del muy Alto, con armas resonantes
dieron en los broqueles reciamente;
tanto, que el fiero son de insulto y guerra
llegó a la alta techumbre del Empíreo.
Estaba cerca un monte, cuya horrible
cima lanzaba fuego y denso humo,
cubierto en lo demás de una lustrosa
costra, señal del oro que encubrían,
impregnadas de azufre, sus entrañas.
Allá voló prontísima una inmensa
brigada de guerreros, como suelen
ante un real campamento, bien armados
de picos y de sables, correr listos
los piquetes de bravos gastadores
a alzar una trinchera o parapeto.

Guiábalos Mammón; de cuantos
espíritus cayeron del Empireo
espíritu el más vil, pues en el mismo
cielo siempre sus ojos y deseos
fijos del rico pavimento al oro,
pisado allí de todos, le admiraba
sobre la clara y refulgente gloria
que inundaba de Dios el trono santo.
De él primero aprendieron los mortales
a robar de la tierra el centro oscuro;
de la tierra, su madre, y con impías
manos dilacerando sus entrañas,
a sacar los tesoros que piadosas
escondían. Al punto sus soldados
abren en medio el monte una ancha boca,
y grandes peñas de metal brillante
sacan. Nadie se admire si el infierno
engendra tal riqueza, que es muy digno
este precioso mal de aquel terreno.
Vosotros, que ensalzáis los mundanales
bienes, y con asombro andáis loando
las obras que erigieron los monarcas
de Babilonia y Menfi a tanta costa,
ved aquí sus famosos monumentos,
milagros de arte y fuerza, traspasados
por espíritus malditos, que en un hora
acaban lo que apenas en un siglo
logró el continuo afán de tantas manos.
En el próximo llano, en muchas fraguas
que el lago ardiente por ocultas venas
del derretido fuego bastecía,
el macizo metal con arte extraño
fundía otra cuadrilla, y le afinaba.
Y otra que ya en la tierra varios moldes
había formado, por ocultas vías
llena sus huecos del metal herviente,
bien cual suele en los órganos un soplo
henchir toda la máquina, infundido
el aire a un tiempo por diversos tubos.
Al punto sale de la tierra, pronto
como una exhalación, un ancho templo,
al son de melodiosas sinfonías
de instrumentos y voces, todo en torno
cercado de pilastras, y en robustas
columnas de orden dórico apoyado,
que el dorado arquitrabe sostenían.
Ni friso ni cornisa allí faltaban
de exquisitos relieves, y era de oro
ricamente labrado el alto techo.
Las grandezas de Menfi y Babilonia
en su más alta gloria no igualaron
a éstas, ni los templos de sus dioses,
Belo y Serapis, ni el dorado asiento
de sus reyes, entonces, cuando Asiria
y Egipto en fausto y pompa compitieran.
Subió la excelsa mole, y se mantuvo
sobre su mismo peso. De repente
se abren las bronceas puertas, y descubren
de lo interior el ámbito espacioso
y el liso y bien labrado pavimento.
Sendas filas de lámparas pendían,
y de ardientes faroles, de la arqueada
bóveda, que alumbraban por encanto,
de asfalto y pingüe nafta bastecidos,
y daban clara luz cual la del cielo.
Entra la muchedumbre presurosa
y admirada; la obra alaban unos,
y otros del diestro artífice el ingenio,
cuya mano de antiguo conocida

fuera en el cielo, por las altas torres que allá labrara, asiento y residencia de los excelsos tronos; a quien tanto ensalzó el Rey supremo, que les diera el cargo de reglar en varias clases las brillantes etéreas jerarquías. Ni de la antigua Grecia fue ignorado su nombre, ni del Lacio, do le dieron, so el de Mulciber, culto los ausonios. Y como dende el cielo había caído, fingiéronle arrojado de las altas almenas cristalinas por la furia de Júpiter airado, y que rodando rápido por el aire, desde el alba al mediodía, y desde el mediodía hasta la húmida tarde, todo el curso de un día de verano al esconderse el sol, mal una estrella desgajada dende el alto cenit, cayera en Lemnos, isla del mar Egeo. Así lo cuentan ilusos; mas mucho antes con los otros rebeldes derribado hubiera sido; que ni las altas torres en el cielo alzadas le valieran, ni salvarle las máquinas pudieron de que fuese con su diestra cuadrilla despeñado y enviado a edificar en el infierno. Entretanto, por orden del gran Jefe, los alados heraldos, con terrible aparato y al son de las trompetas, todo el tartáreo ejército convocan a un general consejo, que juntarse debía en Pandemón, insigne corte de Satán y sus pares. Los más dignos fueron allí llamados desde el frente de sus tercios, según de cada uno el mérito y lugar. Al punto todos vienen en tropa, todos escoltados de varia y numerosa comitiva. Todas las avenidas con la inmensa confluencia, las puertas y anchos atrios se hinchen, y más el gran salón (aunque era cual un campo espacioso, do guarnidos de reluciente acero y bien montados suelen torrear los bravos campeones, y a vista del Soldán, al más cumplido paladín, a batirse cuerpo a cuerpo provocan, o a justar con lanza en ristre), como un inmenso enjambre los espirtus cubren el suelo, y al través del aire sacuden sesgos las silbantes alas. Así en la primavera, cuando monta el sol ardiente en el bicorne signo, sacan su prole numerosa en torno de los melifluos corchos las abejas, y ellas entre las flores, de süave rocío humedecidas, susurrando, vuelan, girando acá y allá ligeras, o por la lisa tabla y odorosa, ancho arrabal de su ciudad pajiza, se solazan paseando, y los negocios tratan de su gobierno; tan espesa la aérea muchedumbre se estrechaba. Mas dada la señal ¡portento extraño!, los que mucho en tamaño a los terrigenas gigantes excedieran, reducidos a más breve estatura, ya parecen enanos. Más espesos e incontables que la pigmea gente colocada

allende el monte indiano, o que los duendes,
cuyos nocturnos juegos a la orilla
de un solitario bosque o fuente clara
mira tal vez, o sueña que los mira,
un rústico extraviado en su camino,
mientras la luna, presidiendo en alto,
se descubre, y más cerca de la tierra
lanza su tibia luz, en tanto hierve
la bulliciosa danza, y la festiva
música encanta el alma y el oído
del rústico, medroso y solazado;
de esta arte los espíritus encogen
su talla gigantea, a breve forma
reduciéndola, y bien que innumerables,
quedaron a su holgura en la gran sala
del infernal palacio. Más adentro,
y en su propia estatura, retirados,
formaban su sesión los serafines
y querubines, grandes y señores
de la tartárea corte, y en doradas
sillas, de gloria y majestad cubiertos,
más de mil semidioses se sentaban.
Puesto silencio, y la convocatoria
leída en alta voz, la junta empieza.

Epístola segunda

Al abad de Valchretien Mr. D'Eymar

Sequor, et qua ducitis adsum.

(Virgilio, **Eneida**, lib. II).

Mientras te alejas de la verde orilla
querido Eymar, del caudaloso Betis,
huyendo de los brazos de tu amigo;
y en tanto que atraviesas los confines
de una y otra provincia, sus estudios,
sus leyes y costumbres meditando;
mientras, lleno de un ansia generosa
de conocer al hombre, le examinas
por los distintos climas donde mora,
lejos vagando de la dulce patria;
permite que, admirada de tu celo,
siga mi musa tus ilustres huellas,
y te acompañe por los ricos campos
de Astigi, que con giro majestuoso
fecundiza el Genil, y hasta las puertas
te siga, por do entraron tantas veces
el ayo de Nerón y el numeroso
cantor de los farsálicos horrores;
que en pos de ti discurra el ancha falda
de los Marianos montes, patria un tiempo
de fieras alimañas, y hoy milagro
del arte y de la industria; que penetre
por los sedientos campos de la Mancha,
tumba del Guadiana memorable,
no hollados ya de héroes ni gigantes;
que te acompañe, en fin, hasta que pueda
besar contigo la imperial corriente
del pobre y respetado Manzanares.
Permítela también que al lado tuyo
pise después con planta temerosa
el suelo carpentano, la dorada
arena de Carpentó, do tuvieron
su cuna y su mansión mil altos reyes.
Juntos allí veremos las grandezas
del imperio español, y reducidos
a muy breve recinto, admiraremos
el sudor y opulencia de dos mundos.
Luego entraremos tímidos del trono
que ocupa Carlos a la augusta gloria,
y asentados verás allí a su diestra
la religión, el celo, la justicia,
la piedad y el amor, firmes apoyos
de su poder, su gloria y ornamento.
De su real familia en los semblantes
verás la tierna humanidad pintada,
cautivando mil almas, y el glorioso
espirtu varonil del cuarto Carlos,
sucesor destinado a sus virtudes
y su trono, y objeto ya constante
de amor a los hispanos corazones.
Después que beses las augustas manos
con labio reverente, y reflexivo
tanto esplendor y majestad contemples
huiremos de allí, no sea que al soplo
del aire palaciego algún maligno
influjo dañe a tu alma generosa;
huiremos de allí, y atrás dejando
la oficiosa ambición, el necio orgullo,
la negra envidia, el fraude, la lisonja
y otros aúlicos monstruos, a más dignos
objetos volveremos nuestros ojos.

Mas bien será que en la intrincada senda
del matritense laberinto guíe
la alma filosofía nuestros pasos;
la alma filosofía, a cuyas voces
tan avezada, Eymar, está tu oreja.
Con ella subiremos a los templos
do tiene culto Astrea, y do del numen
atentos a la voz de sus oráculos,
la infalible sanción escucharemos.
Allí verás, sentados a la sombra
del solio, en alto escaño, a los severos
ministros de la diosa, con oscuras
y luengas vestiduras ataviados;
de la suprema voluntad del numen
son órgano sus bocas, y dos mundos
ven su felicidad de ellas pendiente.
El celo del bien público las abre
y las hace elocuentes, y del numen
calor e inspiración reciben sólo.
Pero si alguna, al interés movida,
profana la verdad; si ves que usurpa
la mentira tal vez su santo adorno;
si el dolo, si el arbitrio introducidos
vieres en el congreso, Eymar, ¡oh, huye,
huye de allí con planta presurosa!
Huyamos. ¡Ah, no sean de la impura
profanación testigos nuestros ojos!
Huyamos a buscar a los tranquilos
alumnos de Sofía en su gimnasio.
Pasado el ancho foro y los umbrales
del alto consistorio, los veremos
trabajar por el bien de sus hermanos
sin fausto, sin escolta, sin señales
de imperio o dignidad: sólo al provecho
los verás de su patria consagrados.
El patrio amor preside las sesiones,
él sólo los congrega, los inspira,
los inflama, los guía y los corona.
El pobre labrador, a la inclemencia
del sol y el viento expuesto, y de las lluvias;
en su taller el mísero artesano;
el rico mercadante en su trastienda,
o bien del bravo mar entre las ondas,
objeto son de su incesante estudio.
Mira aquél que entre todos sobresale
con cana cabellera y luengas ropas,
encendido el semblante, y penetrado
de patriótico celo. Aplica atento
tu oído a sus discursos; ya resuenan
en ambos hemisferios sus clamores.
La patria está a su diestra, y con la suya
le ofrece una corona. ¡Vive, oh ilustre
alumno de Sofía! ¡Vive, y goza
el tributo de gloria y de alabanza
que te ofrece la patria, mientras el cielo
labra más alto premio a tus virtudes!
Mira también entre los mismos muros,
Eymar, otros alumnos de Minerva,
deteniendo del tiempo el raudo curso;
míralos renovando la memoria
de los pasados héroes, sus nombres
a los siglos futuros perpetuando.
Otros allí verás, atentos siempre
a conservar la gloria y la pureza
del lenguaje español, de sus dominios
las ajenas y bárbaras palabras
y las espurias frases desterrando.
Admíralos, Eymar, mientras muy dignos
de eterna gratitud, al bien consagran

de su patria y hermanos sus fatigas.
Ven conmigo después a la ancha casa
do están depositados los milagros
de arte y naturaleza. ¡Dulce amigo!,
ve aquí de tu atención dulces objetos.
Cuanto produce el ámbito espacioso
de uno y otro hemisferio, en aire, en tierra,
en fuego, en mar, aquí verás cifrado.
Sacia tu sed, y por las varias clases
de entes, o ya perfectos o monstruosos,
ricos, raros, hermosos o terribles,
tiende la experta y penetrante vista.
Carlos redujo toda la natura
a tan breve recinto. También mora,
gracias a su piedad, con ella el arte;
el arte, imitador de la natura,
pues cuanto ella produce y perfecciona
la mano del artista imita diestra,
en lienzo, en piedra o en sempiterno bronce.
¡Oh, benéficas artes, que el muy Alto
para alentar a la virtud produjo!
¡A vosotras es dado solamente
el hacer inmortales! ¡Almas grandes,
corred al heroísmo! Vuestros nombres
ya no irán con vosotros al sepulcro:
Carlos hará que vivan respetados
en la posteridad, y en vuestra muerte
no moriréis del todo.
Pero vamos,
Eymar, y nuestros pasos a más dulces
objetos dirijamos, también dignos
de tu especulación. Amables ninfas
del claro Manzanares, salid prontas,
salidnos al encuentro, y por un rato
permitidnos llegar a vuestros coros.
¿No ves, Eymar, la gracia y gentileza
que brilla en sus semblantes? La alma Venus
su imperio les cedió; su dulce imperio,
sobre esforzados pechos ejercido,
donde viven esclavos los más altos,
nobles y generosos corazones.
Ea, pues, moradoras de Carpeno,
venid, y con guirnaldas de odoroso
mirto tejidas, y de verde hiedra,
venid y coronad al nuevo huésped;
venid a coronarle, y pues su lira,
diestramente tañida tantas veces
a orillas del Secuana, fue embeleso
de sus graciosas ninfas, de vosotras
logre también el galardón debido.
Llega, Eymar, nada temas: el agrado
es su virtud genial. ¡Ah, si al hechizo
de sus ojos resistes; si no rindes
tu albedrío al imperio de sus labios;
si las ves, si las oyes con tranquilo
y libre corazón...! Guárdate, oh amigo,
guárdate de pasar por insensible;
guárdate... Mas permite que mi musa
vuelva sus pasos a la fresca orilla
del Betis, do, quejosas de esta ausencia,
la esperan ya las ninfas sevillanas.

11. - XI -

Idilio tercero

A Batilo

Mientras Batilo canta
con alto y dulce acento
los años de Ciparis,
muchacho, llena el cuenco,
que quiero celebrarlos
con el licor lieo,
brindándoles alegre
y a su salud bebiendo.
¡Eh!, brindo por la tuya,
Ciparis: quiera el cielo
que de tan digno amante
goces por largo tiempo.
A tu salud va estotro
Batilo... Llena presto,
muchacho... Plegue al numen
que tiene culto en Delos
hacer que de tu canto
resuene el dulce acento
desde uno al otro polo
por siglos sempiternos.

12. - XII -

Idilio cuarto

A Galatea

Mientras de Galatea,
oh incauto pajarillo,
ocupas el regazo,
permite que, afligido,
tan venturosa suerte
te envidie el amor mío.
De un mismo dueño hermoso
los dos somos cautivos:
tú lo eres por desgracia,
y yo por albedrío.
Violento en las prisiones,
maldices tú al destino
en tanto que yo, alegre,
besando estoy los grillos;
mas en los dos, ¡cuán vario
se muestra el hado esquivo!
Conmigo, ¡ay, cuán tirano!,
contigo, ¡cuán benigno!
Mil noches de tormento,
mil días de martirio,
mil ansias, mil angustias
lograrme no han podido
la dicha inestimable
que debes tú a un capricho.
Bañado en triste llanto,
tu dulce suerte envidio;
y en tanto tú, arrogante,
huellas con pie atrevido,
sin alma, sin deseos
ni racional instinto,
la esfera donde apenas
llegar ha presumido
el vuelo arrebatado
del pensamiento mío.

Idilio quinto

Al cumpleaños de Galatea

Mientras en raudos giros
el cielo va contando
la suma de tus días
y el curso de tus años,
tu vida, oh Galatea,
con florecientes pasos
va al punto más subido
de juventud llegando.
Del tiempo la incesante
consumidora mano,
que en otras hermosuras
consume sólo estragos,
hoy, sabia y generosa
la tuya sazonando,
mil altas perfecciones,
mil gracias, mil encantos
retoca de tu rostro
sobre el luciente espacio.
Mas ¡ay!, que también siente
mi corazón, al paso
que crece tu hermosura,
dolores más amargos:
tú creces en belleza,
y yo en deseos vanos;
de mi esperanza inmóvil
es sólo el triste estado.

14. - XIV -

Idilio sexto

A la misma

No sale más galana
por las doradas puertas
de Oriente, del anciano
Titón la esposa bella,
que sales tú a mis ojos,
oh dulce Galatea,
cuando a gozar del día
el blando lecho dejas;
ni más resplandeciente
su cara al cielo enseña
la plateada luna,
que el tuyo tú a la tierra,
do imprimen hoy tus plantas
la delicada huella.
Sin duda de las gracias
el coro, a tu lindeza
añade en esta hora
mil perfecciones nuevas:
brilla tu frente hermosa
con luz muy más serena,
y como al cielo el iris,
así tus negras cejas
dividen el nevado
contorno de tu esfera;
tus ojos... Musa mía,
¿cómo tu voz pudiera
los rutilantes ojos
pintar de Galatea?
¿Quién me dará que junte
del sol las luces bellas,
las sombras de la noche
y el fuego de la esfera,
para pintar los brillos,
la gracia y la viveza
de tus divinos ojos,
oh dulce Galatea?
Absorta el alma mía
los mira y los contempla,
sus luces la embriagan,
sus llamas la penetran.
Veo que en tus mejillas
la rosa bermejea,
y del clavel purpúreo
tus labios son afrenta.
Juegan sobre tu boca
las risas halagüeñas,
y en el ebúrneo pecho
la cándida azucena
derrama su blancura.
¡Ay Dios, cuántas bellezas
mis ojos inflamados
registran en tu esfera!
¡Ah, no me las ocultes,
oh cruda Galatea!
¡Guarte, que no se enoje,
si al mundo se las niegas,
la mano bienhechora
de la Naturaleza!
¿Criólas por ventura
para que no se vieran?
Si es ella generosa,
¿por qué eres tú avarienta?

15. - XV -

Idilio séptimo

A la misma

¡Perdón, perdón mil veces,
oh cruda Galatea!
Ya estoy arrepentido;
perdona mi flaqueza.
Serena el ceño airado,
y a tu semblante vuelvan
la risa y el agrado.
Serénale; no quieras
dar tan atroz castigo
a culpa tan ligera.
Mas ¡ay!, que amor tirano
vengado ha ya tu ofensa,
que en el delito mismo
me disfrazó la pena:
después que de tu rostro
tocó la ardiente esfera
mi labio, ¡ay, cuán aguda,
cuán penetrante flecha
mi corazón traspasa!
¡Ay, cómo le atormenta!
De ciego ardor movida
así tal vez la abeja
liba en la fresca rosa
los dulces jugos, mientras
su blando pecho duras
espinas atraviesan.

16. - XVI -

Idilio octavo

A Mireo

Con dulce y diestra pluma
pintaba el otro día
Mireo enamorado
las gracias de Trudina.
Pintaba de sus ojos
las luces homicidas,
su frente hermosa y grave,
sus rosadas mejillas,
la nariz bien labrada,
la boca bien partida;
pintaba el noble adorno
que a su semblante hacían
la ceja vuelta en arcos
y el cabello en sortijas;
después del cuerpo airoso
las gracias describía:
pintaba cómo al talle,
graciosa y bien tejida,
sobre la igual espalda
su trenza descendía;
del hombro ancho y caído
al cabo de la fina
cintura imperceptible
las distancias medía;
pintaba, en fin, su nívea
garganta, bien unida
al alto ebúrneo pecho,
partido en dos provincias;
sus brazos de alabastro,
sus manos yacintinas,
su garbo, su modestia,
sus gracias y sus risas.
Cual era l'alma Venus
cuando buscaba en Siria
al malhadado Adonis,
graciosa y peregrina,
tal era y de tan altas
perfecciones vestida,
en pluma de Mireo,
la preciosa Trudina.

17. - XVII -

La encina y la caña(Fábula de Lafontaine)

Dijo un día la encina,
hablando con la caña:

-Con sobrada razón, oh pobrecita,
te pudieras quejar de la fortuna.
Cualquiera pajarito
es para ti una carga muy pesada,
y el soplo más ligero,
que puede apenas encrespar la tersa
superficie del agua,
te obliga a dar de hocicos en el polvo.

Al contrario, mi copa,
cual eminente Caúcaso elevada,
del sol se opone a los ardientes rayos,
e insulta y desafía
al ímpetu ruidoso de los vientos.

Al menos si te hubieses
criado aquí al abrigo de los ramos
con que cubro este monte,
vivieras más segura,
guarecida por mí de las tormentas;
pero tú, desdichada,
creces sobre esa descubierta playa,
a ser débil juguete de los cierzos.

Por cierto que contigo
anduvo bien crüel naturaleza.

-Amiga, yo agradezco
tu compasión, le respondió la caña;
mas no tengas cuidado,
pues yo, doblando el cuello a los embates
del viento, más segura
estoy que tú, por más que hayas altiva
resistido hasta ahora. Vamos viendo.

Mientras la caña hablaba,
del opuesto horizonte
un recio vendaval se precipita
con furia tempestuosa.

Al punto se encorvó la débil caña,
mas la robusta encina
resiste a los embates,
hasta que al fin, doblando sus esfuerzos
el viento asolador, descuaja y troncha
al árbol que escondía
su alta copa en las nubes
y su raíz en el profundo abismo.

18. - XVIII -

Los dos mulos(Fábula de Lafontaine)
Iban dos mulos caminando un día
cargado uno de yeso
y otro de un gran tesoro para el fisco.
Iba éste tan ufano con el peso
de su opulenta carga,
que no la soltaría por un reino.
Marchaba mesurado
con grave paso y levantado el cuello,
tocando su cencerro,
cuando hétele que sale
de pronto una cuadrilla de bandidos,
que, hambrientos de dinero,
sobre el ufano conductor se arrojan,
le rodean, le agarran por el freno,
le oprimen y detienen.
Pretende resistirlo,
pero sintiendo al punto
de todas partes sobre sí mil palos:
-¿En esto, dijo sollozando, en esto
han venido a parar mis esperanzas?
Este otro que me sigue,
me sigue sin peligro;
yo caigo en él, y de él salir no fio.
-No siempre provechosos
los grandes cargos son, amigo mío,
le dijo el camarada,
y ahora en tal apuro no te vieras
sí, a ejemplo mío, hubieses
prestado tus servicios a un yesero.

19. - XIX -

IdilioDe Montesquieu
Por los hojosos bosques
de Idalia cierto día
andaba yo en compañía
de la joven Cefisa.
Hallé al Amor, que oculto
entre flores dormía,
cubierto de unos mirtos,
en cuyas ramecillas
del céfiro los soplos
apenas se sentían.
Las risas y los juegos,
perenne comitiva
del dios, andaban lejos,
retozando a porfía,
y le dejaban solo.
Amor en aquel día
en mi poder estuvo
y en tanto que dormía
robar pude sus armas,
pues mientras él dormía,
carcaj, arco y saetas
a su lado yacían.
Del mayor de los divos
coge el arco Cefisa;
en él pone una flecha,
y a mí, que no la vía,
la dirigió al instante.
Hirióme, y yo con risa
le digo: -Vaya otra,
y hazme mayor herida,
que aquésta es muy pequeña.
Al punto fue Cefisa
a poner otra, pero
del arco desprendida,
cayó en su pie. Asustóse,
porque era la maldita
flecha la más pesada
que en el carcaj había.
Por fin volvió a cogerla,
tiróla, y la maligna
me hirió otra vez el pecho.
-¿Qué haces, dije, Cefisa?
¿Pretendes, inhumana,
poner fin a mi vida?
Ella se fue entre tanto
a do el Amor yacía:
-En sueño sepultado
está, dijo Cefisa,
de tan frecuentes tiros
rendido a la fatiga.
Vamos a atar con flores
sus pies y manecillas.
-No, dije yo, no lo hagas,
que a su deidad mil dichas
debemos, y favores.
-Pues voy, dijo la ninfa,
a dispararle un dardo
de los que el malo tira,
con cuanta fuerza pueda.
-Pero ¿no ves, Cefisa,
que puedes despertarle?
-Y bien, si nos divisa,
¿podrá hacer otra cosa
que hacernos más heridas?
-No, no, dije, dejemos
que duerma sin fatiga,

y esténmonos sentados
cabe él en compañía,
para que a nuestras almas
inflame más su vista.
Entonces recogiendo
de mirtos que allí había,
y rosas, muchas hojas:
-Voy, prosiguió Cefisa,
voy a tapar del niño
el cuerpo y la carita,
para que cuando vengan
los juegos y las risas
en busca de él, no le hallen.
Echóselas encima,
y luego la taimada
se holgaba y se reía
de ver que al diosecillo
del todo le cubrían.
-Pero ¿qué es esto que hago?
No, no, dijo Cefisa,
cortémosle las alas,
que así no habrá en la vida
más hombres inconstantes,
porque éste se ejercita
en inspirar a todos
mudanzas y perfidias.
Dicho esto, saca luego
sus tijeras la ninfa;
sentóse, y con gran tiento
asió las puntecillas
de las doradas alas
del dios, que aún dormía.
Yo entre tanto, sintiendo
mi alma conmovida,
de susto y temor lleno,
-Tente, dije, Cefisa.
Mas ella sin oírme,
de las alas divinas
las puntas corta; suelta
las tijeras deprisa,
y huyendo del castigo,
salvarse solicita.
Cuando a volar, despierto,
ya el dios se disponía,
sintió un peso que nunca
sentido hubiera encima.
Luego sobre las flores
notó que relucían
las puntas de sus alas,
y echó a llorar. Su cuita
viendo de Olimpo Jove,
envió una nubecilla
que al dios llevase a Gnido,
hasta posarle encima
del seno de su madre.
Al verla: -¡Ay, madre mía!
la dijo, antes de ahora
mis alas se movían;
pero me las cortaron.
¿Qué haré con tal desdicha?
-No llores, hijo mío,
la alma Venus decía,
estáte aquí en mi seno,
no te muevas ni aflijas,
que ellas irán creciendo
con el calor. ¿No miras
cómo ya son más grandes?
Abrázame, alma mía,
que luego serán tales

como antes las tenías.

¿Ves cómo ya las puntas
doradas se divisan?

¡Eh!, ya han crecido; vuela,
vuela, hijo de mi vida.

-Sí, dijo el dios, probemos
si puedo cual solía.

Voló en efecto un poco,

y se posó de prisa

cabe su linda madre;

de allí revoló encima

del pecho de la diosa,

que le hizo mil caricias.

Luego con nuevo brío

movió las alecillas,

y se posó más lejos,

volviendo todavía

al seno de su madre.

Allí abrazó a la diva,

y ella de su contento

gozosa se sonría.

Repitió sus abrazos,

sus juegos y caricias,

hasta que al fin volando

subió sobre la limpia

región del aire, donde

reina con fuerza altiva

sobre cuanto en el orbe

Naturaleza cría.

Amor después, queriendo

vengarse de Cefisa,

la hizo la más voltaria

de todas las bonitas.

Con una nueva llama

la enciende cada día:

primero a mí me quiso,

a poco tiempo ardía

por Dafnis y al presente

ya por Cleón suspira.

¿No ves, Amor tirano,

que soy yo a quien castigas?

Pronto a sufrir la pena

estoy de su osadía;

mas no con sus desprecios,

oh dios crüel, me aflijas.

Oda segunda

Al nacimiento de don Antonio María de Castilla y Velasco, primogénito de los Marqueses de Caltojar

¿Adónde estoy? ¿Qué fuego
es éste que mi pecho y mente inflama?
¿Quién atiza esta llama,
que turba mi razón y mi sosiego?
¿Qué espíritu halagüeño
mi musa arranca del pasado sueño?
Mándame un numen santo
que tome al punto la sonante lira;
para un ignoto canto
al agitado pecho aliento inspira,
y con fuego elocuente
inflama los espacios de mi mente.
¿Y a quién, oh lira mía,
debes encaminar el alto acento?
¿Dónde de tu armonía
el objeto se halla? ¿El firmamento
le encierra acaso? ¿Habita en el profundo,
o se oculta en los ámbitos del mundo?
Mas tú serás mi guía
santa Naturaleza, pues afable
presentas a la hinchada mente mía
el objeto más tierno, más amable,
de más delicias lleno,
que el sabio Autor despositó en tu seno.
El tronco derivado
del real augusto tronco de Castilla,
al noble y sin mancilla
tronco de los Velascos enlazado,
germina, reflorece,
y nuevos frutos a la tierra ofrece.
Un bello infante nace,
de mil generaciones claro anuncio:
en él un pueblo entero se complace.
Ven, deseado nuncio
del gozo y paz que nos ofrece el cielo,
ven a alegrar el hispalense suelo.
¡Oh cuánta dicha, cuánta
anuncia este suceso venturoso!
Musa mía, levanta
el vuelo perezoso;
canta, y rompiendo al tiempo el seno obscuro,
revela los arcanos del futuro.
Sobre las nubes veo
una turba de héroes congregados.
Se ofrecen al deseo
sacerdotes, guerreros, magistrados,
cuya virtud se mira ejercitada
en la toga, en la mitra y en la espada.
En sus semblantes luce
una modesta y noble compostura:
la Verdad majestuosa
les da su amor, los guía y los conduce
a una virtud incorruptible y pura.
¡Oh sucesión dichosa,
al bien de los mortales consagrada,
cuánto serás en otra edad loada!
¡Estos son los altivos
descendientes del tronco de Castilla,
dignos de fama y de inmortal renombre!
Los siglos sucesivos
verán sobre los muros de Sevilla
los bustos erigidos a su nombre,
y de su fama el eco peregrino

oírá el turco, el perüano, el chino.
Un delicado infante,
más que el lucero matutino hermoso,
y como el sol brillante,
preside a todo el escuadrón glorioso;
sobre su tierna frente ¡oh maravilla!
impreso miro el nombre de Castilla.
Su ilustre padre al lado,
lleno de majestad y de alegría,
del honor y el valor acompañado,
los tiernos pasos del infante guía;
le dirige, y presenta a su memoria
los templos del honor y de la gloria.
Y tú, admirable madre
de tan claros varones, cuyo seno
concha fue del tesoro más precioso;
tú, que el nombre de padre,
nombre de gloria y de ternura lleno,
entre susto y dolor diste a tu esposo;
tú, de modestia y de candor dechado,
gloria y honor del sexo delicado;
también tú en el congreso,
de tantos descendientes rodeada,
estabas arrullando al tierno infante.
Tú eras de tantos héroes embeleso,
de gracias y virtudes coronada,
a la estrella de Venus semejante,
o cual se ve la Aurora en el oriente,
viva, graciosa, clara y refulgente.
¡Oh venturoso amigo.
cuántos previene el cielo a tus virtudes
altos y soberanos galardones!
Ven, registra conmigo
la faz del tiempo y sus vicisitudes:
en la suerte de todas las naciones
descubrirás la tuya... Mira... Atiende;
sigue mi voz... Mas ¿quién mi voz suspende?
Mándanme ya que calle,
y una mano invisible
corta a mi musa el temerario vuelo.
Mortales que habitáis en este valle
de confusión, estirpe corruptible,
que de males y horror henchís el suelo,
vosotros no sois dignos
de penetrar arcanos tan divinos.

21. - XXI -

Epístola tercera Epístola heroica de Jovino a sus amigos de Sevilla

Labitur ex oculis, nunc quoque gutta meis

Ovidio.

Voyme de ti alejando por instantes,
oh gran Sevilla, el corazón cubierto
de triste luto, y del contino llanto
profundamente aradas mis mejillas;
voyme de ti alejando y de tu hermosa
orilla, oh sacro Betis, que otras veces
en días ¡ay! más claros y serenos
era el centro feliz de mis venturas;
centro, do mal mi grado, todavía
me retienes las prendas deliciosas
de mi constante amor y mi ternura,
prendas que allá te deja el alma mía,
dulces y alegres cuando a Dios le plugo,
y agora por mi mal en triste ausencia
origen de estas lágrimas que lloro.
¡Ay! ¿dónde iré a esconder, de ti distante
y de su dulce vista, mi congoja?
¿En qué clima del mundo hallar pudiera
algún solaz esta ánima mezquina?
Sumergido mi espirtu en un profundo
golfo de congojosos pensamientos,
va mi cuerpo arrastrado al albedrío
de los crüeles hados. ¡Ay cuán rauda-
mente me alejan las veloces mulas
de tu ribera, oh Betis deleitoso!
Siguen la voz, con incesante trote,
del duro mayoral, tan insensible,
o muy más que ellas, a mi amargo llanto.
Siguen su voz; y en tanto el enojoso
sonar de las discordes campanillas,
del látigo el chasquido, del blasfemo
zagal el ronco amenazante grito,
y el confuso tropel con que las ruedas
sobre el carril pendiente y pedregoso
raudas el eje rechinante vuelven,
mi oído a un tiempo y corazón destrozan.
De ciudad en ciudad, de venta en venta
van trasladando mis dolientes miembros,
cual si ya fuese un rígido cadáver.
¡Ah, cuál me lleva triste y mal parado
el acerbo dolor! ¡Ay, cuál me lleva,
de tal arte abatido que no hay cosa
que vuelva el gozo a mi ánima angustiada!
Ni los alegres campos, del otoño
con las doradas galas ataviados,
ni la inocente y rústica algazara
con que hace resonar los hondos valles
la bulliciosa juventud, que roba
del padre Baco los opimos dones;
ni en las verdes laderas los rebaños,
do con las llenas ubres de su madre
juega balando el tierno corderillo;
ni las canoras aves por el viento;
ni en su argentado margen, por mil giros
serpeando el arroyuelo mormurante,
ni toda, en fin, la gran naturaleza
en su estación más rica y deleitosa
le causa algún placer al alma mía.
En vano se presentan a mis ojos
la ancha y fecunda carmonense vega,
hora de sus tesoros despojada;
la orilla del Genil, ceñida en torno
del árbol a Minerva consagrado,
donde ya el pingüe fruto bermejea;

los cordobenses muros, con la cuna
de tanto ilustre vate ennoblecidos;
mil pueblos que del seno enmarañado
de los Marianos montes, patria un tiempo
de fieras alimañas, de repente
nacieron cultivados, do a despecho
de la rabiosa invidia, la esperanza
de mil generaciones se alimenta;
lugares algún día venturosos,
del gozo y la inocencia frecuentados,
y que honró con sus plantas Galatea,
mas hoy de Filis con la tumba fría
y con la triste y vacilante sombra
del sin ventura Elpino ya infamados,
y a su primer horror restituidos;
en vano todo aquesto mis cansados
ojos, al llanto solamente abiertos,
en sucesiva progresión repasan;
que, aunque tal vez en lágrimas bañados
del sol los halla el rayo refulgente,
nada les da placer. Por todas partes
descubren sólo un árido desierto,
y esles molesta hasta la luz del día.
Mas ¡ay! lejos de ti, Sevilla, lejos
de vosotros, oh amigos, ¿cómo puede
ser de mi corazón huésped el gozo?
¿Por ventura moraron de consuno
alguna vez la pena y el contento?
La clara luz del sol más enemiga
no es de la negra noche y su tiniebla
que lo es de la alegría mi tristura.
Busco sólo la acerba remembranza
del bien perdido, y sólo me consuela
llorar mi desventura y mi mancilla.
Van por el aire vago mis querellas,
capaces de ablandar las rocas duras,
do las repite el eco lastimado.
Vosotros, vientecillos, que batiendo
las alas odoríferas, al clima
que el meridiano sol inflama y dora
lleváis el refrigerio apetecido,
¡ay! sobre ellas también llevad piadosos
mis flébiles acentos a su esfera.
Y tú, piadoso Betis, que al encuentro
tantas veces me sales, condolido
de mi dolor, y en tu corriente pura
mis lágrimas recoges tantas veces,
¡ay! llévalas do puedan con las tuyas
mezclarlas Galatea y mis amigos;
llévaselas, oh padre venerando,
que, si por otras dotes eminente,
de hoy más serás por tu piedad famoso.
De hoy más serás nombrado, y de tu orilla
los cisnes cantarán en loor tuyo
frecuentes himnos; subirá tu fama
sobre la fama del sagrado Tíbre,
y en tu alabanza emplearán por siempre
Jovino y sus amigos la su lira.
Mas ¡ay!, ¿dó estáis agora, oh mis amigos?
Tú, mi dulce Miguel, tú, gloria mía,
gloria y honor del hispalense suelo.
de pundonor y de amistad dechado,
tesoro de virtud y de doctrina,
oculto empero en ejemplar modestia
abierto sólo al pecho de Jovino,
tú, amado Caltojar, que en floreciente
y hermosa juventud eres espejo
y flor de la andaluza gallardía,
buen esposo, buen padre, buen patriota,

en fe constante, en amistad sincero:
y tú, querido Isidro, otra esperanza,
ausente yo, de la hispalense Temis,
perseguidor del vicio, y de la santa
virtud apoyo: eternos compañeros
de mi florida edad, dulces amigos,
pedazos de mi alma, ¿dó estáis hora?
¿Acaso vais al ancho consistorio
a consagrar, alumnos de Sofía,
vuestros talentos a la dulce patria?
¡Ay, os diera yo ejemplos otras veces
de esta virtud honrada y provechosa,
de este amor patrio, y juntos le buscábais
en pos de mí con generoso anhelo!
¿Por ventura pisáis la verde orilla
del ancho Beti, y con discursos graves
o sazonados chistes, vais las horas,
las fugitivas horas engañando?
¡Ay! en tan dulce y noble compañía,
¿por qué no se halla el triste de Jovino?
¿Quién le arrancó de tan feliz morada?
¿Quién le privó de tan cabal ventura?
¡Ah, ya no volverán esos lugares,
do el alma paz, el gusto y la alegría
moran de asiento, a recrear sus ojos!
Mas hora que en las aguas lusitanas
su rostro esconde el padre de las luces,
¿acaso vais en dulce compañía
a ver a la angustiada Galatea?
¡Ay! ¿dó se esconde? ¿Acaso en la espesura
del verde enmarañado laberinto
del real jardín, morada deliciosa,
do al canto de ella en tiempo más felice,
de vosotros también acompañado,
se solazaba el triste de Jovino?
¿Acaso, avergonzada, entre las murtas
esconde su semblante, aquel semblante,
trono de la modestia y alegría,
y agora en tristes lágrimas bañado?
¡Ay! di, ¿por qué te escondes, Galatea?
Divina Galatea, ¿desde cuándo
la natural ternura es un delito?
¿El ojo más procaz notar pudiera
las lágrimas vertidas en el seno
de una amistad virtuosa y sin mancilla?
Su llanto escondan los que en él al mundo
un testimonio dan de sus flaquezas;
pero el sensible corazón, al casto
fuego de la amistad solamente abierto,
¿se habrá de avergonzar de su ternura?
¡Ah, no se cubra la virtud sencilla
con el color de la vergüenza infame,
y el rubor y el atroz remordimiento
vayan a atormentar las almas reas!
¡Ay, cuántas veces, ay, entre esas murtas
pasó contigo del sereno otoño
las sosegadas tardes en alegres
dulces coloquios el que sin ti agora
en muda y triste soledad las pasa!
¡Cuántos blandos coloquios, mientras leda
y de los tus amigos en compañía
el florido recinto discurrías,
cuántos blandos coloquios deleitaban
nuestros unidos inocentes pechos!
También contigo la florida estancia
cruzaban divertidas la virtuosa
Marina, de leal y blando pecho,
mal de su infiel zagal correspondida,
y la envidiosa Lice, que aunque en años

con la antigua comeja compitiendo,
todavía en donaire y hermosura
contigo (¡ay necia!) competir querría.
¡Oh, cuántas veces la infeliz, cantando,
llamó con voz temblona al perezoso
amor, que en tu semblante reposaba,
en tu joven semblante, y no la oía!
Que sobre seca rama nunca el malo
hacer quisiera asiento ni manida.
Reíanse a su espalda y se admiraban
de su sandez Jovino y sus amigos,
y tú con blando enojo los reñías.
¡Ay! ¿qué maligna estrella, qué hado impío
le arrebató a Jovino esta ventura,
esta feliz y llena bienandanza?
¡Ay! ¿dó le arrastra su fatal destino?
Llévale en corta edad a que se engolfe
en alta mar, donde al continuo embate
de afanes y vigiliás, de ti ausente,
su vida a un tiempo y su ventura acabe.
Llévale a sepultar su triste llanto
en lejana región, sólo habitada
de pechos insensibles, do no tienen
la compasión ni la piedad manida.
Llévale a ser esclavo de una austera
terrible obligación, ¡ay, cuán costosa,
ay, de su blando pecho a la ternura!
Llévale, en fin, a que en afán contino
espere la vejez, la edad del llanto,
de cuidados y males combatida,
y de los dulces años con la triste
remembranza, más triste y congojosa.
Vendrá en pos de ella, aunque con lento paso,
la perezosa muerte, único puerto
a los extremos males; mas vendráse
lentamente la cruda, sólo pronta
a cortar con segur inexorable
la flor de juventud viva y alegre,
empero siempre sorda y detenida
al infeliz que en su favor la invoca.
¡Ay, cuándo, cuándo el deseado día
vendrá a acabar con mi perenne llanto!

Cantilena

A don Ramón de Posada y Soto, Fiscal de la Audiencia de Méjico, con motivo de unos versos escritos por una señora americana

¿De cuándo acá las musas,
que sólo a los mozuelos
sus gracias repartían
antes de ahora, hicieron
tan súbita alianza
con otras de su sexo?
Injustas y envidiosas
jamás en otro tiempo
a las graciosas ninfas
fiaban sus misterios.
Del Pindo a la eminencia,
do su dorado asiento
tienen las orgullosas,
vecino al alto cielo,
las delicadas plantas
nunca subir pudieron,
ni de ellas ser solía
hollado aquel sendero,
que plantas más robustas
condujo en otros tiempos
al templo de la gloria,
o ya al del escarmiento.
Mas de la americana
Safo los dulces versos,
de los pasados siglos
desmienten el ejemplo,
¡Qué aguda, qué ingeniosa
se ostenta, cuando amenos
acuden a su pluma
el chiste y el gracejo!
Pero ¿de dónde, dime,
Ramón, su dulce ingenio
tomó la melodía,
la exactitud del metro,
el número armonioso,
los agudos conceptos,
la gracia y la dulzura
que hierven en sus versos?
¿El rubio y claro Apolo
fue acaso su maestro?
¿Acaso de las musas
los virginales pechos
tocó algún día? ¿Acaso
crióse en el Permeso?
Safo a Faón quería,
y Amor la inspiró versos.
¿Debió tal vez Leonarda
a Amor su magisterio?
¡Ah, cuántos envidiosos
tendrá tu entendimiento,
discreta Safo! ¡A cuántos
inflamarán sus celos!
¡Dichoso el que alcanzare
con bien tañido plectro,
loar condignamente
tan peregrino ingenio!
¡Y mucho más dichoso
quien logre ser tu empleo!

23. - XXIII - Epigramas

I

A un amigo

Pregúntame un amigo
cómo se habrá de hoy más con las mujeres;
y yo a secas le digo
que, bien que en esto hay varios pareceres,
ninguno que llegare a conocellas,
podrá vivir con ellas, ni sin ellas.

II

A una de las que en Madrid llaman cojas

¿Por qué te llaman coja, Dorotea?
¿Quién hay que tu figura
inhiesta y firme al caminar no vea?
Pues ¿a qué tal censura?
¿Es porque suele tu virtud acaso
tropezar y caer a cada paso?

III

A la misma

Los malignos fisgones
que el apodo de coja te pusieron
son, Dorotea, bravos picarones.
Si acaso conocieron
que a tus ojos la luz del bien no llega,
¿no era mejor que te llamasen ciega?

IV

A un mal ahogado

Se quejan mis clientes
de que pierden sus pleitos, pero en vano.
¿A mí qué se me da, si siempre gano?

V

A otro que gritaba mucho

Ni me fundo en las leyes
que los sabios de Roma publicaron,
ni en las que nuestros reyes
para esplendor de su nación dejaron;
mas tengo en los pulmones
todo el vigor que falta a mis razones.

VI

A un predicador

Dijiste contra el peinado
mil cosas, enardecido,
contra las de ancho vestido
y las de estrecho calzado.
Por eso alguno ha notado
tu sermón de muy severo;
yo que no se engaña infiero
de que, olvidando tu oficio,
sola la virtud y el vicio
te dejaste en el tintero.

24. - XXIV -

Soneto cuarto

A Enarda

Primera versión

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda!, sea,
menos de ti, de todos ignorada;
que ande en silencio y sombra sepultada,
y ningún necio mofador la vea.

Hazme dichoso, y más que nadie crea
que es de tu amor mi fe recompensada:
que no por ser de muchos envidiada
crece una dicha a superior idea.

Amor es un afecto misterioso
que nace entre secretas confianzas,
y muere al filo de mordaz censura;
y sólo aquel que logra, ni envidioso
ni envidiado, cumplir sus esperanzas,
es quien colma su gozo y su ventura.

Segunda versión

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda!, sea,
menos de ti, de todos ignorada;
que ande en silencio y sombras embozada,
y ningún necio mofador la vea.

Sea yo dichoso, y más que nadie crea
que es con tu amor mi fe recompensada:
que no por ser de muchos envidiada
crece la dicha a más sublime idea.

Amor es un afecto misterioso
que nace entre secretas confianzas,
mas muere al soplo de mordaz censura.
Y sólo aquel que logra, ni envidioso
ni envidiado, cumplir sus esperanzas,
colma su gozo y fija su ventura.

25. - XXV -

Idilio noveno

A un solitario

Goza de los placeres
que ofrece el tiempo, Anfriso;
no huyas de los hombres,
ni te hagas su enemigo.
Mientras el monte mides
cuidoso y discursivo,
mira con cuánta priesa
el cielo en raudos giros
midiendo va las horas
de tus años floridos.
Goza, pues, de las dichas
que ofrece el tiempo, amigo;
que para el día horrendo,
de todos tan temido,
asaz de llanto y penas
te guardará el destino.

26. - XXVI -

Idilio décimo

Al Sol

Padre del universo,
autor del claro día,
brillante sol, a cuyo
influjo la infinita
turba de los vivientes
el ser debe y la vida;
tú, que rompiendo el seno
del alba cristalina,
te asomas en oriente
a derramar el día
por los profundos valles
y por las altas cimas;
de cuyo reluciente
carro las diamantinas
y voladoras ruedas
con rapidez no vista
hienden el aire vago
de la región vacía;
enhorabuena vengas,
de luces matutinas,
de rayos coronado
y llamas nunca extintas,
a henchir las almas nuestras
de paz y de alegría.
La noche tenebrosa,
de fraudes, de perfidias
y dolos medianera,
se ahuyenta con tu vista,
y busca en los profundos
abismos su guarida.
El sueño perezoso,
las sombras, las mentidas
fantasmas y los sustos,
su horrenda comitiva,
se alejan de nosotros,
y en pos del claro día
el júbilo, el sosiego
y el gozo nos visitan.
Las transparentes horas,
de clara luz vestidas,
señalan nuestros gustos
y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
por las eólicas cimas,
rigiendo tus caballos
con las doradas bridas;
o ya el luciente carro
con nuevo ardor dirijas
al reino austral, de donde
más luz y fuego vibras;
o en fin, precipitado
sobre las cristalinas
occiduas aguas caigas
con luz más blanda y tibia,
tu rostro refulgente,
tu ardor, tu luz divina
del hombre serán siempre
consuelo y alegría.

27. - XXVII -

Idilio undécimo¹

Jovino a Enarda

Mientras los roncós silvos
del Aquilón elado
llenán a los mortales
de susto, y sobresalto,
cantemos, bella Enarda,
en Hymnos acordados
de Amor y sus dulzuras
el delicioso encanto.
Del hijo de la Diosa
que reina en Gnido y Paphos
cantemos las Victorias
y triumphos soberanos,
que a su dominio el cielo
y tierra sujetaron.
Las dulces travesuras
de aquel rapaz véndado,
que reina en nuestros pechos,
cantemos, y loando
de su carcax el oro,
la labor de su Arco,
sus flechas penetrantes,
sus tiros acertados,
pasemos dulcemente,
uno de otro en los brazos,
las horas fugitivas
y los veloces años.
Amor de Cielo y Tierra
es Dueño soberano:
sus leyes reconocen
la tierra y cielo esclavos.
Los Globos cristalinos,
de sólo amor guiados,
giran en torno al mundo
con vuelo arrebatado;
y del Amor las Leyes
eternas observando,
cuentan en raudos giros,
sonoros y acordados,
las Horas y los Días,
los Meses y los Años.
Pero en la tierra ejerce
imperio más templado
el ciego Dios, más dulce,
más firme y dilatado,
y no hay viviente alguno
que de él no viva esclavo.
Allá en los altos montes
y en los oscuros antros
sienten de amor la llama
los Brutos abrasados.
Los Peces en el golfo
del tiro envenenado
salvarse no han podido;
ni sobre el aire vago
las Aves por su buelo
ni por su dulce canto.
Todos de amor al yugo
se rinden, y a su carro
uncidos, todos vienen
sus triumphos celebrando.
Pero entre todos ellos
el hombre más colmados
obsequios, homenajes

más puros va prestando;
que otros vivientes aman
de su instinto arrastrados,
empero el Hombre sólo
de la razón guiado.
El Hombre venturoso
encierra en lo arcanos
de su razón las Leyes
que Amor le ha señalado.
El Hombre apreciar solo
con dignos holocaustos
sabe de la Hermosura
la gracia y el encanto.
Dígalo ¡ay Dios! ¡o Enarda!
Jovino enamorado,
que vive de tus ojos
reconocido esclavo.
Un corazón lo diga
donde gravó con rasgos
de fuego la tu imagen
Amor con tierna mano.
¡Ay! yo era todavía
entonces un muchacho
alegre y bullicioso,
sencillo y agraciado,
y hoy ya sobre mí siento
el peso de los años.
Dígalo una alma fina,
do tiene levantado
su trono tu hermosura,
y do, vibrando rayos,
tus ojos ejercitan
el peligroso mando,
¡Ay! ¡Cuántas veces, cuántas,
los míos al extraño
ardor de sus pupilas
quedaron abrasados!
Dígalo, en fin, Jovino,
a quien ni los halagos
de otras mil hermosuras,
ni estorbos mil, ni el vario
curso de la Fortuna,
ni el tiempo, ni el amargo
dolor de larga ausencia,
ni el incesante llanto
que derramó al mirarte
alegre en otros brazos,
mudar nunca pudieron,
y en quien estorbos tantos
del fuego primitivo
la llama no apagaron.
Cantemos, pues, ¡o Enarda!
en Hymnos acordados
de Amor y sus dulzuras
el delicioso encanto,
mientras los roncós silvos
del aquilón elado
llenan a los mortales
de susto y sobresalto.

Idilio duodécimo

A Enarda

Riñenme, bella Enarda,
los mozos y los viejos,
porque tal vez jugando
te escribo dulces versos.
«Debiera un magistrado»,
susurran, «más severo,
«de las livianas musas
huir el vil comercio».
«¡Qué mal el tiempo gastas!»
predican otros. Pero,
por más que todos gruñan,
tengo de escribir versos:
quiero loar de Enarda
el peregrino ingenio
al son de mi zampoña,
y en bien medidos metros;
quiero de su hermosura
encaramar al cielo
las altas perfecciones;
de su semblante quiero
cantar el dulce hechizo,
y con pincel maestro
pintar su frente hermosa,
sus traviosos ojuelos,
el carmín de sus labios,
la nieve de su cuello;
y vayáanse a la... al rollo
los catonianos ceños,
las frentes arrugadas
y adustos sobrecejos;
que Enarda será siempre
celebrada en mis versos.

29. - XXIX -

Idilio decimotercero

A las manos de Clori

La mano con que arroja
por los tauridios campos
la diosa montivaga
su penetrante dardo,
no puede, oh bella Clori,
vencer a la tu mano
en triunfos, en blancura,
en brío ni en estragos.
Las fieras son de aquélla
trofeos señalados,
y humanos corazones
lo son ¡ay! de tu mano.

30. - XXX -

Traducción de cinco dísticos que figuran en el retrato de Juan de Herrera, grabado por Pedro Perret

Los dísticos dicen así:

Blanda Venus juvenem praedulci lacte jacentem
Lactat, cum Bacchus irrigat usque mero.
Immoderata Ceres comes est tantisper, egestas
Sordida dum miserum prendat humique premat.
Dimovet at Tempus Venerem: ejus et assecla Pallas
Objicit huic remoras illici ubique Deae:
Delitiis juvenem haec stolidis ne faseinet ultra,
Mox illum pigra tollit amanter humo,
Quo per iter durum ad virtutis, honoris et aedem
Impiger is tendat, sarta ubi honore ferat.

La traducción es la siguiente:

Al joven abatido
regalan a porfía
Baco con dulces dones
y la Cipriana diva.
Suavísimos raudales
ambos sobre él destilan:
uno de vino herviente
y otro de aquella misma
leche que al dios vendado
le alimentó algún día.
Con dones abundosos
premiárale Eleusina
un tiempo; más agora
a manos de la esquiva
necesidad sumido,
yace en pobreza indigna.
El tiempo ahuyenta a Venus,
y porque sus caricias
el joven deslumbrado
con más ardor no siga,
resuelta se le opone
la armipotente diva,
y del humilde suelo,
con mano compasiva
alzándole, le pone
sobre la senda altiva,
que del honor al templo
y de la virtud guía,
do galardón honroso
el genio le destina.

31. - XXXI -

Idilio decimocuarto

Anfriso

Con dulce y triste acento
cantaba el otro día
Anfriso congojado
desdenes de su Lisa.
Cantaba los enojos
de la engañosa ninfa,
y al son bien acordado
de su laúd, salía,
envuelta en mil suspiros,
su queja bien sentida.
Oyéronle, y sus males
sintieron, compasivas,
las aves que cruzaban
por la región vacía,
los brutos en el centro
de las montañas silvas,
y en su argentado margen
las claras fuentecillas.
Jovino, a cuya oreja
la flébil armonía
llegó, también dolioso
de pena tan esquiva:
«¿Cabe en humanos pechos,
lleno de horror decía,
tan doble y falso trato,
tan bárbara perfidia?
¿Qué astro tan maligno,
qué estrella tan impía,
qué dios, qué avieso genio,
con influencia esquiva,
pudo apartar dos almas
«que el blando amor unía?»
Mas ¡ay!, que son acaso,
oh Anfriso, de tu Lisa
fingidos los enojos;
que a veces desconfían
celosas las mujeres
de nuestra fe, y altivas,
para probarnos sólo,
nos niegan sus caricias.
Cubren la ardiente llama
que el pecho les agita
y en vez del dulce agrado
y en vez de blanda risa,
ofrece su semblante
enojo y crueles iras.
Mas, guarte, no la creas,
Anfriso, a la maligna;
¡ay! guarte, no te engañe
con sus astucias Lisa.
Cuando se muestre airada,
no adules su malicia
con quejas vergonzosas,
con lágrimas indignas.
¡Ay! guarte, no te dobles;
¡ay! guarte, no te rindas.
Si te ama, sufre y deja
que con crueza impía
traspase sus entrañas
la flecha vengativa
con que ella herir de lleno
tu corazón medita.
Verás que amor la vuelve

a tus halagos fina,
y aquella que a tu pecho
hizo sentir esquivada
tan fieros sobresaltos,
de su desdén corrida,
hará, por obligarte,
finezas exquisitas;
y tú estarás vengado,
cuando ella arrepentida.
Mas, si no te ama, ¡ay! guarte,
no adules su perfidia
con quejas vergonzosas,
con lágrimas indignas.

Epístola cuarta

De Jovino a Anfriso, escrita desde El Paular

Primera versión

Epístola Elegíaca

Credibile est illi Numen inesse loco.
Ovidio.
Desde este oculto y venerable asilo,
do la virtud austera y penitente
vive ignorada, y del liviano mundo
huida, en santa soledad se esconde,
Jovino triste al venturoso Anfriso
salud en versos flébiles envía.
Salud envía a Anfriso, al favorito
de Apolo y de las Musas, y al que supo
dulce parar con su cantar sabroso
del Manzanares la imperial corriente
y la atención de sus soberbias ninfas.
¡Plugiera a Dios, oh Anfriso, que el cuitado
a quien su hado no guarda tal ventura
supiera huir del mundo los peligros!
¡Plugiera a Dios que ya que a tan seguro
puerto arribó su pobre navecilla,
supiera entrarla cuerdo en este abrigo
de tan santos ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa
de los contrarios vientos, los escollos
y las fieras borrascas, tantas veces
¡ay! entre susto y lágrimas corridas.
Así también del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
gozara alguna vez ¡ay! del reposo,
que hoy desconoce mi angustiado pecho.
Mas ¡ay de mí!, que hasta en el santo asilo
de la virtud me acosa y me persigue
la imagen enemiga, la importuna
divina imagen de la infiel Enarda.
Busco por estos claustros silenciosos
el reposo y la paz que mora en ellos,
y sólo encuentro la inquietud funesta
que mi razón altera y mis sentidos.
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, oh dulce Anfriso, que estos dones,
herencia santa que al subir al cielo
dejó a su prole el penitente Bruno,
nunca en profano corazón entraron,
ni a pecho esclavo del amor se dieron.
Conozco bien que fuera de este asilo
sólo me guarda el hado sinrazones,
crudos desdenes, fieros desengaños,
susto y dolor; empero todavía
a estar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado,
sigo el impulso del fatal destino,
que a tanta ruina y tanto mal arrastra.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
por todas partes fija en mi memoria
la imagen enemiga, y en mi pecho
del crudo amor la flecha atravesada.
De amor y angustia el alma malherida,
pido a la muda soledad consuelo
y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro río las corrientes,

busco la fresca y deleitosa sombra,
corro por todas partes, y no encuentro
en parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis ojos
ofrece el cielo, de llorar cansados!
Rodeado de frondosos y altos montes
se extiende un valle, que de mil delicias
con sabia mano ornó Naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
de las vecinas rocas, el Lozoya,
por sus truchas famoso y dulces aguas.
Del claro río sobre el verde margen
crecen frondosos álamos, que al cielo
ya erguidos alzan las plateadas copas,
o ya sobre las aguas encorvados,
en mil figuras miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío
hasta la falda del vecino monte
se extiende, sitio ameno y delicioso,
morada de algún dios, o a los misterios
de las silvanas ninfas consagrado.
Aquí dirijo mis inciertos pasos,
y en su recinto ombrío y silencioso,
mansión la más conforme para un triste,
entro a llorar tibiezas de una ingrata.
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando y el silencio mudo
mi triste suerte y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
el rayo atisbador, ni su reflejo
viene a cubrir de confusión el rostro
de un infeliz en lágrimas bañado.
El canto de las aves no interrumpe
aquí tampoco la quietud de un triste,
pues sólo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el lastimoso arrullo,
tal vez el melancólico trinado
de la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro süave
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido;
mientras al leve soplo desprendidas
las agostadas hojas, revolando
bajan en lentos círculos al suelo;
cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
que al árbol adornara en primavera,
yace marchita, y muestra los rigores
del abrasado estío y seco otoño.
¡Así también de juventud lozana
pasan, oh Anfriso, las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de disgusto
o de capricho femenil las tala
y las derriba al suelo, cual las hojas
de los marchitos árboles caídas.
Aquí, pues, escondido, lloro a solas
de la inconstante Enarda los desdenes
y el acerbo dolor de mi destino.
Aquí solo, a mis penas entregado
y sumergido en tristes pensamientos,
las pasadas venturas y el presente
funesto mal renuevo en mi memoria.
¡Ay, Dios! ¡Qué diferencia tan notable
va del presente tiempo al ya pasado!
¡De aquel tiempo en que Enarda la inconstante,
de ardiente amor el corazón tocado,
sólo por su Jovino suspiraba!
¡Tú lo sabes, oh Anfriso! ¡Cuántas veces
fuiste en nuestros amores medianero!

¡Cuántas con amistad tierna y sencilla
la fe de una perjura me afianzabas,
la fe violada ya, que desde entonces
ser falsa y desleal me parecía!
«No lo dudes, decías, no, Jovino:
Enarda te ama, y de su fe sincera
yo puedo darte el parabién cumplido:
Enarda te ama; Lisi, confidente
de su pasión, lo sabe de su boca,
y me lo dijo anoche; Enarda te ama,
y en su sencillo corazón no caben
engaño ni doblez. ¡Ojalá Anfriso
tanto, añadías, confiar pudiese
de la fe y las promesas de su Lisi!»
¡Cuitados de nosotros, cómo entrambas
de nuestro amor sencillo se burlaron!
¡Cómo a los dos las pérfidas vendieron!
Creímoslas incautos, y en pos de ellas
corrimos sin recelo al precipicio,
do nuestro error y su doblez guiaba.
Corrimos en pos de ellas, como suele
correr a la dulzura del reclamo
incauto el pajarillo. Entre las hojas
el preparado visco le detiene;
lucha cautivo por volar en vano,
y el cazador que en asechanza atisba,
con mano infiel la libertad le roba
y a muerte le condena, o cárcel dura.
Tales cosas repaso en mi memoria,
en esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto
cobija el ancho mundo. Entonces vuelvo
a los medrosos claustros. De una escasa
luz el distante y pálido reflejo
guía por ellos mis inciertos pasos.
¡Oh fuerza del ejemplo milagrosa!,
en medio del horror y del silencio
mi corazón palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estremecen
mis carnes, y discurre por los miembros
un súbito temor que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
sale una voz medrosa, y que rompiendo
el eterno silencio, así me dice:
«Huye de aquí, profano, tú que llevas
de ideas mundanales lleno el pecho,
huye de esta mansión, santo refugio
do la virtud contrita y penitente
vive escondida; huye y no profanes
con tu planta sacrilega este asilo».
De aviso tal al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los silenciosos tránsitos, y llego
por fin a mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche
en molesta vigilia, sin que cierre
mis párpados el sueño, ni mitiguen
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
la luz aborrecida, y en pos de ella
el claro día a publicar mi llanto
y dar nueva materia al dolor mío.

Segunda versión
Desde el oculto y venerable asilo,
do la virtud austera y penitente
vive ignorada, y del liviano mundo

huida, en santa soledad se esconde,
Jovino triste al venturoso Anfriso
salud en versos flébiles envía.
Salud le envía a Anfriso, al que inspirado
de las mantuanas Musas, tal vez suele
al grave son de su celeste canto
precipitar del viejo Manzanares
el curso perezoso, tal süave
suele ablandar con amorosa lira
la altiva condición de sus zagalas.
¡Pluguiera a Dios, oh Anfriso, que el cuitado
a quien no dio la suerte tal ventura
pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera a Dios, pues ya con su barquilla
logró arribar a puerto tan seguro,
que esconderla supiera en este abrigo,
a tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa
de los contrarios vientos, los escollos
y las fieras borrascas, tantas veces
entre sustos y lágrimas corridas.
Así también del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
alguna vez gozara del reposo,
que hoy desterrado de su pecho vive.
Mas, ¡ay de aquél que hasta en el santo asilo
de la virtud arrastra la cadena
la pesada cadena, con que el mundo
oprime a sus esclavos! ¡Ay del triste
en cuyo oído suena con espanto,
por esta oculta soledad rompiendo,
de su señor el imperioso grito!
Busco en estas moradas silenciosas
el reposo y la paz que aquí se esconden,
y sólo encuentro la inquietud funesta
que mis sentidos y razón conturba.
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, oh caro Anfriso, que estos dones,
herencia santa que al partir del mundo
dejó Bruno en sus hijos vinculada,
nunca en profano corazón entraron,
ni a los parciales del placer se dieron.
Conozco bien que fuera de este asilo
sólo me guarda el mundo sinrazones,
vanos deseos, duros desengaños,
susto y dolor; empero todavía
a entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado,
sigo el impulso del fatal destino,
que a muy más dura esclavitud me guía.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
por todas partes los pesados grillos,
que de la ansiada libertad me privan.
De afán y angustia el pecho traspasado,
pido a la muda soledad consuelo
y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro río las corrientes,
busco la fresca y deleitosa sombra,
corro por todas partes, y no encuentro
en parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis ojos,
cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes
se extiende un valle, que de mil delicias
con sabia mano ornó Naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
de las vecinas rocas, el Lozoya,
por su pesca famoso y dulces aguas.

Del claro río sobre el verde margen
crecen frondosos álamos, que al cielo
ya erguidos alzan las plateadas copas
o ya sobre las aguas encorvados,
en mil figuras miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío
hasta la falda del vecino monte
se extiende, tan ameno y delicioso,
que le hubiera juzgado el gentilismo
morada de algún dios, o a los misterios
de las silvanas driadas guardado.
Aquí encamino mis inciertos pasos
y en su recinto ombrío y silencioso,
mansión la más conforme para un triste,
entro a pensar en mi crüel destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando y el silencio mudo
mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
el rayo acechador, ni su reflejo
viene a cubrir de confusión el rostro
de un infeliz en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
aquí tampoco la quietud de un triste,
pues sólo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el lastimero arrullo,
tal vez el melancólico trinado
de la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro süave
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido;
mientras al dulce soplo desprendidas
las agostadas hojas, revolando,
bajan en lentos círculos al suelo;
cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
que al árbol adornara en primavera,
yace marchita, y muestra los rigores
del abrasado estío y seco otoño.
¡Así también de juventud lozana
pasan, oh Anfriso, las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de fastidio
o de capricho femenil las tala
y lleva por el aire, cual las hojas
de los frondosos árboles caídas.
Ciegos empero y tras su vana sombra
de contino exhalados, en pos de ellas
corremos hasta hallar el precipicio,
do nuestro error y su ilusión nos guían.
Volamos en pos de ellas, como suele
volar a la dulzura del reclamo
incauto el pajarillo. Entre las hojas
el preparado visco le detiene;
lucha cautivo por huir y en vano
porque un traidor, que en asechanza atisba,
con mano infiel la libertad le roba
y a muerte le condena, o cárcel dura.
¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos
un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusión! ¡Una y mil veces
dichoso el solitario penitente,
que, triunfando del mundo y de sí mismo,
vive en la soledad libre y contento!
Unido a Dios por medio de la santa
contemplación, le goza ya en la tierra,
y retirado en su tranquilo albergue,
observa reflexivo los milagros
de la naturaleza, sin que nunca
turben el susto ni el dolor su pecho.

Regálanle las aves con su canto
mientras la aurora sale refulgente
a cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y brillante,
y nunca a él levanta conturbados
sus ojos, ora en el oriente raye,
ora del cielo a la mitad subiendo
en pompa guíe el reluciente carro,
ora con tibia luz, más perezoso,
su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
vuelve desde los santos ejercicios,
la plateada luna en lo más alto
del cielo mueve la luciente rueda
con augusto silencio; y recreando
con blando resplandor su humilde vista,
eleva su razón, y la dispone
a contemplar la alteza y la inefable
gloria del Padre y Criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos,
que en los palacios y dorados techos
nos turban de continuo, y entregado
a la inefable y justa Providencia,
si al breve sueño alguna pausa pide
de sus santas tareas, obediente
viene a cerrar sus párpados el sueño
con mano amiga, y de su lado ahuyenta
el susto y las fantasmas de la noche.
¡Oh suerte venturosa, a los amigos
de la virtud guardada! ¡Oh dicha, nunca
de los tristes mundanos conocida!
¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bosque ombrío!
¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria
taciturna mansión! ¡Oh quién, del alto
y proceloso mar del mundo huyendo
a vuestra eterna calma, aquí seguro
vivir pudiera siempre, y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria,
en esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto
cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
a los medrosos claustros. De una escasa
luz el distante y pálido reflejo
guía por ellos mis inciertos pasos;
y en medio del horror y del silencio,
¡oh fuerza del ejemplo portentosa!,
mi corazón palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estremecen
mis carnes y discurre por mis nervios
un súbito rigor que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
sale una voz tremenda, que rompiendo
el eterno silencio, así me dice:
«Huye de aquí, profano, tú que llevas
de ideas mundanales lleno el pecho,
huye de esta morada, do se albergan
con la virtud humilde y silenciosa
sus escogidos; huye y no profanes
con tu planta sacrílega este asilo».
De aviso tal al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los pavorosos tránsitos, y llego
por fin a mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche
en molesta vigilia, sin que llegue
a mis ojos el sueño, ni interrumpan

sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
la luz aborrecida, y en pos de ella
el claro día a publicar mi llanto
y dar nueva materia al dolor mío.

33. - XXXIII -

Himno

A la luna
en versos sáficos

Astro segundo de la ardiente esfera,
que en el espacio de la noche fría
suples la ausencia del radiante hermano,
fúlgida luna;
tú, que, la sombra disipando, sacas
plantas y flores del funesto caos,
volviendo al suelo, con tu luz dorada,
vida y colores;
tú, que del carro rutilante envías
al triste mundo pálidos reflejos,
mientras en dulce sueño sus fatigas
olvida el hombre;
tú, que brillando con fulgor sereno,
guías piadosa el vacilante paso
del peregrino, que la ignota senda
pisa medroso;
ya que de la alta región celeste
bajas tranquila el silencioso carro
hasta la cima do el pastor latmeo
yace dormido,
y allí, del bello Endimión cautiva,
y de la augusta majestad cansada,
le honras con dulces ósculos, del triste
nunca sentidos:
sé una vez sola generosa y pia
con dos amantes que tu gracia imploran;
sélo contigo, y las doradas luces
tímida oculta.
Así, sin mengua del real decoro,
podrás llegar al barragán tesalio,
podrás gozarle sola, y a despecho
de cielo y tierra.
Y en tanto, a espaldas de la sombra oscura,
libre de susto y turbación, Fileno
morir de amores en los dulces brazos
podrá de Clori.
Si esto te deben dos amantes almas,
en la coyunda del amor unidas,
siempre a tu numen quemarán devotas
nocturno incienso;
siempre a tu numen cantarán unidas
himnos de culto y gratitud sonoros,
ora en el lleno de tu luz te adoren,
ora en menguante.

34. - XXXIV -

Idilio decimoquinto

A los días de Alcmena

Pasan en raudo vuelo
los días y los años,
y van de los vivientes
la sucesión notando.
A la niñez florida
sigue con breves pasos
la juventud lozana,
del bullicioso bando
de dichas y placeres
cercada; pero cuando
duerme desprevenida,
del dulce amor en brazos,
le sale al paso, llena
de males y cuidados,
la triste edad rugosa,
la edad de afán y llanto.
Solos en esta varia
vicisitud triunfamos
tú, Alcmena, y yo del tiempo.
El invariable estado
de las venturas nuestras
sin mengua conservamos,
pues sobre mi firmeza,
ni sobre tus encantos,
jamás darles pudieron
jurisdicción los hados,
ni a la implacable muerte,
ni a los veloces años.

Soneto quinto

A Alcmena

Las dudas, bella Alcmena, y los recelos
que en mi sencillo corazón se abrigan,
de mi desgracia el fiero mal mitigan,
sin agravarle con infames celos.

Llegará acaso el día en que a los cielos
mi sufrimiento y mi temor bendigan,
cuando por premio de su afán consigan
serenidad y gozo mis desvelos.

¡Dichoso entonces yo, si coronando
la firme fe de una pasión sincera,
premiaras tú mi humilde sufrimiento!

¡Dichoso entonces mi tormento, cuando
seguridad cumplida y duradera
suceda a la inquietud de mi tormento!

36. - XXXVI -

Soneto sexto

A Enarda

Cuando de amor la flecha penetrante
no hubiera aún mi corazón herido,
tú fuiste, Enarda, el ídolo elegido
que primero adoró mi pecho amante.
Fui tu primer amor, y tú, inconstante,
de tu fe me ofreciste el don mentido,
don que después la ausencia y el olvido
volvieron a llevarse en un instante.
Medió largo intervalo, volví a verte,
volviste tú a jurarme amor eterno;
mas diste luego a otro tu albedrío;
a otro que, ausente yo, fingió quererte.
¿Y ésta es, Enarda, tu constancia? ¡Cuerno!
¡Malhaya si otra vez de ti me fío!

37. - XXXVII -

Epístola quinta

A Batilo

Verdes campos, florida y ancha vega,
donde Bernesga pródigo reparte
su onda cristalina; alegres prados,
antiguos y altos chopos, que su orilla
bordáis en torno. ¡Ah, cuánto gozo, cuánto
a vuestra vista siente el alma mía!
¡Cuán alegres mis ojos se derraman
sobre tanta hermosura! ¡Cuán inquietos,
cruzando entre las plantas y las flores,
ya van, ya vienen por el verde soto
que al lejano horizonte dilatado
en su extensión y amenidad se pierde!
Ora siguen las ondas transparentes
del ancho río, que huye murmurando
por entre las sonoras piedrezuelas;
ora de presto impulso arrebatados
se lanzan por las bóvedas sombrías
que a lo largo del soto entretejiendo
sus copas forman los erguidos olmos,
y mientras van acá y allá vagando,
la dulce soledad y alto silencio
que reina aquí, y apenas interrumpen
el aire blando y las canoras aves,
de paz mi pecho y de alegría inundan.
¿Y hay quien de sí y vosotros olvidado
viva en afán o muera en el bullicio
de las altas ciudades? ¿Y hay quien, necio,
del arte las bellezas anteponga,
nunca de ti, oh Natura, bien copiadas,
a ti, su fuente y santo prototipo?
¡Oh ceguedad, oh loco devaneo,
oh míseros mortales! Suspirando
vais de contino tras la dicha, y mientras
seguís ilusos una sombra vana
os alejáis del centro que la esconde.
¡Ah! ¿dónde estás, dulcísimo Batilo,
que no la vienes a gozar conmigo
en esta soledad? Ven en su busca,
do sin afán probemos de consuno
tan süaves delicias; corre, vuela
y si la sed de más saber te inflama,
no creas que entre gritos y contiendas
la saciarás. ¡Cuitado!, no lo esperes,
que no escondió en las aulas rumorosas
sus mineros riquísimos Sofía.
Es más noble su esfera: el universo
es un código; estúdiale, sé sabio.
Entra primero en ti, contempla, indaga
la esencia de tu ser y alto destino.
Conócete a ti mismo, y de otros entes
sube al origen. Busca y examina
el orden general, admira el todo,
y al Señor en sus obras reverencia.
Estos cielos, cual bóveda tendidos
sobre el humilde globo, esa perenne
fuente de luz, que alumbra y vivifica
toda la creación, el numeroso
ejército de estrellas y luceros,
a un leve acento de su voz sembrados,
cual sutil polvo en la región etérea;
la luna en torno presidiendo augusta
de su alto carro a la callada noche;
esta vega, estos prados, este hojoso

pueblo de verdes árboles, que mueve
el céfiro con soplo regalado;
esta, en fin, varia y majestuosa escena,
que de tu Dios la gloria solemniza,
a sí te llama y mi amistad alienta.
Ven, pues, Batilo y a su santo nombre
juntos cantemos incesantes himnos
en esta soledad. Aquí un alcázar,
cuyo cimiento baña respetuoso
el río, y cuyas torres eminentes
a herir se atreven las sublimes nubes,
ofrece asilo a la virtud, que humilde
en él se oculta y vive respetada.
Huyendo un día del liviano mundo,
halló tranquilo, inalterable albergue
entre los hijos del patrón de España,
que adornados de blancas vestiduras
y la cruz roja en los ilustres pechos
llevando, aquí sus leyes reconocen,
y a Dios entonan santas alabanzas,
perenne incienso enviando hasta su trono.
¡Ah!, si no es dado a nuestra voz, Batilo,
turbar su trono con profano acento,
ven, y en silencio al Padre Omnipotente
humilde y pura adoración rindamos.
Después iremos a gozar, subidos
en el alto terrero, de la escena
noble y augusta que se ofrece en torno.
De allí verás el tortuoso giro
con que el Bernesga la atraviesa, y como,
su corriente por ella deslizándose,
ora se pierde en la intrincada selva,
cual de su sombra y soledad ansioso,
ora en mil arroyuelos dividido,
isletas forma, cuyo breve margen
va de rocío y flores guarneciendo.
Después reúne su caudal, y cuando,
robadas ya las aguas del Torío,
baña orgulloso los lejanos valles,
súbito llega do sediento el Esla
sus claras ondas y su nombre traga.
Allí Naturaleza solemniza
tan rica unión, poblando todo el suelo
de verdor y frescura. Verás cómo
buscan después al Orbigo, que a ellos
corre medroso, huyendo de su puente,
del celebrado puente que algún día
tembló a los botes de la fuerte lanza
con que su paso el paladín de Asturias
de tantos caballeros catalanes,
franceses y lombardos defendiera.
Aún dura en la comarca la memoria
de tanta lid, y la cortante reja
descubre aún por los vecinos campos
pedazos de las picas y morriones,
petos, caparazones y corazas,
en los tremendos choques quebrantados.
Mas si el amor patriótico te inflama
y de otro tiempo los gloriosos timbres
te place recordar, sígueme, y juntos
observemos la cumbre venerable
de los montes de Europa, el ardua cumbre
do nunca pudo el vuelo victorioso
de las romanas águilas alzarse,
que si ambicioso, sin ganarla, quiso
dar al orbe la paz un día Octavio,
cuando triunfara de su humilde falda,
su paso ella detuvo, y, no rendida,
ella fijó los términos del mundo.

Ve allí también do un día se acogiera
del árabe acosado el pueblo ibero,
su cuello al yugo bárbaro negando.
¡Oh venerable antemural! ¡Oh tiempo
de horror y de tumulto! ¡Oh gran Pelayo!
¡Oh valientes astures! A vosotros
su gloria debe y libertad la patria.
A vosotros la debe, y sin el triunfo
de vuestro brazo, el valle, do fogosa
mi canto enciende la española musa,
fuera para un tirano berberisco
hoy por sus fuertes hijos cultivado,
y la dorada mies para sustento
de un pueblo esclavo y vil en él creciera.
De infamia tal salvola vuestro esfuerzo:
de vuestro brazo a los mortales golpes
cayó aterrado el fiero mauritano;
su sangre inundó el suelo, y con las aguas
del Bernesga mezclada, llevó al hondo
océano su afrenta y vuestra gloria.
Ven, pues, Batilo, ven, y tu morada
por este valle mágico trocando,
la vana ciencia, la ambición y el lujo
a los livianos pechos abandona,
y el tuyo, no, para ellos no nacido,
con tan gratas memorias alimenta.

38. -XXXVIII -

Prólogo
Para la representación del «Pelayo»
¡Gracias al cielo, oh nobles compatriotas,
que por vuestra ventura llegó el tiempo
de recordar los hechos memorables
en que cifra su gloria nuestro pueblo!
Llegó por fin el día venturoso,
el día de esplendor y de contento,
en que Gijón segunda vez los triunfos
admirará de aquel heroico, excelso
rey, que a su patria y su nación cautivas
supo librar del yugo sarraceno.
Los triunfos de Pelayo y sus virtudes,
su constancia, su fe, su amor, su celo
por la causa común, serán hoy día
de vuestro gozo y diversión objeto.
No creáis, pues, que el noble afán que pudo
a costa de fatigas y desvelos
reunir tantos jóvenes ilustres
en una voluntad y en un deseo,
aspira sólo a divertir un rato
vuestra curiosidad, y entreteneros,
a expensas del decoro y la modestia,
con un frívolo y vano pasatiempo.
No, su objeto es más noble y encumbrado,
y su intención más digna del esfuerzo
de espíritus sublimes, que propicio
a cosas grandes encamina el cielo.
El amor de la patria, que fue el numen
a cuya ardiente inspiración el fuego,
la pasión y el furor debió el poeta,
y el horror y ternura dio a sus versos,
será también quien mueva nuestro labio,
quien dirija y encienda nuestro acento,
para excitar con fuerza irresistible
la lástima y el susto en vuestros pechos.
Feliz el corazón que los virtuosos
extremos de Rogundo, el lastimero
gemir de la inocente y fiel Dosinda,
y los nobles y heroicos sentimientos
del gran Pelayo, honrare con su llanto.
Sus lágrimas serán noble argumento
de que la humanidad tierna y sensible
y el patrio amor habitan en su centro.
¿Y quién, en medio del afán y el susto
en que veréis fluctuar por algún tiempo
la suerte de la patria, quién sus ojos
podrá tener enjutos y serenos?
Así también con abundoso llanto
honró algún día el delicado griego
los trabajos de Aquiles, que de infamia
libró a su patria en Troya; así un tiempo
sintió el fuerte romano de sus héroes
los ilustres afanes, cuando al pueblo
de Atenas y de Roma en sus teatros
los ofrecía el peregrino ingenio
de Eurípides y Séneca. Si humilde
aún no pudo igualar tan alto ejemplo
el coturno español, la culpa es suya.
Sólo ocupada en lúbricos objetos
la ibera musa casi por tres siglos,
no aspiró a celebrar los altos hechos
que de esplendor llenaron nuestra patria
y de pasmo algún día al universo.
¿Y no ha de haber quien libre de esta nota
el Parnaso español? ¿Ni quien oyendo
de la vehemente y grave Melpomene
la flébil voz, se rinda a sus preceptos?

Sea tuyo, oh Gijón, aqueste lauro,
y de ti España el generoso ejemplo
reciba de loar en sus escenas
las domésticas glorias. Si este intento
imitan otros pueblos, ¡cuántos héroes,
cuántas hazañas y gloriosos hechos,
dignos de eterna y singular memoria,
saldrán del hondo olvido! Tal deseo,
si no os parece de alabanza digno,
oh caros compatriotas, a lo menos
lo será de disculpa a vuestros ojos.
Oíd, y perdonad nuestros defectos.

39. - XXXIX -

Idilio decimosexto

A Meléndez

¿Quién me dará que pueda,
Batilo, remontado
sobre el humilde vulgo,
seguirte por el arduo
camino por do corres
con gigantes pasos
al templo de la Fama?
¿Quién me dará que al alto
monte contigo pueda
subir, a henchir mis labios,
cual tú, de dulce néctar
en el raudal castalio?
¡Pluguiera al dios intonso
que juntos del Parnaso
venciésemos la cima,
y en ella, rodeados
de gloria, a par del Numen
viviésemos loando
de la virtud divina
la gracia y los encantos!
Entonces sí que, libres
del soplo envenenado
del odio y de la invidia,
burláramos cantando
sus tiros descubiertos
y sus ocultos lazos;
entonces sí que, lejos
del turbulento bando
que sigue los pendones
del vicio, y agitados
de un estro más divino,
las liras, por la mano
de la amistad guarnidas
de oro y marfil, tocando,
los cielos de armonía
hinchéramos, en tanto
que la parlera Fama
llevaba resonando
unidos nuestros nombres
desde el Arcturo al Austro;
entonces sí que, absortos
al peregrino encanto
de nuestra voz, los hombres
huyeran desde el ancho
camino de los vicios
hasta los poco hollados
senderos que conducen
a la virtud, ganando
con santo ardor la altura
do tiene el soberano
rector del cielo al justo
su galardón guardado.

40. - XL -

Romance primero Nueva relación y curioso romance, en que se cuenta muy a la larga cómo el valiente caballero Antioro de Arcadia venció por sí y ante sí a un ejército de follones transpirenaicos

Primera parte

Cese ya el clarín sonoro
de la Fama vocinglera,
mientras que mi cuerno entona
de Antioro las proezas;
monstruo de ingenio y pujanza,
a cuya voz se esperezan
de las pirenaicas cumbres
las erguidas eminencias.
Cese, y vague el ronco estruendo
de mi retumbante vena
por el anchuroso espacio
de las cerúleas esferas;
y ya que justa la Fama
supo encaramar sobre ellas
el rumor de sus victorias,
tan grandes como estupendas,
lleven ahora del mundo
por las partes descubiertas
sus nuevos heroicos triunfos
los ecos de mi corneta.
Llévenlos, y vuele el nombre
de este fénix de la escena
desde la tórrida Angola
hasta la helada Noruega,
que no al magnilocuo vate
han de dar siempre materia
los fieros botes de lanza
con que el numen de la guerra
bate de las altas torres
las titubantes almenas;
ni siempre del ciego niño
las mal seguras ternezas
se han de publicar en breves
y almibaradas endechas.
Venga, pues, el estro hinchado
del dios rubicundo, venga
a ahuecar mi voz y henchirla
del nombre y timbres de Huerta²;
y dime tú, musa mía,
cuál grata deidad horrenda
dio a su vencedora pluma
tan descomunales fuerzas,
fuerzas que abatir lograron
las arrogancias tifeas
de los necios botarates
cimbrios, lombardos y celtas;
di cómo la heroica fama
de este paladín poeta,
desde la Puerta del Sol
(a cuya chorreante alberca
pudo agotar los raudales)
fue llevada en diligencia
de las regiones de Arcadia
hasta las ignotas tierras;
y cómo arrancó a los vates
que las ilustran y pueblan
los altisonantes nombres,
que impresos en gordas letras,
antioran y **aletofilan**
se furibunda cabeza;
di la destemplada trompa
con que cantó las proezas
de aquel rayo de Neptuno,
de aquel capitán Tempesta,

a cuya vista temblaron,
con más miedo que vergüenza,
las inhospitales playas
de la Numidia altanera,
y hasta los viejos escombros
de las ruinas tagasteas;
di la horrenda tiritona
de Alecto, Cronos y aquella
peste de sacres nadantes,
los rayos, Vesubios, Etnas,
los tremendos estallidos,
y el humo, el polvo y la gresca
de demonios coronados
que ennegrecieron la esfera;
di tú...; pero nada digas,
que para tamaña empresa
no basta ¿qué digo un cuerno?,
mas ni cuatro mil trompetas.
Pero si en cantar insistes,
pídele prestado a Huerta
el ronco favot con que
sus jácaras pedorrea,
y con él a fuego y sangre
guerra, inexorable guerra
puedes declarar a cuantos
mandrines y banderas;
del antihortense partido
siguen las rotas banderas;
declárala a aquel pobrete
que en discordantes corcheas
solfeó las maravillas
del arte de las cadencias;
al que en cien metros, medidos
sin cartabón y sin regla,
fue por más de cinco días
Mimi-Esopo de las letras,
hasta que un tunante, envuelto
en jironadas bayetas,
le hizo fábula del Prado
con rebuzno y con orejas;
ni te arredre el tal sopista,
que calada otra visera,
quiso desfacer, Quijote,
los entuertos de Minerva,
y echando por estos trigos,
se desnucó en la Academia;
declárala al andaluz,
que con su porraza enhiesta,
para disfrazar la suya
va magullando mulleras
ni a aquel gavián Garnacha,
archibufón de la legua,
perdone que ande adobando
las navajas y lancetas;
aquél que en lánguidos versos,
zurcidos a la violeta,
quitó el crédito a Celinda
y el buen nombre al mal profeta;
ni al otro culto prosista,
lagrimaniaco en melena,
que autorizó el desafío
contra las Musas y Astrea.
Pero sobre todo acosa
hasta las hondas cavernas
del Báratro a aquel follón
que con su azote y palmeta
fabulizó una doctrina
digna de niños de escuela;
a aquel momo vascongado,

que al compás de su vihuela,
calado el yelmo y cubierto
con máscara aragonesa,
supo epistolar sus pullas
y encartar sus cuchufletas;
y en fin, después que tendido
hubieres en la palestra
a tanto ruín endriago,
y que con sus calaveras
alfombrada y deslucida
dejares la ilustre arena,
haz que en volandas te lleven
hasta la orilla del Sena,
y allí las gálicas huestes
reta a más cruda pelea.
Rétalas, y no te asusten
en tan peligrosa guerra
ni la borlada Sorbona,
ni los temidos Cuarenta,
ni los Doce de la Fama,
ni toda la vil caterva
de futres ni de gabachos
que con nevadas cabezas
ya en los Tejares cabriolan,
y ya en Luxemburg gallean.
Querrán, ya se ve, asustarte
con las sombras lastimeras
de aquellos que, maridando
consonantes machos y hembras,
dieron a luz no sé cuántas
trivialísimas tragedias;
y querrán que humilde inclines
la inhumillable cabeza
al catequista de Jaira
y al adúltero de Fedra;
pero tú, tiesa y finchada
cual matrona portuguesa,
ni al uno ni otro espantajo
rendirás la erguida cresta.
Antes, por broquel tomando
el cartón de taracea
(que salpicado y repleto
por toda su vara y media
de diámetro, de rimbombos,
de azafrán y unciales letras,
fue en la Imprenta Real blasón
digno del valle de Ruesga),
embrázale, y denodado
brincando por la palestra,
para los soberbios botes
con que las picas francesas
para herirte en la tetilla
se enristrarán a docenas;
y si por suerte flaqueare
tan tremebunda rodela,
para más fortificarla,
pon el retrato de Huerta,
a guisa de ombligo, en medio,
y por debajo esta letra:
«Diome cuna Zafra, abuelos
me dio Castilla la Vieja,
diome fama Orán, y diome
Carnicero vida eterna,
quam mihi et vobis, amén».
Verás cuál la vil caterva
estupefacta a la vista
de su frente medusea,
huye de tanto conjuro
con el rabo entre las piernas.

Entonces sí que triunfante,
con más de veinte carretas,
¿qué es veinte?, más de cien mil,
de entremeses, de comedias,
tragedias, sainetes, follas,
autos, loas y zarzuelas,
podrás entrar sin embargo
por las calles de Lutecia,
donde si acaso topares
con aquel joven badea,
que prestó su bolsa a un loco,
como un tieso, y con afrenta
de la razón y el buen seso,
se hizo aprendiz de Mecenas,
empobreciendo su fama
por enriquecer a Huerta,
dile... Pero, musa, ¿qué
le dirás que bien le venga?
Dile: «Salve, oh patroncito
de las musas jacareras;
salve, limosnero andante
de las Piérides iberas,
por quien España con H
alcanzó tan estupendas
victorias como hoy publican
los eruditos horteras,
parientes de Mariblanca,
por el lado de las tiendas;
salve, nata; salve, espuma;
salve, flor, y salve, estrella
del Parnaso, a quien, repletos
de entusiasmo, los poetas
hambrientos, vida y dulzura
llaman y esperanza nuestra;
salve, y plegue a Dios que llegue
hasta tus tataranietas
la inmortal dedicatoria
que al ver la bolsaza abierta
contra ti y toda tu casta
lanzó la musa de Huerta.
Salve, salve, y plegue al cielo
que algún día el mundo sepa,
cuando el **Theatro Hespáñol**
tu nombre por él extienda,
que no pudo haber en toda
la redondez de la tierra,
desde Augusto acá, tal hombre,
tal autor ni tal Mecenas.»
Dile... Pero, musa, basta.
Toma aliento, y menos fiera,
para la segunda parte
ve limpiando la corneta.

41. - XLI -

Romance segundo Segunda parte de la historia y proezas del valiente caballero Antioro de Arcadia, en que se cuenta cómo venció y destruyó en singular batalla al descomunal gigante Polifemo el Brujo

Por los balcones de oriente
rayaba la blanca amiga
de Titón, regando aljófara
sobre las verdes colinas,
cuando el valiente Antioro
de su castillo salía,
armado de punta en blanco,
lanza en mano, espada en cinta,
lento el cuajo de alacranes,
y de venablos la vista.
De un largo alazán candongo
la aguda espalda ceñía,
tan seguro en los estribos,
cuanto brioso en la silla.
No vieron tan bizarrote
las guadianesas orillas
al paladín de la Mancha
allá, cuando peregrinas
aventuras demandando
de Rocinante oprimía
el flaco armazón, al peso
de espaldar, casco y loriga,
como vosotras, oh vegas
que el claro Alfeo ameniza,
al triunfador pirenaico
visteis con pasmo este día.
Por todas partes las aves
salvas a su nombre hacían;
sahumábanle las flores,
le abanicaban las brisas.
Hubiera salido en busca
de un gigantón que en el día
de la pasada refriega
logró escapar de sus iras;
mas no bien diera de Arcadia
por las campañas floridas
su alazán treinta corcovos,
cuando hétele que a su vista
se apareció Polifemo
(que así al gigante apellida
la fama, pródiga siempre
en elogios y mentiras).
Dime tú, chuscante musa,
tú, que la pasada riza
cantando, supiste el cuerno
henchir de flatos y chispas;
tú, que en la parte primera,
con tan pomposa armonía,
de los gálicos pendones
pintaste la triste ruina,
y de mi campeón el triunfo
a las celestes guardillas
encaramaste ingeniosa;
dime ahora, por tu vida,
¿quién era, o de dónde vino
a nuestra tierra esta hidra
infernál, este vestiglo,
este monstruo y esta arpía,
que del invencible Antioro
pudo despreciar las iras?
¿No es éste aquél a quien juntos
Guadiana y Turia prohíjan,
y a cuyo ingenio oficiosas
de uno y otro las orillas
dieron sales de secano

con liviandad regadía?
¿No es aquél que con Proteo
puede apostar a engañosas,
pues sabe cascar las liendres
bajo mil formas distintas?
¿No es el que osó dar asalto
a los muros de la China,
y hacer en sus mandarines
horrenda carnicería?
¡Oh malhadada victoria,
por el tiempo oscurecida!
Deslucieron los brujos,
pifiaron las jorquinas.
¿No es aquél que allá del Betis
en las desmandadas linfas
zabulló qué sé yo a cuántas
deidades hechas de priesa,
ya de recia carne humana,
y ya de estraza y de tinta?
¡Épico divinizante!,
tú lo dirás, o lo digan
las prensas, que ya en tu abono,
sino resudan, rechinan.
¿No es, en fin, quien nuevas armas
fundiendo está a la sordina
contra el **Theatro Hespagnol**,
allá en las forjas sanchinas?
El mismo es pintiparado,
que con el albor del día
al encuentro de Antioro
se salió medio en camisa,
solo, y sin más armadura
que su astucia serpentina.
Va caballero en un asno,
ducho ya en cruentas rizas.
Apenas le ve Antioro,
cuando clavando en las tripas
de su hipogrifo tres palmos
de acicate, a suelta brida
corre a él, y puesto en jarras,
de esta suerte le exorciza:
«Ven acá, desacordado
gigante, a quien apellidan
azote de altos ingenios
las gálicas sabandijas;
ven acá, follón cobarde,
tú que nunca abierta liza
otorgaste en campo raso,
sino que con ruin perfidia
parapetado y cubierto
detrás de cien celosías,
contra la flor del Parnaso
tu munición encaminas;
en mala hora a mis manos
te cabestró tu desdicha,
que has de perecer en ellas
sin más ni más, como hay viñas».
Dijo, y blandiendo el lanzón,
con tal aire a la tetilla
le apuntó, que ya le enviara
a almorzar a la otra vida,
a no ser porque en un punto
(¡ésta sí que es maravilla!)
se le convirtió en barbero
con guitarra y con bacía.
¿Quién podrá contar la rabia,
la furia, el livor, la tirria
con que el bueno de Antioro
tragó la burla maldita?

Pero, por fin, reparado
de su vergüenza, a la liza
vuelve, diciendo al endriago
estas dulces palabritas:
«Ya, ya conozco, espantajo,
tus mágicas arterias,
y estoy bien seguro de ellas
por la estafeta mambrina;
mas no te valdrán por cierto,
pues juro a la charca estigia
de no rizarme los tufos
en más de cuarenta días,
hasta poner fin y postre
a tu duendesca estantigua».
Dijo, y ya iba el lanzón
a alzar, cuando una neblina,
que no sé de dónde diablos
bajó, robó de su vista
el burro, el flebotomiano,
la guitarra y la bacía,
y en su lugar ¡oh portento!
quedó un ciego romancista
con su garrote, su perro,
lazarillo y sinfonía.
¡Válame Dios, y qué burla
tan pesada y tan rolliza!
¿Viste alguna vez chasqueado
por la astucia peregrina
de Pepeillo un torazo
de Gijón, cuál las sortijas
del negro testuz encrespa,
brama, bufa, y con la vista
torva al débil enemigo
impropera y desafía?
Pues así, ni más ni menos,
Antioro, ardiendo en ira
y echando trinos y tacos,
por la estrada corre y brinca
como un sandio, y al trasgüelo
quiere engullir con la vista.
Impertérrito entre tanto
el ciego a la sinfonía
cantaba la horrenda rota
de las huestes cisalpinas,
y el lazarillo hacía el son
con su vara y sortijillas.
De tan desigual combate
bien quisiera la indecisa
suerte evitar Antioro,
o que una bruja maldita
súbito le trastrocara
en **Bereber de Numidia**,
en **Hebrea toledana**
o en **Orate de Chinchilla**
mas reparose, y membrando
de corazón la alta estima
de su nombre, el juramento
que jurara, y la rechifla
de todo el género humano:
«Pues nada, dijo, me auxilian
ni el valor, ni tan tremendas
armas contra una estantigua
mágicamente endiablada,
venza otro encanto sus iras,
que **industrias contra finezas**,
dijo una pluma erudita».
Y al punto arrojó la lanza
tan veloz, que por la limpia
región del aire crujiendo,

fue a dar en la puerta misma
de la tienda de Copín,
donde hasta hoy se divisa
profundamente clavada,
y aun hay quien diz que se cimbra.
«Ahora las habrás conmigo»,
dijo entonces el sinfonista.
¿Y qué hace? ¡Quién lo creyera!
Toma y coge... ¡oh maravilla!
el prólogo del **Theatro**
con toda su ortografía,
preñada de HH y XX,
de tal temple y con tan finas
puntas armadas, que un muro
de diamante herir podrían;
añadió por contera
la **Advertencia de Jaïra**,
las **Obras sueltas**, **El pedo**
dispersador, y una ristra
de romanzones heroicos
y jácaras, embutidas
con desvergüenzas tamañas
como el puño. A tan dañina
metralla, ¡qué hombre, qué ángel,
qué dios resistir podría!
Y porque a ningún ensalmo
se doblase, la exorciza,
leyendo en alto el romance
de las playas de Numidia,
con sus horrendos conjuros
y sus nombres de paulina.
Conoció el riesgo el gigante,
y la mortal batería
temiendo, vuelve a su forma,
y se presenta a la liza.
Empero, viendo la rabia
con que hacia él se movía
su fiero rival, turbose,
y con voz interrumpida,
puesto en cuclillas el burro
y él de jinojos encima:
«Bravo campeón, le dijo,
en vano la industria mía
contra tu invencible diestra
se movió, cuando aturdidas
no quieren venir las hadas
a darle ayuda; en tal cuita,
duélete por Dios, y triunfa
de mí y mis hechicerías,
que yo juro de no ser
a tu pesar helenista,
ni volterista, ni brujo
en los días de mi vida».
¡Qué corazón tan guijarro,
qué alma tan diamantina
a tan modesta plegaria
no envainara su ojeriza!
Pero al contrario, Antioro,
regoldando nuevas iras,
y con voz aún más tremenda
que la del trueno, decía:
«No, juro a Dios, no me duelo
de tu susto ni tus cuitas,
follón, y haz cuenta que ya
te cayó la lotería».
Viendo, por fin, que al combate,
se preparaba, su ruina
temió Polifemo, y para
evitarla, con gran prisa

dio de varazos al burro,
y acá y acullá la brida
moviendo, pensó burlarse
de la cólera antiorina;
mas el héroe, echando rayos
por la boca y por la vista,
le enderezó su metralla
con tal tino y tanta dicha,
que en la frente del gigante
enclavó una octava rima,
enredada entre dos HH
y la X de Xaïra,
con que le estrelló, y dejole
tuerto por toda su vida.
Desconcertado, sin pulsos,
sin voz, y al golpe rendidas
su fuerza y las de sus magos,
sobre la arena batida
cayó de su burro el triste
Polifemo, y con su ruina
acreditó al orbe entero
que no hay ni en las hondas simas
del Averno, ni en la tierra
ni en el cielo tan divina
pujanza, que a la pujanza
de Antioro no se rinda.

42. - XLII -

Jácara en miniatura

A don Vicente García de la Huerta

Desde este desván
o caramanchón,
donde una gran vida
papándome estoy,
veo cuanto pasa,
señor don Simón,
por toda la tierra
medida al redor.
De Lima a Madrid,
de Roma al Mogol,
no hay corte, villorrio,
cabaña o rincón,
do no se haya entrado
de hoz y de coz
la Envidia, y metido
su jurisdicción.
¡Qué estragos no causa,
qué desolación!
Soy duende, y con todo,
me lleno de horror.
Empero más punza
sin contradicción
la infame, y más clava
su diente feroz
en gente sabihonda
de fama y de pro.
No hay cura ni fraile,
no hay estudiantón,
togado, letrado,
doctora o doctor,
que no hiera y manche
con torpe livor.
Mas ya los poetas,
a quienes guiñó
Minerva propicia
y Apolo fió
su cítara ebúmea,
son blanco desde hoy
de su venenoso
sangriento furor.
Los sigue y acecha,
les zumba alrededor,
les ladra, los muerde
y sin compasión
los roe y engulle
con rabia feroz.
Dígalo uno de ellos,
lo diga, si no,
aquel ingeniazo
de los de a doblón,
aquel gran poeta
que al mundo aturdió
de Aranda a París,
de Zafra al Tirol;
aquel cuyos versos,
sonando a tambor,
atruenan y aturden
oído y razón.
¡Oh, qué testimonios
que le levantó
la Envidia! ¡Qué chismes!
¡Qué enredos! ¡Qué horror!
¡Qué cosas no dijo!

¡Con cuánta pasión
de apodos y motes
su nombre cubrió!
Llamole trompeta
de Puerta del Sol,
chispero del Pindo,
pluma de antuvión,
autor de desván,
candil y jergón.
Y para que fuese
su fama mayor,
más lindo su nombre,
más hueca su voz,
le trajo de Arcadia
un mote burlón,
y **Antioro Delia**
también le llamó.
Ni así la perversa
sació su rencor:
sus dichos, sus hechos
sangrienta infamó,
y a **Resma** y **Gutiérrez**
(¡qué mala intención!)
en prosa y en verso
su nombre igualó.
Mas todo a la Envidia
lo pasara yo,
si no fuese un cuento
de ruin invención,
que para reírse
la pícara urdió.
Contarle quisiera,
señor don Simón,
pero habéis de oírle
con grande atención,
como que os le cuenta
la Envidia, y no yo.
En fin, como digo,
amigo y señor,
entre otras cosuelas
que le levantó,
decía la Envidia
(¡vea usted qué invención!)
decía que cuando
al suelo **hespañol**
del vientre materno
cayó este señor,
bajaron las musas,
y en un corralón
juntaron concejo
con grande rumor.
¡Qué mimos no hicieron
al niño rollón,
qué cocos, qué muecas!
¡Sea todo por Dios!
Erato primero
sus dones le dio,
le untó con meloja
la lengua y pulmón,
y para que un día
cantase de amor,
en vez de su lira
le dio un guitarrón.
«Clarín y trompeta
no te daré yo,
dijo doña Clío
con tono burlón;
mas, para que cantes
al gran Barceló

zampoña y corneta
te daré, por Dios,
y para otro dropes
un ronco fagot».
Con aire gitano,
ladino y chuscón,
la buena ventura
Urania le echó,
y el signo anunciando
de su mamantón:
«¡Oh nene!, le dijo,
¡qué fama, qué honor,
qué glorias, qué timbres,
el tiempo andador
guardados te tiene
en su gabetón!
Un día en la corte
del reino **hespañol**
serás tú un gazapo
de marca mayor.
Tus obras por calles,
por tiendas, y por
zaguanes, traídas
como en procesión,
de viejos, de niños,
y aun fembras de pro,
serán ensalzadas
sin ton ni sin son;
y entonces tu nombre,
impreso al primor,
por esos dinteles
y esquinas de Dios,
será en letras gordas
sobre un cartelón
rumboso, pomposo,
tamaño o mayor
que el que a sus bragueros
Menine ofreció.
A oscuras, en medio
de tanto esplendor,
quedarán los nombres
que estén al reedor,
incluso el frescote
y atroz titulón
del santo Concilio,
paz sea al traductor».
Pero sobre todas
las musas mostró
Talía aquel día
su garbo y primor.
Al vate en mantillas
de dijes llenó;
chillole, arrullole,
cantole el ron ron,
besole en la boca,
y el rubio pezón
para almibararle
en ella ordeñó,
diciendo: «Hijo mío
bendito sea Dios,
que para mi gloria
al mundo te echó.
Tú serás un día
mi lustre, mi honor,
y aun mi **patroncito**,
por vida de briós
Por ti ya no temo
a aquel regañón
que del Peripato

la jerga inventó,
y las unidades
sacó en procesión;
aquel viejo chocho
que el Pindo pensó
rendir a sus leyes
como el Macedón,
su cría, a porrazos
el mundo rindió;
ni del venusino,
rancio preceptor,
que a Octavio y Mecenas
sin tino aduló;
las reglas me asustan
que en larga lición
dictó a los Pisones,
ni las que le hurtó,
sin Dios ni conciencia,
el chusco Boileau,
para irlas cantado
en su **Facistol**;
ni temo a otros tantos
poetas de pro,
que de preceptistas
tienen opinión
y van con sus reglas
vendiendo alfajor
desde el Tajo al Sena,
desde el Duero al Po.
Más que ellos y ellas
valemos tú y yo,
amén de Moreto,
Lope y Calderón,
y toda la chusma
del zueco **hespañol**».
Así de las musas
la risa y favor
gozaba este niño
desde que nació.
Sólo Melpomene
en tal ocasión
adusta y tacaña
con él se mostró,
puesto que ni un dije
ni un beso le dio.
La causa, señores,
de tanto rigor,
decía la Envidia,
bien me la sé yo.
¿Y quién no la sabe?
Óidme, por Dios,
lo que andando el tiempo
con él sucedió:
Un día el tal nene
(si fue chanza o no
ninguno lo sabe)
al templo subió
de la cancamusa,
y en él de rondón
entrando, el coturno
izquierdo le hurtó.
Calzole en chancleta,
y aunque le atisbó
y siguió un portero,
infame y ladrón
llamándole a gritos,
por fin se escapó,
cojeando y saltando,
por un corredor.

De allí por las tapias
del corral ganó
la casa de Ulloa,
que estaba con Dios.
Ni sala, ni cuarto,
ni alcoba dejó
que no pescudase,
cual diestro ladrón;
hasta que la moza
por fin le sopló.
Montola a las ancas
de un rucio frisón;
llevola a Toledo,
y allí la atavió
con tocas flamantes,
refajo y jubón,
y en fin, de tal arte
me la disfrazó,
que no la extremara
ni quien la parió.
Después su manceba,
sin ley y sin Dios
la hizo; dotola
con gran profusión,
le dio su retrato
en arras, y aun hoy
perdido por ella
anda el pobretón.
¿Quién tal pensaría
de un hombre de honor?
Mas caro la fiesta,
pardiez, le costó,
pues tal amorío
en suma purgó,
no sé si en Melilla,
Orán o Peñón.
Con todo, hay quien jura
que no escarmentó,
y debe ser cierto,
según la opinión
de aquellos que dicen
que a Oliva robó
después los gregüescos
de su Agamenón;
y a otros... Mas basta
de chismes, señor,
y aun éstos los dice
la Envidia, y no yo.
Vea usted aquí un cuento,
señor don Simón,
que, así Dios me ayude,
no puede ser peor.
¡Qué embrollo! ¡Qué enredo!
Parece invención
del tuerto Segarra;
mas témome yo
que en otra oficina
tal vez se forjó.
¿Qué va que aquí anduvo
algún camastrón
medio **farmaceuta**?
¿Qué va, en conclusión,
que a modo de emplasto
el cuento amasó
y no hubo almirez,
mortero, perol,
retorta, alambique
ni matraz, que no
saliese a la danza

en esta ocasión?
¿No lo dice el duende?
Pues apuesto yo
a que para ello
ya tiene razón.
¡Hay diablo de duende!
No hay bicho peor.
¡Y qué polvareda
al fin levantó
por dar vaya al nuevo
Theatro hespañol!
¡Que viva, que viva
por tal invención!
Voltaire y Racine,
Linguet y Carón,
el buen Signorelli,
Fomer y el bufón
de Cosme Damián,
con toda la flor
de los antihortenses,
al duende inventor
darán mil palmadas,
y harán bien, por Dios.

43. - XLIII -

Sátira primera

A Arnesto

Quis tam patiens ut teneat se?

(Juvenal).

Déjame, Arnesto, déjame que llore
los fieros males de mi patria, deja
que su ruína y perdición lamente;
y si no quieres que en el centro obscuro
de esta prisión la pena me consuma,
déjame al menos que levante el grito
contra el desorden; deja que a la tinta
mezclando hiel y acíbar, siga indócil
mi pluma el vuelo del bufón de Aquino.

¡Oh cuánto rostro veo a mi censura
de palidez y de rubor cubierto!

Ánimo, amigos, nadie tema, nadie,
su punzante aguijón, que yo persigo
en mi sátira al vicio, no al vicioso.

¿Y qué querrá decir que en algún verso,
encrespada la bilis, tire un rasgo,
que el vulgo crea que señala a Alcinda,
la que olvidando su orgullosa suerte,
baja vestida al Prado, cual pudiera
una maja, con trueno y rascamoño,
alta la ropa, erguida la caramba,
cubierta de un cendal más transparente
que su intención, a ojeadas y meneos
la turba de los tontos concitando?

¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
apuntando este verso, la señale?

Ya la notoriedad es el más noble
atributo del vicio, y nuestras Julias,
más que ser malas, quieren parecerlo.

Hubo un tiempo en que andaba la modestia
dorando los delitos; hubo un tiempo
en que el recato tímido cubría
la fealdad del vicio; pero huyose
el pudor a vivir en las cabañas.

Con él huyeron los dichosos días,
que ya no volverán; huyó aquel siglo
en que aun las necias burlas de un marido
las Bascuñanas crédulas tragaban;
mas hoy Alcinda desayuna al suyo
con ruedas de molino; triunfa, gasta,
pasa saltando las eternas noches
del crudo enero, y cuando el sol tardío
rompe el oriente, admírala golpeando,
cual si fuese una extraña, al propio quicio.

Entra barriendo con la undosa falda
la alfombra; aquí y allí cintas y plumas
del enorme tocado siembra, y sigue
con débil paso soñolienta y mustia,
yendo aún Fabio de su mano asido,
hasta la alcoba, donde a pierna suelta
ronca el cornudo y sueña que es dichoso.

Ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio
eructo le perturban. A su hora
despierta el necio; silencioso deja
la profanada holanda, y guarda atento
a su asesina el sueño mal seguro.

¡Cuántas, oh Alcinda, a la coyunda uncidas,
tu suerte envidian! ¡Cuántas de Himeneo
buscan el yugo por lograr tu suerte,
y sin que invoquen la razón, ni pese
su corazón los méritos del novio,

el sí pronuncia la mano argalarg
al primero que llega! ¡Qué de males
esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
por la discordia con infame soplo
al pie del mismo altar, y en el tumulto,
brindis y vivas de la tornaboda,
una indiscreta lágrima predice
guerras y oprobrios a los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
el velo conyugal, y que corriendo
con la impudente frente levantada,
va el adulterio de una casa en otra.
Zumba, festeja, ríe, y descarado
canta sus triunfos, que tal vez celebra
un necio esposo, y tal del hombre honrado
hieren con dardo penetrante el pecho,
su vida abrevian, y en la negra tumba
su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡Oh viles almas! ¡Oh virtud! ¡Oh leyes!
¡Oh pundonor mortífero! ¿Qué causa
te hizo fiar a guardas tan infieles
tanpreciado tesoro? ¿Quién, oh Temis,
tu brazo sobornó? Le mueves cruda
contra las tristes víctimas, que arrastra
la desnudez o el desamparo al vicio;
contra la débil huérfana, del hambre
y del oro acosada, o al halago,
la seducción y el tierno amor rendida;
la expilas, la deshonoras, la condenas
a incierta y dura reclusión. ¡Y en tanto
ves indolente en los dorados techos
cobijado el desorden, o le sufres
salir en triunfo por las anchas plazas,
la virtud y el honor escarneciendo!
¡Oh infamia! ¡Oh siglo! ¡Oh corrupción! Matronas
castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
en Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
océano, ni, lleno de peligros,
el Lilibeo, ni las arduas cumbres
de Pirene pudieron guareceros
el contagio fatal? Zarpa, preñada
de oro, la nao gaditana, aporta
a las orillas gálicas, y vuelve
llena de objetos fútiles y vanos;
y entre los signos de extranjera pompa
ponzoña esconde y corrupción, compradas
con el sudor de las iberas frentes.
Y tú, mísera España, tú la esperas
sobre la playa, y con afán recoges
la pestilente carga y la repartes
alegre entre tus hijos. Viles plumas,
gasas y cintas, flores y penachos,
te trae en cambio de la sangre tuya,
de tu sangre ¡oh baldón!, y acaso, acaso
de tu virtud y honestidad. Repara
cuál la liviana juventud los busca.
Mira cuál va con ellos engreída
la imprudente doncella; su cabeza,
cual nave real en triunfo empavesada,
vana presenta del favonio al soplo
la mies de plumas y de agrones, y anda
loca, buscando en la lisonja el premio
de su indiscreto afán. ¡Ay triste, guarte,
guarte, que está cercano el precipicio!
El astuto amador ya en asechanza
te atisba y sigue con lascivos ojos;
la adulación y la caricia el lazo

te van a armar, do caerás incauta,
en él tu oprobrio y perdición hallando.
¡Ay, cuánto, cuánto de amargura y lloro
te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
del nunca exhausto Potosí nos bastan
a saciar el hidrópico deseo,
la ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
lo que antes un estado, y se consume
en un festín la dote de una infanta.
Todo lo tragan; la riqueza unida
va a la indigencia; pide y pordiosea
el noble, engaña, empeña, malbarata,
quiebra y perece, y el logrero goza
los pingües patrimonios, premio un día
del generoso afán de altos abuelos.
¡Oh ultraje! ¡Oh mengua! Todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo,
y hasta el honor, depósito sagrado,
o se vende o se compra. Y tú, Belleza,
don el más grato que dio al hombre el cielo,
no eres ya premio del valor, ni paga
del peregrino ingenio; la florida
juventud, la ternura, el rendimiento
del constante amator ya no te alcanzan.
Ya ni te das al corazón, ni sabes
de él recibir adoración y ofrendas.
Ríndeste al oro. La vejez hedionda,
la sucia palidez, la faz adusta,
fiera y terrible, con igual derecho
vienen sin susto a negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente,
tus suaves besos y tus dulces brazos,
corona un tiempo del amor más puro,
son ya una vil y torpe mercancía.

44. - XLIV -

Sátira segunda

A Arnesto

Sobre la mala educación de la nobleza
Perit omnis in illo
Nobilitas, cujus laus est in origine sola
(Lucano, **Carm. ad Pisones.**)
¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia,
sin la virtud?
¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto, con patillas
de tres pulgadas afeado el rostro,
magro, pálido y sucio, que al arrimo
de la esquina de enfrente nos acecha
con aire sesgo y baladí? Pues ése,
ése es un nono nieto del Rey Chico.
Si el breve chupetín, las anchas bragas
y el alborno, no sin primor terciado,
no te lo han dicho; si los mil botones
de filigrana berberisca, que andan
por los confines del jubón perdidos,
no lo gritan, la faja, el guadijeño,
el arpa, la bandurria y la guitarra
lo cantarán. No hay duda: el tiempo mismo
lo testifica. Atiende a sus blasones:
sobre el portón de su palacio ostenta,
grabado en berroqueña, un ancho escudo
de medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pie las bombas y las balas
entre tambores, chuzos y banderas,
como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
se ve picando del morrion las plumas
allá en la cima, y de uno y otro lado,
a pesar de las puntas asomantes,
grifo y león rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres; pero sigue, sube,
entra, y verás colgado en la antesala
el árbol gentilicio, ahumado y roto
en partes mil; empero de sus ramas,
cual suele el fruto en la pomposa higuera,
sombrosos penden, mitras y bastones.
En procesión aquí y allí caminan
en sendos cuadros los ilustres deudos,
por hábil brocha al vivo retratados.
¡Qué gregüescos! ¡Qué caras! ¡Qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
de su vejez. ¿Qué más? Hasta los duros
sillones moscovitas y el chinesco
escritorio, con ámbar perfumado,
en otro tiempo de marfil y nácar
sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
la ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
que aunque embozado y en castaña el pelo,
nada les debe a Ponces ni Guzmanes.
No los aprecia, tiénese en más que ellos,
y vive así. Sus dedos y sus labios,
del humo del cigarro encallecidos,
índice son de su crianza. Nunca
pasó del B-A ba. Nunca sus viajes
más allá de Getafe se extendieron.
Fue antaño allá por ver unos novillos
junto con Pacotrigo y la Caramba.
Por señas, que volvió ya con estrellas,

beodo por demás, y durmió al raso.
Examínale. ¡Oh idiota!, nada sabe.
Trópicos, era, geografía, historia
son para el pobre exóticos vocablos.
Dile que dende el hondo Pirineo
corre espumoso el Betis a sumirse
de Ontígola en el mar, o que cargadas
de almendra y gomas las inglesas quillas,
surgen en Puerto Lápichi, y se levantan
llenas de estaño y de abadejo. ¡Oh!, todo,
todo lo creará, por más que añadas
que fue en las Navas Witziza el santo
deshecho por los celtas, o que invicto
triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
ni aun leyó el catecismo! Mas no creas
su memoria vacía. Oye, y dirate
de Cándido y Marchante la progenie;
quién de Romero o Costillares saca
la muleta mejor, y quién más limpio
hiere en la cruz al bruto jarameño.
Harate de Guerrero y la Catuja
larga memoria, y de la malograda
de la divina Lavenant, que ahora
anda en campos de luz paciendo estrellas,
la sal, el garabato, el aire, el chiste,
la fama y los ilustres contratiempos
recordará con lágrimas. Prosigue,
si esto no basta, y te dirá qué año,
qué ingenio, qué ocasión dio a los chorizos
eterno nombre, y cuántas cuchilladas,
dadas de día en día, tan pujantes
sobre el triste polaco los mantiene.
Ve aquí su ocupación; ésta es su ciencia.
No la debió ni al dómine, ni al tonto
de su ayo mosén Marc, sólo ajustado
para irle en pos cuando era señorito.
Debiósele a cocheros y lacayos,
dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos
de su niñez perennes compañeros;
mas sobre todo a Pericuelo el paje,
mozo avieso, chorizo y pepillista
hasta morir, cuando le andaba en torno.
De él aprendió la jota, la guaracha,
el bolero, y en fin, música y baile.
Fuele también maestro algunos meses
el sota Andrés, chispero de la Huerta,
con quien, por orden de su padre, entonces
pasar solía tardes y mañanas
jugando entre las mulas. Ni dejaste
de darle tú santísimas lecciones,
oh Paquita, después de aquel trabajo
de que el Refugio te sacó, y su madre
te ajustó por doncella. ¡Tanto puede
la gratitud en generosos pechos!
De ti aprendió a reirse de sus padres,
y a hacer al pedagogo la mamola,
a pellizcar, a andar al escondite,
tratar con cirujanos y con viejas,
beber, mentir, trampear, y en dos palabras,
de ti aprendió a ser hombre... y de provecho.
Si algo más sabe, débelo a la buena
de doña Ana, patrón de zurcidoras,
piadosa como Enone, y más chuchera
que la embaidora Celestina. ¡Oh cuánto
de ella alcanzó! Del Rastro a Maravillas,
del alto de San Blas a las Bellocas,
no hay barrio, calle, casa ni zahurda
a su padrón negado. ¡Cuántos nombres

y cuáles vido en su librete escritos!
Allí leyó el de Cándida, la invicta,
que nunca se rindió, la que una noche
venció de once cadetes los ataques,
uno en pos de otro, en singular batalla.
Allí el de aquella siete veces virgen,
más que por esto, insigne por sus robos,
pues que en un mes empobreció al indiano,
y chupó a un escocés tres mil guineas,
veinte acciones de banco y un navío.
Allí aprendió a temer el de Belica
la venenosa, en cuyos dulces brazos
más de un galán dio el último suspiro;
y allí también en torpe mescolanza
vio de mil bellas las ilustres cifras,
nobles, plebeyas, majas y señoras,
a las que vio nacer el Pirineo,
desde Junquera hasta do muere el Miño,
y a las que el Ebro y Turia dieron fama
y el Darro y Betis todos sus encantos;
a las de rancio y perdurable nombre,
ilustradas con turca y sombrerillo,
simón y paje, en cuyo abono sudan
bandas, veneras, gorras y bastones
y aun (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos;
y en fin, a aquellas que en nocturnas zambras,
al son del cuerno congregadas, dieron
fama a la Unión que de una imbécil Temis
toleró el celo y castigó la envidia.
¡Ah, cuánto allí la cifra de tu nombre
brillaba, escrita en caracteres de oro,
oh Cloe! El solo deslumbrar pudiera
a nuestro jaque, apenas de las uñas
de su doncella libre. No adornaban
tu casa entonces, como hogaño, ricas
telas de Italia o de Cantón, ni lustros
venidos del Adriático, ni alfombras,
sofá, otomana o muebles peregrinos.
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,
la simia, il pappagallo e la spinetta.
La salserilla, el sahumador, la esponja,
cinco sillas de enea, un pobre anafe,
un bufete, un velón y dos cortinas
eran todo tu ajuar, y hasta la cama,
do alzó después tu trono la fortuna,
¡quién lo diría!, entonces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo y diote
a dos por tres la escandalosa buena
que treinta años de afanes y de ayuno
costó a su padre. ¡Oh, cuánto tus jubones,
de perlas y oro recamados, cuánto
tus francachelas y tripudios dieron
en la cazuela, el Prado y los tendidos
de escándalo y envidia! Como el humo
todo pasó: duró lo que la hijuela.
¡Pobre galán! ¡Qué paga tan mezquina
se dio a tu amor! ¡Cuán presto le ferieron
al último doblón el postrer beso!
Viérasle, Arnesto, desolado, vieras
cuál iba humilde a mendigar la gracia
de su perjura, y cuál correspondía
la infiel con carcajadas a su lloro.
No hay medio; le plantó; quedó por puertas...
¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestole
un amigo... ¡Qué amigo! Ya otra nueva
esperanza le anima. ¡Ah! salió vana...
Marró la cuarta sota. Adiós, bolsillo...
Toma un censo... Adelante; mas perdióle

al primer escartón, y quedó **asperges**.

No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita se halla ¡oh Zulem Zegrí! tu nono nieto.

¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia un alfeñique perfumado y lindo, de noble traje y ruines pensamientos?

Admiran su solar el alto Auseva Limia, Pamplona o la feroz Cantabria, mas se educó en Sorez. París y Roma nueva fe le infundieron, vicios nuevos le inocularon; cátales perdido, no es ya el mismo, ¡Oh, cuál otro el Bidasoa tornó a pasar! ¡Cuál habla por los codos!

¿Quién calará su atroz galimatías?

Ni Du Marsais ni Aldrete le entendieran.

Mira cuál corre, en polisón vestido, por las mañanas de un burdel en otro, y entre alcahuetas y rufianes bulle.

No importa, viaja incógnito, con palo, sin insignias y en frac. Nadie le mira.

Vuelve, se adoba, sale y huele a almizcle desde una milla... ¡Oh, cómo el sol chispea en el charol del coche ultramarino!

¡Cuál brillan los tirantes carmesíes sobre la negra crin de los frisones!...

Visita, come en noble compañía;

al Prado, a la luneta, a la tertulia

y al garito después. ¡Qué linda vida,

digna de un noble! ¿Quieres su compendio?

Puteó, jugó, perdió salud y bienes,

y sin tocar a los cuarenta abriles

la mano del placer le hundió en la huesa.

¡Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,

la vejez se anticipa, le sorprende,

y en cinica e infame soltería,

solo, aburrido y lleno de amarguras,

la muerte invoca, sorda a su plegaria.

Si antes al ara de himeneo acoge

su delincuente corazón, y el resto

de sus amargos días le consagra,

¡triste de aquella que a su yugo uncida

víctima cae! Los primeros meses

la lleva en triunfo acá y allá, la mima,

la galantea... Palco, galas, dijés,

coche a la inglesa... ¡Miseros recursos!

El buen tiempo pasó. Del vicio infame

corre en sus venas la crüel ponzoña.

Tímido, exhausto, sin vigor... ¡Oh rabia!

El tálamo es su potro...

Mira, Arnesto,

cuál desde Gades a Brigancia el vicio

ha inficionado el germen de la vida,

y cuál su virulencia va enervando

la actual generación. ¡Apenas de hombres

la forma existe...! ¿Adónde está el forzudo

brazo de Villandrando? ¿Dó de Argüello

o de Paredes los robustos hombros?

El pesado morrión, la penachuda

y alta cimera, ¿acaso se forjaron

para cráneos raquíuticos? ¿Quién puede

sobre la cuera y la enmallada cota

vestir ya el duro y centellante peto?

¿Quién enristrar la ponderosa lanza?

¿Quién?... Vuelve ¡oh fiero berberisco!, vuelve

y otra vez corre desde Calpe al Deva,

que ya Pelayos no hallarás, ni Alfonsos

que te resistan; débiles pigmeos

te esperan. De tu corva cimitarra

al solo amago caerán rendidos...

¿Y es éste un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
los timbres y blasones? ¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia,
sin la virtud? Los nombres venerandos
de Laras, Tellos, Haros y Girones,
¿qué se hicieron? ¿Qué genio ha deslucido
la fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
a quienes fía su defensa el trono?
¿Es ésta la nobleza de Castilla?
¿Es éste el brazo, un día tan temido,
en quien libraba el castellano pueblo
su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡Oh siglo!
Faltó el apoyo de las leyes. Todo
se precipita: el más humilde cieno
fermenta, y brota espíritus altivos,
que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denodada, venga
la humilde plebe en irrupción y usurpe
lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría: no haya
clases ni estados. Si la virtud sola
les puede ser antemural y escudo,
todo sin ella acabe y se confunda.

45. - XLV -

Romance tercero

Contra Forner³

Esta y no más, Numen mío,
ven a calentar mis versos,
que esta vez más que otra alguna
te han menester placentero;
ésta, y nunca más me inspira,
pues voy a cantar corriendo,
tan estupendas hazañas,
que nunca vieron los cielos
otras tales ni tan gordas,
desde el chino al chichimeco.
Ven, que si a mi ruego pronto
bajas esta vez, ofrezco
de consagrarte una pluma
entre ilustres arrapiezos,
girones y telarañas,
allá de Atocha en el templo,
do abierto un palmo de boca
la señalen con el dedo
in saecula saeculorum
los devotos madrileños.
No bien Polifemo el brujo
con su bálsamo hechicero
curado hubo las heridas
que en los pasados encuentros
le diera el fuerte Antioro,
cuando ¡qué buen escarmiento!,
vuelto a su disforme forma,
tan loco andaba y tan tieso
por esas calles de Dios,
cual pudiera un Gerineldos.
Otra estupenda batalla,
transformado en escudero,
riñó después con Antioro
por desagaviar el tuerto
que hiciera el bergante a un manco,
bien querido en todo el pueblo.
Hubo en ella horribles lances,
y aunque dudoso el suceso,
todavía le aguijaban
a buscar nuevos trofeos,
cuando hétele que a la plaza
salió un nuevo aventurero,
hombre avezado a las lides
y cual ninguno en esfuerzo.
Era este tal... Aquí, aquí,
numen mío, está el aprieto.
Vamos a pintarle al punto,
y quiera Dios se esté quedo.
Era de cuerpo muy flaco,
mas de espíritu muy recio;
duro y firme de mollera,
cual chinarro berroqueño,
y aunque en miembros alfeñique
¡ira de Dios! no hay cerebro
que no magulle a los golpes
que da su brazo derecho.
Nacido allá en la Cosmosia,
junto a los quintos infiernos,
criárale una amazona
que le dio por madre el cielo,
no con leche ni papilla,
sino con hiel y veneno.
Ya crecido, fue el asombro

de los mozos de su tiempo:
siempre adusto y siempre solo,
campando por su respeto.
¡Qué corazón! Más bizarro
ni más duro no le hubieron
ni Ferragut ni Galafre,
ni don Roldán ni Oliveros.
Nunca fueron su solaz
juveniles pasatiempos,
que era el lidiar su descanso
y era el vencer su recreo.
Armado de fuertes armas,
que le labró un hechicero,
de su tierra andaba siempre
invulnerable y cubierto;
pero entre todas brillaba,
alto y bien guarnido, el yelmo
que le dio un dey cosmosiano
cuando le armó caballero.
Este y la diestra manopla
de muy bien templado acero
eran su salud, porque
tenía ¡raro portento!
toda su fuerza cifrada,
como el otro en los cabellos,
nuestro Sansón de Cosmosia
en el testuz y en los dedos,
con que la tajante espada
blandía a diestro y siniestro.
Con tal brío y tal defensa
salía de tiempo en tiempo
el paladín cosmosiano
solo a desfacer entuertos,
y ni en yermos ni en poblados,
ni aun en palacios ni templos,
ningún malandrín seguro,
se pudo hallar de sus retos.
Rindió en singular batalla
a aquel gigantón protervo,
que dos siglos ha en la Nescia
se alzara rey de los pueblos,
y de sus pingües provincias
le despojando, en un credo
hasta más allá de Calpe
llevó el cosmosiano imperio.
¡Válasme Dios, qué de brujos,
de adivinos, de hechiceros,
de astrólogos, de poetas,
a sus manos perecieron!
Aun dicen que el fuerte Antioro
anduvo rodando entre ellos,
pero convertido en odre
logró escapar del aprieto,
que le salvaba el dios Momo
para burla del Permeso.
Ni pudo huir de sus golpes
Tartufo, aquel caballero
que nacido en la Nigricia
se unió al bando de los nescios
y con el gran cosmosiano
tuvo tan duros encuentros.
¡Cuántas formas el bribón
no tomó, nuevo Proteo,
para vencer en batalla
a su contrario! Yo mesmo,
yo vi sus transformaciones
yo las vi, y aún no las creo.
Hétele vuelto en urraca,
cátale mudado en cuervo,

allí va con capa parda
y aquí en sayo ceniciento;
ya se le muestra ensañado,
y ya con rostro halaguero
le regala, le acaricia,
le enlabia con sus consejos,
para llevarle a las trampas
que le iba armando con queso.
Nada le valió; no importa,
que al que no es buen caballero
un cantazo por detrás,
y adelante con el cuento.
Digo, pues, que al tal Tartufo
tentó la ropa en mil duelos,
hasta que por fin un día
que lidiaron cuerpo a cuerpo,
descargó en él tal diluvio
de embestidas y de encuentros,
que a los ciento y veinte y tres
me le derrocó en el suelo,
y con la tajante espada
de par en par le abrió el pecho.
No sacaron mejor suerte
muchos que con él se hubieron
allí, pero fue entre todos
celebrado el escarmiento
de Tormentorio de Hispalia,
jayán tan vano y contento
de su poder, que aun rendido,
apaleado y casi muerto,
todavía cantó el triunfo
con bramidos tan horribles,
que no hubo quien no le oyese
desde Estremoz a Murviedro.
De tales, de tan ruidosas
hazañas, de pueblo en pueblo
la siempre parlera fama
iba esparramando el eco.
Cantábanse al cosmosiano
himnos, trovas y sonetos,
puestos en solfa por uno
y tarareados por ciento.
Cuál ensalza su osadía,
cuál encarece su ingenio,
éste alaba su pujanza
y aquél el bizarro aliento
con que desprecia a los flacos
y hace cara a los soberbios.
«¡Qué fuera de ti, oh Redondo,
qué de vosotros sin cuento,
los que azuzáis por la espalda
y contra la ley del duelo
tiráis y escondéis la mano,
como malsines rateros!
Válgavos vuestra ruindad,
y válgavos el desprecio
que hacen de tan viles armas
los valientes caballeros».
Así cantaba un poeta,
que en tan bien sentido verso
solía apostillar las trovas
del Fraso de nuestros tiempos.
Tal era... Ya, numen mío,
tiempo es de volver al cuento;
dame por tu vida el hilo
que se perdió en el tintero.
Tal era y de tales mañas
el adalid que, cubierto
de sus armas, salió al campo

y lidió como Polifemo.
La causa de los rencores
de tan grandes caballeros
contaré, ya que he empezado
por uno y por otro huevo.
Pasárale por la chola
al cosmosiano en sus fieros
(que era gran retrahedor
y bocachón por extremo),
un día que estaba el pobre
con un humor como un perro,
que amén de su geniecillo
esto de andar por el pueblo
dando acá y allá porrazos,
asendereado y maltrecho,
no es lo mismo que estar siempre
bailando al son del pandero...
Pasárale por la chola,
como digo de mi cuento,
decir mal, o maldecir,
que al cabo al cabo es lo mismo,
de los valientes campeones
que lidiaran cuerpo a cuerpo
con aquel ruin magancés,
Masolín el embustero
aquel pagano hiperbóreo,
que, descreído y protervo,
con mentiras y baldones
mancillar quiso el respeto
de la sin par doña Iberia,
el máspreciado portento
de nobleza y cortesía
que jamás vio el Universo.
Dijo, pues, el cosmosiano
hablando por todos ellos;
dijo... ¡nunca tal dijera!,
que ni eran fuertes ni diestros,
cual convenía a campeones
de tal nombre y en tal duelo;
que eran viejos sus rocines;
que sin escudos ni yelmos
por el palenque anduvieran,
sin poder tocar al pelo
de la ropa al magancés;
que eran de muy ruin acero
sus espadas, y muy flojas
sus manoplas y aun sus dedos;
y por fin, vino a decir...,
dijo, en fin, y aquí fue ello,
que la tal dueña acuitada
no había en todo el su reino
quien de lavar su mancilla
fuese capaz... No hay remedio,
ya lo dijo. ¡Ira de Dios,
y la que se armó al momento!
¡Qué blasfemias, qué brabatas,
qué votos y qué reniegos,
ya dichos y ya mascados,
no produjo el tal denuesto!
Pero nadie más furioso
se mostró que Polifemo;
y es el caso que escondido
saliera también al cerco,
llamado de la nodriza
de Iberia, que oído el tuerto
de su ama, sábelo Dios,
tomó gran parte en su reto,
y llamando a la defensa
príncipes y caballeros,

ofreció su blanca mano
a quien la salvase en duelo.
Oyó, pues, los dicharachos
de Zonzorín, Polifemo;
oyólos, y no más listo
se armó el gallardo Oliveros,
cuando, aunque herido y doliente,
llegó a saber los denuestos
que contra Carlo y sus doce
refunfuñaba el tremendo
Fierabrás de Alenjandría,
que se arreó Polifemo
para la lid, y tomando
lanza y broquel, caló el yelmo,
y en demanda del bastardo
Zonzorín salió tan tieso.
Hallele que estaba entonces
asestando a un escudero,
a quien por mote llamaban
Bocacerrada en el pueblo,
el cual, viéndose con armas
y con razón, quiso atento
por tan ilustre princesa
quebrar dos lanzas; por cierto
que dio al bastardo once botes
tan firmes, que el uno de ellos,
resbalando a la manopla,
le hubo de quebrar los dedos.
Mas Zonzorín, nunca débil,
reparose, tomó aliento,
volvió a la carga, y tal
vez rematara al escudero
a no haber salido entonces
tan gran contrario a su encuentro.
Viéronse en fin. No se paran
allá en los campos del cielo
dos nubarrones, batidos
de dos encontrados vientos,
más terribles frente a frente
uno de otro, ni más fieros,
que frente a frente se paran
Zonzorín y Polifemo:
-Caballero, si lo sois,
dijo aquéste, pues no creo
que tanta descortesía
quepa en quien es caballero,
non fundedes vuestra gloria
en tan mezquinos trofeos,
que si de fama y renombre
andáis por caso sediento,
aquí estoy yo en quien podéis
buscar triunfos de más precio.
Dijo, y largando el bridón,
tal bote dio contra el yelmo
de Zonzorín que por poco
no se le derriba al suelo;
mas le abolló, por San Jorge,
y fuera el golpe tan recio,
que casi cien chapas de oro
le quitó del guarnimiento.

46. - XLVI -

Sátira tercera

Contra los letrados

Si yo no hubiera seguido la escuela,
sino puéstome en el entresuelo de algún
letrado de fama en la corte, y dádome a
escribir papeles en derecho, creo que hu-
biera paleado los doblones.
(Mayans a Jover, Carta de 30 de octubre de 1745).
¿Eres locuaz? Pues métete a letrado:
miente, cita, vocea, corta y raja,
y serás, sin pensarlo, afortunado.
Al mundo aturdirás y en su baraja,
pésele a quien pesare, harás figura,
más que allá en Avapiés una real maja.
Crecerá dos pulgadas tu estatura
con la peluca blonda y el manteo:
digno juez de sabia catadura.
Y con que ande limpito a queste arreo
podrás, al primer paso de la curia,
subir hasta el cenit con tu deseo.
Jamás del hambre sentirás la injuria,
porque nunca a garguero engolillado
osó tocar sus devorante furia.
Antes que bachiller hazte abogado,
mas sin tocar al Tormes y al Pisuerga,
do se corona sólo al que ha luchado,
que no es para letrados la monserga
que suena allí, ni el bárbaro **ergoteo**,
tanto distante de su culta jerga.
Haz lo que otros: escribe tu deseo
a algún sopista de Osma, y tendrás una
panza de oveja a vuelta de correo;
pues hay mil alquilones de la tuna
que, prestando su ciencia a cualquier nombre,
saben bachillerear aun en la cuna.
Logra tu fin y el medio no te asombre,
que en esta edad tan cara a maravilla
sólo cuesta muy poco hacerse hombre.
Gana, junta, rellena tu alforjilla,
y vende a la fia a todo pleiteante
que al bufete acercare su mancilla.
Ni para ser verboso o retumbante
sigas de Fabio o Cicerón la guía,
sino sólo tu labia y tu talante;
que yo conozco un quidam que salía,
lleno de orgullo y de sudor, de estrados
do charló un día, y otro, y otro día.
Gritó, pateó, sopló por todos lados,
y en diluvios de citas y palabras
se dejó a los vivientes abismados.
Serás tú un Papiniano si así labras
tu suerte, y sabes desde pobre a rico
subir mientras tu padre guarda cabras.
¡Cuántos no hacen fortuna por el pico!
Y aun sin él, con descaro y con pulmones,
la puede hacer también cualquier borrico.
Ríete de elocuentes oraciones
llenas de fuego y de filosofía,
con tal que ahúches duros y doblones.
Consultas y alegatos a porfia
zurce, y largos papeles en derecho,
y habla, y consulta, y dicta todo el día.
Así con mano larga y fuerte pecho
se echan de una gran casa los cimientos,
que en hablar y escribir está el provecho.

Por varas medirás tus pedimentos,
tus informes por triduos, sin cuidado
de estilo ni doctrina, que son cuentos.
Con el **dicho**, y el **suso**, y el **narrado**,
el **otrosí**, el **y porque**, el **juro**, el **pido**,
costas, protesto, etcétera, forjado,
harás un pedimento muy cumplido,
y capaz de apurar la negra honrilla
del contrario más culto y presumido.
Cuando ya absorto el vulgo de la villa
te agregare a los doce de la fama,
desata sin piedad tu taravilla.
Desgañítate, indignate y declama,
y lleno de estro y espumante [e] labio,
esparce en»torno la plectórea llama;
que así a tu voz tremenda no hará agravio,
si por doctrina vierte espumarajos,
ningún juez que pretenda hacer el sabio.
Atruénalos con fieros latinajos,
y ensarta acá y allá textos y citas,
y haz pompa y vanidad de calandrajos.
Nunca al sentido de la ley permitas
que desluzca tu ingenio y travesura,
pues lo que a él le das a ti lo quitas.
Fuera de que la judicial medida
de un vejancón repleto de experiencia
mal de las leyes sufre la premura:
dar quiere a su talante la sentencia,
y eructando al Acurcio y a Molina,
alarde hacer de su profunda ciencia.
Pero, si a gloria tu afición te inclina,
y a meter ruido y a llamar la gente,
darete yo una astucia peregrina:
échate a canonista osadamente,
y sabio de la noche a la mañana
serás, y problemista de repente.
Estudiar, ¿para qué? ¡Ni una semana!
¿No es más barato hurtar los **quodlibetos**
a algún autor de pluma inocenciana?
Retócalos e ingiere tus secretos,
y habla al gobierno, adula, ofrece, manda,
y así a la gloria irán los mamotretos.
¿Hizo más que esto el bello Peñaranda,
que ahora entre danzantes y Ubreros
en **cálculos** y **arpegios** se desmanda?
Mas, guay, que mientras, infalible, agüeros
de próspera abundancia desperdicia,
va por las calles su guitarra en cueros.
No creas, no, dichoso al que se inicia
de esta alquimia civil en los arcanos
y es pobre y nada para sí codicia.
Antes te afana y echa los livianos
por ganar oro y plata, y no renombre,
cual otro que ya nada en mejicanos.
Disfrazas tú, como él, la patria y nombre,
y dora tus mentiras y tus plagios
con algún ilustrísimo cognombre.
Tendrás así del vulgo los sufragios
y vendiendo tu bodrio a peso de oro
rico serás sin riesgo de naufragios.
¡Oh, cuál vendrán, temiendo tu desdoro,
los letrados de aldea y de guardilla
a traer la garrama a tu tesoro!
Todos te comprarán a maravilla,
y a dos por tres excederás en renta
a cualquier ilustrísimo golilla.
¡Esto sí que es saber hacer la cuenta!
¡Esto sí que es vender gato por liebre,
y lo que diez no vale por cuarenta!

Harás también en himnos te celebre
de culto y sabio el vulgo romancista,
si delirante y con ardor de fiebre
murmuras del cuitado manteísta,
que sabe enjaretar un silogismo
y ergotear en forma **sumulista**.

Di que toda su ciencia es barbarismo;
haz burla de Donelo y de Cujacio,
y echa venablos contra Arnoldo mismo,
que no es digno de henchir tu cartapacio,
si ya no embarbascaron su doctrina
Sala, Magro, el Beleña muy despacio.

Mueve otrosí tu crítica dañina
contra todo monuelo que de Grocio
o Puffendorf guisare en la cocina,
y con Nela y Castillo haz tu negocio,
llamando a boca llena tu maestro
al culto Gómez y Aillón su socio.

Tendrante así por eminente y diestro
el foro, la academia y el bufete,
y serás de mil jóvenes cabestro.
Tus estantes atente, y el bonete
rellenarán Martínez y Elizondo,
charcos do bebe ya cualquier pobrete;
pues para serse por demás sabihondo
bastan ellos y el Paz, Pradilla y Bayo,
lumberas de la práctica al más mondo.

¡Cuántos haciendo venturoso ensayo
de arbitrio tal soltaron la corteza,
y hoy es ya señoría el que ayer payo!
Tú también subirás a tal alteza,
y más, si necio y descarado, insultas
con rabia a la escolástica nobleza.

No escapen de tu azote ni por cultas
las espirantes becas, ni de tanto
noble varón las sombras insepultas.
Denígalos, si puedes, tanto o cuanto,
y si hincheras dos tomos de mentiras
será tu manuscrito sacrosanto.

Verás cómo te ensalzan en sus liras
los ánsares del Turia y a graznidos
las orejas piadosas hacen jiras.

Mas si tu caparrosa ennegrecidos
dejare al paso mantos y cogullas,
¡oh cuánto crecerán los alaridos!,
que al tiroteo de frecuentes pullas
abrirán tanta boca los violetos
y crearán que trinas cuando aúllas.

Caigan aquí los pobres recoletos,
allá los mendicantes, y de todos
di que son girovagos y paletos.

Cúbrelos de ridículos apodos,
y llámalos polillas del estado,
y peste y roña, con livianos modos.

Ni evite los chubascos de tu enfado
el velo religioso, aunque inocente,
y entre rayos y púas bien cerrado
muerde y destroza tan canalla gente
y expónla con un cuento y otro cuento
a la mofa de todo maldiciente,

que así a la fama de hombre de talento
se va, y siguiendo tan trillada senda
hicieron su agostillo más de ciento.

Le hicieron, juro a tal, y nadie entienda,
que pasaron su vida mal seguros,
ni de títulos faltos ni de hacienda.

Pero si de esta trocha en los apuros
has de cejar al riesgo o al trabajo,
no ataques, no, tan venerables muros.

Huye, y buscando más seguro atajo,
por no quedar de bruces en la brecha,
date a zarabutear de vuelo bajo.
Huele, rastrea, caza, atisba, acecha,
codicilos, reclamos, matrimonios,
y haz con tontos y tercos tu cosecha.
Urde embustes, falsea testimonios,
prevarica, cohecha, y como ganes,
da tu fama y tu punto a los demonios;
que ésta fue de otros bravos perillanes
de tres siglos acá la noble ciencia,
y éste el fruto y el fin de sus afanes.
Después hicieron santa penitencia,
y hoy comen sin zozobra sus biznietos
lo que hurtaron con trémula conciencia.
Huye también el riesgo y los aprietos
en que del patrio amor puedan ponerte
los sublimes y rígidos preceptos,
que eso de provocar la negra suerte
por librar a la patria de ruina
es buscar santa, pero triste muerte.
Acusó Tulio al fiero Catilina,
loó a Pompeyo y puso miedo a Antonio,
mas punzaron su lengua, aunque divina.
Si tal pensares tú serás bolonio,
por más que tengas a la vista alguno
tan claro y menos triste testimonio.
Pues si columbras en la cima a uno
que allá trepó por tan difícil senda,
di que es dichoso y sabio cual ninguno,
mas no le imites, no, ni des la rienda
a un deseo que daña y no aprovecha,
ni da para la plaza ni la tienda.
Y aunque el Estado vieres en deshecha
tormenta zozobrar, vencido el cable
de la esperanza, y rota y trozos hecha
la proa, en medio de la mar inestable,
duerme tranquilo, y del timón la guía
abandona a la chusma irrefrenable.
Verás cuál se abalanzan a porfía
uno y otro grumete hasta empuñarle,
y alargando el naufragio sólo un día,
regir el buque, no para salvarle,
sino para escapar con su tesoro
y echarle a pique en vez de marinarle.

47. - XLVII -

Carta de un Quidam a un amigo suyo, en que le describe el Rosario de los cómicos de esta corteEpilogo
Estos que viste ayer, Fabio, fingiendo
con tristes casos del amor voltario,
la hinchazón del orgullo estrafalario,
del fraude y la traición el caos horrendo,
hoy por las calles su rumor siguiendo
contritos el magnífico **Rosario**,
su piedad, su fervor extraordinario
van a María humildes ofreciendo.
¡Notable ejemplo de virtud, que todos
ven con espanto, admiran con ternura
al paso de la mística comparsa!
Sólo un chispero, gastador de apodos,
dijo, con más donaire que locura:
«Al fin en este gremio todo es farsa».

48. - XLVIII -

Idilio decimoséptimo

A un supersticioso

¿Por qué consultas, dime,
con las estrellas, Favio,
y vas en sus mansiones
tu horóscopo buscando?
¿Son ellas por ventura
a quienes fue encargado
dar principio a tus días
o término a tus años?
Las vidas de los hombres
no penden de los astros,
que en el Olympo tienen
moderador más alto.
Aquel gran Ser, que supo
con poderosa mano
los orbes cristalinos
sacar del hondo caos;
que enciende el sol, i guía
su luminoso carro;
que mueve entre las nubes,
de estruendo i furia armado,
su coche, i forma el trueno;
que vibra el fuerte rayo,
refrena el viento indócil,
y aplaca el mar turbado;
aquél es de tu vida
el dueño soberano,
y él solo en sí contiene
la summa de tus años.
Implórale, i no fies
tu dicha a los arcanos
del tiempo, ni al incierto
compás del Astrolabio.
Implórale, i no alces
tus ojos al Zodiaco,
que a sus constelaciones
del hombre no ligaron
las dichas ni el contento
con ciega ley los hados.
Implórale, i ahora
escrito esté el amargo
momento de tu muerte
sobre el fogoso Tauro;
ora por las Pleyadas
no visto, del Aquario
guardado esté en la urna,
respeta de su brazo
la fuerza omnipotente,
y adórala postrado:
que no de los Planetas
ni los volubles astros
pendiente está tu vida,
mas sólo de su brazo.

49. - XLIX -

Oda tercera

A don Carlos González de Posada

Ya cierra Febo plácido la línea,
Carlos, que el curso de tus años mide;
ya se despide, y de los verdes campos
lleva el otoño.

Hinche el colono las vacías trojes
y el mosto llena las sedientas cubas,
do de las uvas el humor ardiente
cae bullendo.

Reina en los techos rústicos el gozo,
y alegres himnos con piedad sincera
la vocinglera juventud entona
a Baco y Ceres.

Asoma entonces por las altas cumbres
el frío invierno la nevada frente,
y al diligente labrador intima
su largo imperio.

Le oye, madruga, y los humeantes bueyes
sigue, moviendo pródigo su mano,
y al rubio grano, que derrama, Vesta
abre su seno.

¿Y los alumnos de Sofía en tanto
a risa y juego se darán tan solo,
mientras de Apolo y de Minerva el grito
los apellida?

¡Sus!... despertemos, y a las doctas artes
el disipado espíritu volvamos;
Carlos, subamos del abismo al cielo
sobre sus alas,

que en lo más alto, de la gloria el templo
está, do sólo virtuoso toca
el que provoca la deidad con dones,
de ella no indigno;

pues no al que fiero desoló la tierra,
ni a quien los mares atronó furioso
el rumoroso quicio de sus puertas
dócil se vuelve.

Se abre al que el bando del error persigue
y al negro Averno la ignorancia envía,
y al que porfía y a la verdad santa
descorre el velo;

al que su patria vigilante ilustra,
y los varones ínclitos ensalza,
y sabio alza a la región etérea
su claro nombre;

al que del mundo la discordia ahuyenta,
y mientras brama Némesis proterva,
la ley conserva de amistad, e incienso
quema en sus aras;

sin que ni al oro ni a los altos puestos,
ni de los grandes al favor mudable
ceda ni inestable sacrifique al ruego
su fe constante.

Oda cuarta

Jovino a Poncio

Dejas ¡oh Poncio! la ociosa Mantua,
y de sus musas separado, corres
a do las torres de Cipi6n descuellan
sobre las ondas;
sobre las ondas que la grande armada
mecen humildes del monarca hispano,
a cuya mano, tímido, Neptuno
cedió el tridente.
¡Oh cuánta noble juventud te espera!
¡Oh cómo hierve, y animosa explaya
sobre la playa su valor, de triunfos
impaciente!
Sube las altas naos presurosa,
y por el ancho piélagos cruzando,
gira bramando cual le6n que hambriento
busca su presa.
Tiembla a su vista, pálida, y se esconde,
despavorida, la feroz Quimera,
que la bandera tricolor impía
sigue, y proterva.
Caerá rendida, y con horrible estruendo
en el profundo báratro lanzada,
será herrojada por las negras furias
de sus cavernas.
Y allí sus dogmas y cruentos ritos,
y allí sus leyes y moral nefanda,
y allí su infanda deleznable gloria
serán sumidos.
Allí, de donde por desdicha fueran
de la llorosa humanidad salidos,
serán hundidos con espanto, y dados
a olvido eterno.
¡Guar de ti, loca naci6n, que el velo
de la inocencia y la verdad rasgaste,
cuando violaste los sagrados fueros
de la justicia!
¡Guar de ti, loca naci6n, que al cielo
con tan horrendo escándalo afligiste,
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el ungido!
Firmó su santa cólera el decreto
que la venganza confi6 a la España,
y ya su saña corre el golfo, armada
del rayo y trueno.
Lidiará Poncio do la roja insignia
se diere al viento por la empresa santa,
do la almiranta desparciere en torno
ruina y espanto.
Lidiará, empero, de Minerva al lado,
que ella su brazo y asistencia pide,
y ella su egide tenderá piadosa
para cubrirle.
¡Cúbrele, oh diva! La naval corona
ciñe a la frente, y tu graciosa oliva
envía, oh diva, por la amiga mano
del caro Poncio.
¡Guárdale, oh diva, para culto y gloria
de tus altares y delicia mía!
¡Guárdale pía, y a mis tiernos brazos
vuélvele salvo!

51. - LI -

Prólogo

Para la comedia «El Regocijo»

Atención... st..., punto en boca,
nadie chiste y cepos quedos,
que voy a hablar. Este día
de risa y de pasatiempo
todo es mío: cabalito;
y en él, si yo no lo quiero,
si yo no lo digo, o no
lo permito por lo menos,
nada se hará, aunque lo mande
una legión de maestros.
¿No me conocéis? ¡Qué bravo
disimulo! ¿No estáis viendo
quién soy en este sencillo
cuanto misterioso arreo,
este garbo, esta carita
de pascua, que está vertiendo
risa por ojos y labios?
¿No lo dice este parlero
crótalo, aquesta sonaja?...
¿Ni por esas?... ¡Bueno, bueno!
¿Con que pretendéis que os diga
mi nombre? Pues he, no quiero.
Adivinadlo; y si no,
me enfado y vuelvo allá dentro.
¡Qué linda flema! ¡Os vais!
Luego, ¿conocéisme? Luego,
acertasteis que soy el...
Tente, lengua... Por San Pedro,
que iba a decirlo. ¡Caramba!
Buena la hubiéramos hecho.
¡Vaya!, ¿qué va que me voy?
Sí, voyme. Adiós, caballeros...

(Hace que se va y vuelve. Entre sí):

Pero, ¿qué haré yo con irme?
Si estos hombres son tan lerdos
que no adivinan, ¿habré
de tragarme este secreto?
Y luego que no haya nada:
que en vez de fiesta y recreo
se vuelvan a casa todos,
tan tristes como un entierro.
No, eso no; que no cumpliera
ni conmigo ni con ellos.
Mas, ¿qué dirán estos maulas
si me ven volver tan presto?
Mas, ¿qué importa el qué dirán
al Regocijo? No, vuelvo,
y más que se rían. ¡Horrio!

(Saliendo)

Acá estamos. Caballeros:
¡qué maulas, qué lindas piezas!
Por fin fuisteis conociendo
que hablé en chanza. Pues, señores,
como digo de mi cuento,
soy el Regocijo, y voy
a hablaros un rato en serio.
No hay que asustarse, que hay cosas
que hacen reír mucho, pero
para algunos esta risa
es la risa del conejo.

El asunto es que yo trato
de divertiros riendo,
pero se entiende con juicio,
sin melindres ni entrecejo.
Allá mi amigo don Placer,
que en mi conciencia sospecho
que es un poco extravagante,
suele (¡qué gran majadero!)
divertirse con sollozos,
con lágrimas y aspavientos,
y aun con muerte y puñales,
como si un hombre vertiendo
el lagrimón como el puño
pudiese hallarse contento.
No, señor, no más tragedia:
mal parece. ¡Vade retro!
Si quieres furias y llantos,
téntelas, y buen provecho;
que yo quiero risa y zambra,
y para eso me atengo
al crótalo y las sonajas
de Talía, mi cortejo;
de la taimada Talía,
que cuando uno la está viendo
con tanta boca abierta
suele encajar al más serio
dos verdades como el puño,
que le dejan patitieso.
¡He!, ya lo dije, me voy.
Adiós, mis señores, pero...
¡Ay!, qué gracia, ¿qué apostamos
a que aún no estáis contentos?
¿Es que he de decir también
la diversión que os prevengo?
Vaya, que es muy buen antojo.
En fin, vamos; que no puedo
dejar descontento a nadie.
Pues, señores, el misterio
se reduce a que veréis
cómo y por cuántos rodeos
pudo un capellán de Paula,
¡grandísimo majadero!,
creer que estaba hechizado,
y temiendo al sortilegio
dejó la capellanía
y se casó como un viejo.
Dr. Agudo a la trampa,
y con qué chiste y gracejo
supo urdirle una criolla
fina como el pensamiento.
¿Cómo...? Pero basta... no
me sean tan pedigüños,
que lo demás lo verán.
Sólo diré que el festejo
es el más chistoso, el más
entretenido y honesto
que decirse puede, que todos
cuantos están allá dentro
prevenidos para el caso
son... son.... pero lo veremos.
No, pues de esta va de veras.
¡Buenas noches, caballeros!

Epístola sexta

Jovino a Poncio

Non est quod contemnas hoc studendi genus, mirum
est, ut animus agitatione; motuque corporis excitetur.

(C. Plinius Cornelio Tacito Suo)

¡Oh cuán feliz nació la golondrina,
que dos veces al año viaja y muda
de andurrial, de tejado y de vecina!
Vuela y revuela siempre la picuda
en pos de su galán, que a hacer el nido,
cantar, cazar y procrear la ayuda.
Fuérame yo tan listo y tan sabido
como ella, o de la gran naturaleza
con tan preciosos dones favorito,
y otra vegada echara a mi cabeza
fuera de este rincón, y en mi castaño
me diera a andar sin miedo ni pereza.
Mas, pues se toca a recoger hogaño,
y es preciso pasar bochorno y frío,
arrellanado en el antiguo escaño,
vamos charlando un poco, Poncio mío,
del digerido y trasnochado viaje
que abrí con Aries y cerré en estío.
El hablarte de coche ni equipaje,
repostereros, lacayos y cantina
ni de otro señoril matalotaje,
fuera de más, que es algo teatina
mi condición, y va siempre de gorja,
y con tanto boato se amohína.
En mi cuartago, y llena bien la alforja,
me voy cantando, y no se me da un bledo
por los inventos que el melindre forja.
Quiero ver el gran mundo abierto y ledo,
cual le supo adornar la industria humana,
y escudriñarle cuanto gusto y puedo.
¿Hay por ventura angustia más tirana
que andarse emparedado entre ladrillos,
sin ver más que la torda y la gitana,
ni oír más que rechinos y chasquidos,
o al son de las malditas campanillas,
ajos, votos, blasfemias y aullidos?
Ténganse ese regalo otros golillas,
y buena pro, mientras que yo, escotero,
llevo a salvo de vuelcos mis costillas.
Pues, señor, como digo, salí entero,
montado en mi capón, contento y libre,
no sin buena compañía y mal dinero.
No me asustaban Rosas ni Colibre,
ni la furia que allá mata y arrolla
al choque horrendo de infernal calibre.
Me importaba dormir, comer mi olla,
y hallar sereno y esplendente el día,
más que tan triste y bárbara bambolla.
A dos por tres doblé con alegría,
aunque sudando, los erarios puertos,
y llevé hasta León mi correría.
De allí vi ya horizontes más abiertos,
y aun también más ajenos de conhorto,
pobres, incultos, rasos y desiertos,
hombres tristes, de oscuro y sucio porte,
casas de barro, calles de inmundicia,
pueblos, en fin, sin dicha ni deporte.
Tal vez en torno de ellos la codicia,
si no ya la miseria, labra un poco,
sin afán, sin provecho ni pericia.

De árboles me hablar; éste es un coco
que asusta al propietario y al labriego,
y a quien los planta le apellidan loco.
«Los habrá, dicen, cuando venga el riego».
Mas cielo y tierra, ¿no sabrán criarlos,
sin andar con los ríos en trasiego?
Eh, ya le tienen... Pero ve a buscarlos,
y ninguno hallarás sino en la orilla
del canal que nos trajo monsieur Carlos.
¡Ay!, aquí es do el ánimo se humilla,
viendo tan malogrado el beneficio
y vuelta la esperanza en gran mancilla;
campos sin árbol, seto ni edificio,
plagados de amapola y jaramago,
y aguas, bueyes y brazos sin oficio.
Aun vi las huellas del horrendo estrago
que desoló a Castilla cuando andaba
matando moros el señor Santiago.
¿Qué hacen las leyes?, me dirás. Estaba
por decirte que duermen, mas no puedo;
que antes bien, su desvelo nos acaba.
Siempre duras y firmes en su quedo
de mandar y vedar, y siempre iguales
en enseñarnos su importuno dedo,
cierran a toda industria los canales,
y halagan y alimentan la pereza,
y acrecen y eternizan nuestros males.
Bórralas de una vez, y la cabeza
verás sacar al laborioso ingenio,
y aliarse con la gran naturaleza.
Libre de susto y sujeción el genio
sus premios buscará, y a nuestro clima,
con Baco y Ceres, traerá a Cilenio;
cercará, poblará, pondrá en estima
el riego, y su sudor sobre la tierra
derramará, si no halla quien le oprima.
No son las leyes las que harán la guerra
al ocio, que las burla y las quebranta,
y cuanto más le gruñen más se emperra:
el interés, unido con la santa
necesidad, le arrojarán del mundo,
que él los imperios a esplendor levanta...
Mas, mientras torres en el aire fundo,
el hilo voy perdiendo y la jornada.
Va de viaje. Capítulo segundo.
Llegué a Burgos. ¡Oh corte derrotada!
Ya vuelve a ser ciudad. Planta, edifica,
limpia, proyecta; pero, ¿instruye? Nada.
Aún la pereza allí se santifica
y la ignorancia se regala. ¿Esperas
que estas dos Melisendras la hagan rica?
A Briviesca, a Pancorvo, y de sus fieras
escenas alejándome, en la Rioja
me entré, cruzando prados y laderas.
Juntas las aguas del Tirón y el Oja
forman un ancha y venturosa vega,
do con la industria la abundancia aloja,
y allí con rica profusión allega
mieses y viñas, y árboles y prados,
cuanto el raudal fertilizante riega.
Por el pie de sus muros derrotados,
Haro los ve correr al padre Ibero,
de cederle agua y nombre no asustados.
Corta el gran río, o plácido o severo,
no sin desdén, la playa polvorosa,
que alguna vez inunda osado y fiero;
mas ¡qué dolor!, la tierra, siempre ansiosa
de abrir a su onda la sedienta entraña,
le pide auxilio, y dársele no osa.

Y mientras el borde de sus labios baña,
pierde sus aguas la vecina orilla
y su esplendor el árida campaña.
Después se traga al rico Najerilla,
que de su altivo puente envanecido,
tarde y mal de su grado se le humilla.
Disculpárasle acaso, si el florido
país que riega, como yo, observarás,
desde do muere hasta do fue nacido.
Caen sus aguas, rápidas y claras,
de la cana Cogolla a dar recreo
de Emiliano a las devotas aras,
y de allí al valle do encendió Berceo,
aunque con vieja y mal templada lira,
de otros más altos vates el deseo.
Más impetuoso Nájera le admira,
cuando a postrar su vacilante muro
a sus rotos alcázares aspira.
¡Oh, qué de bienes a su raudal puro
deben, y encantos, la comarca y valle,
do el premio del afán siempre es seguro!
¿Cuándo Somalo deja de gozalle,
allá escondido en el ombrío soto,
entre encinas y chopos de alto talle?
Después ni sufre márgenes ni coto,
hasta que Manso osado le refrena
con su puente invencible, si antes roto.
Se humilla al fin, y con desmayo y pena,
herido de los fuertes tajamares,
muere del Ebro en la desierta arena;
del Ebro, que desdeña otros solares,
ya ver unidos, vano, se apresura
de Tobía y Bazán los nobles lares.
¿Temes que aquí yo diese en la censura
que coge a tanto caballero andante?
No, no lo permitiera mi ternura.
De amigo el nombre, más que de informante,
dictó el obsequio, y supo la confianza
unirse a la amistad fina y galante.
He aquí do fue colmada mi esperanza.
¡Oh Fuenmayor! ¡Oh plazo venturoso
de amistad, de alegría y bienandanza!
¡Fértil Buicio! ¡Valle deleitoso!
¡Campos que siempre enriqueció Lleo!
¡Santa hospitalidad! ¡Dulce reposo!
Nunca os olvidaré; continuo empleo
seréis de mi ternura y mi memoria,
y aunque en vano, también de mi deseo.
Mas vamos con el viaje y con su historia
a Logroño, do apenas sobrevive
la sombra débil de su anciana gloria.
Pero capaz de recobrarla vive
un sabio allí, de ardiente celo henchido,
que sin cesar inspira, instruye, escribe.
¡Oh Barrio, si así fueras atendido!
Recibe al menos éste de mi aprecio
testimonio sincero y bien sentido.
De sus pingües campiñas alza el precio
el árbol de Minerva, cuyo fruto
mira Baco en las otras con desprecio.
¡Cómo el ingenio roba y vierte, astuto,
por ellas del Iregua los raudales,
que al fin a Ibero rinden su tributo!
¡Campos de Navarrete, do con Pales,
Minerva y Ceres anda Baco asido,
por entre olivos, mieses y frutales,
con cuánto gozo os admiré, subido
al cerro del altísimo homenaje,
que el tiempo y la codicia han dirruído!

Volví después a Nájera mi viaje,
donde a los padres de la patria, Hervías
a un tiempo daba ejemplo y hospedaje.
¡Oh, qué noble espectáculo! Verías
los claros hijos de la Rioja unidos
trabajar en su bien noches y días;
viéraslos ya luchar, enardecidos,
con la pereza, y ya de la ignorancia
parar los rudos golpes repetidos,
hollar la envidia, y desde aquella estancia,
abriendo rocas, puentes y caminos,
llamar a todas partes la abundancia.
Los ví, los admiré, loé sus dinos
esfuerzos, y con voz quizá atrevida
predije de su patria los destinos.
«Llebad, les dije, la onda fugitiva
del Ebro en torno hasta tocar la sierra;
[...]
A Baco luego declarad la guerra,
y haced que, reducido a sus collados,
Minerva y Ceres cubran vuestra tierra.
Divididla, cercadla, y los no arados
campos llenad de activos moradores,
y verlos heis felices y poblados.
Más propietarios, más cultivadores,
menos ociosos, menos jornaleros,
menos pobres, en fin, menos señores,
menos leyes, y plumas, y mauleros
de rapiña y de error, y hasta Sofía
más seguros y francos los senderos.
Así..." Mas basta ya de profecía,
que a besar voy de Aguirre los despojos
en la Cogolla, antes que fine el día.
Su corazón y púrpura entre abrojos
vi venerados, y en prolija historia
los triunfos de Millán vieron mis ojos.
Mejor culto después di a la memoria
del eremita que granjearse supo
con su puente y calzada nombre y gloria.
Tanta ni tal ¿a qué otro santo cupo?
Mas a otra parte vuelvo rienda y boca,
que por demás con fábulas te ocupo.
Por An doblé los altos montes de Oca,
y fui por Burgos y Palencia al valle
do el Cabrión en Pisuerga desemboca.
VÍ allí a Batilo. El gozo de abrazalle
tú lo concebirás sin que lo cuente,
como también la pena de dejalle.
Después, de senda en senda y puente en puente,
sufriendo soles, lluvias y pedriscos,
malas posadas y bendita gente,
volví a León y a los paternos riscos,
y caí de sus altos vericuetos
a este emporio de peces y mariscos,
donde, en tanto que duermen mis folletos,
me hartó de sueño, frutas y pescados,
y aun (¿lo oyes, alma mía?) de tercetos.

53. - LIII -

Epístola séptima

De Inarco Celenio⁴ a Jovino y respuesta de éste

Epístola de Moratín a Jovellanos
Sí, la pura amistad, que en dulce nudo
nuestras almas unió, durable existe,
caro Jovino; y ni la ausencia larga,
ni la distancia, ni interpuestos montes
y proceloso mar que suena horrendo,
de mi memoria apartarán tu idea.
Duro silencio a mi cariño impuso
Marte crüel, cuando la patria ardía
en bélico furor, que ya suspende
la paz, la dulce paz. Sé que en oscura
deliciosa quietud contento vives,
siempre animado de incansable celo
por el público bien, de las virtudes
y del talento protector y amigo.
Estos que formo de primor desnudos,
no castigados de tu docta lima,
fáciles versos, la verdad te anuncien
de mi constante fe; y el cielo en tanto
tráigame presto la ocasión de verte
y renovar en familiar discurso
cuanto a mi vista presentó del orbe
la varia escena. De mi patria orilla
a las que el Sena en sangre tinto baña,
del anglo adusto al sedicioso belga,
del Rin profundo a las nevadas cumbres
del Apenino, y la que en humo ardiente
cubre y ceniza a Nápoles canora,
pueblos, naciones, visité distintas;
alta ciencia adquirí, que nunca enseña
docta lección en solitaria estancia,
que allí no ves la diferencia suma
que el clima, el culto, la opinión, las artes,
las leyes causan. Hallarásla sólo
si al hombre estudias en el hombre mismo.
Ya el crudo invierno, que aumentó las ondas
del Tibre, en sus riberas me detiene,
de Roma habitador. ¡Fuésemo dado
vagar por ella, y de su gloria antigua
contigo examinar los admirables
restos que el tiempo, a cuya fuerza nada
resiste, quiso perdonar! Alumno
tú de las musas y las artes bellas,
oráculo veraz de la alma historia,
¡cuánta doctrina al afluyente labio
dieras, y cuántas, inflamado el numen,
imágenes sublimes hallarías
en los destrozos del mayor imperio!
Cayó la gran ciudad que las naciones
más belicosas dominó, y con ella
acabó el nombre y el valor latino;
y la que osada desde el Indo al Betis
sus águilas llevó, prole de Marte,
adornando de bárbaros trofeos
el Capitolio, conduciendo atados
al carro de marfil reyes adustos,
entre el sonido de guerreras trompas
y el confuso rumor del ancho foro;
la que dio leyes a la tierra, horrible
noche la cubre, pereció. Ni esperes
en la que existe, descendencia oscura,
torpe, abatida del honor primero,
de la antigua virtud hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
informes masas que el arado rompe,
circos un tiempo, alcázares, teatros,
termas, soberbios arcos y sepulcros,
donde (fama es común) tal vez retumban
en el silencio de la sombra triste
dolientes ecos, la memoria acuerdan
del pueblo ilustre de Quirino, y sólo
esto conserva a las futuras gentes
la señora del mundo, ínclita Roma.
¡Esto, y no más de su poder temido,
de sus artes quedó! Que no pudieron
ni su virtud, ni su saber, ni unidas
tantas riquezas, ni el valor sublime
de sus caudillos mitigar del hado
la ley tremenda o dilatar el golpe.

¡Ay!, si todo es mortal, si al tiempo ceden
como la débil flor los fuertes muros,
si los bronces y pórfidos quebranta
y los destruye y los sepulta en polvo,
¿para quién guarda su tesoro intacto
el avaro infeliz? ¿A quién promete
gloria inmortal la adulación infame,
que la violencia ensalza y los delitos?
¿En qué se apoya el insolente orgullo,
la pérfida ambición, que desconoce
leyes, pudor, y a la inocencia insulta?
¿Por qué a la tumba corre presurosa
la humana estirpe, vengativa, airada,
envidiosa...? ¿De qué, si cuanto existe
y cuanto el hombre ve, todo es ruinas?
Todo, que a no volver precipitados
huyen los años y a su fin conducen
de los altos imperios de la tierra
el caduco esplendor. Sólo el oculto
numen que anima el universo, eterno
vive, y él solo es poderoso y grande.

Respuesta de Jovellanos a Moratín

Te probó un tiempo la fortuna, y quiso
oh caro Inarco, de tu fuerte pecho
la constancia pesar. Duro el ensayo
fue, pero te hizo digno de sus dones.
¡Oh venturoso! ¡Oh una y muchas veces
feliz Inarco, a quien la suerte un día
dio que los anchos términos de Europa
lograse visitar! ¡Feliz quien supo
por tan distantes pueblos y regiones
libre vagar, sus leyes y costumbres
con firme y fiel balanza comparando;
que viste al fin la vacilante cuna
de la francesa libertad, mecida
por el terror y la impiedad; que viste
malgrado tanta coligada envidia,
y de sus furias a despecho, rotas
del belga y del batavo las cadenas;
que al fin, venciendo peligrosos mares
y ásperos montes, viste todavía
gemir en dobles grillos aherrojado
al Tibre, al antes orgulloso Tibre,
que libre un día encadenó la tierra!
¡Cuánto, ah, sobre su haz destruyó el tiempo
de vicios y virtudes! ¡Cuánto, cuánto
cambió de Bruto y Richelieu la patria!
¡Oh, qué mudanza! ¡Oh, qué lección! Bien dices:
la experiencia te instruye. Sí, del hombre
he aquí el más digno y provechoso estudio:
ya ornada ver la gran naturaleza
por los esfuerzos de la industria humana,
varia, fecunda, gloriosa y llena

de amor, de unión y de vida;
o ya violadas sus eternas leyes
por la loca ambición, con rabia insana,
guerra, furor, desolación y muerte;
tal es el hombre. Ya le ves al cielo
por la virtud alzado, y de él bajando,
traer el pecho de piedad henchido,
y fiel y humano y oficioso darse
todo al amor y fraternal concordia...
¡Oh, cuál entonces se solaza y ríe,
ama y socorre, llora y se conduele!
Mas ya le ves que del Averno oscuro
sale blandiendo la enemiga antorcha,
y acá y allá frenético bramando,
quema y mata y asuela cuanto topa.
Ni amarle puedes, ni odiarle; puedes
tan solo ver con lástima su hado,
hado crüel, que a enemistad y fraude
y susto y guerra eterna le conduce.
Mas ¿por ventura tan adverso influjo
nunca su fuerza perderá? ¡Qué!, ¿el hombre
nunca mejorará?... Si perfectible
nació; si pudo a la mayor cultura
de la salvaje estúpida ignorancia
salir; si supo las augustas leyes
del universo columbrar, y alzado
sobre los astros, su brillante giro,
su luz, su ardor, su número y su peso,
infalible midió; si, más osado,
voló del mar sobre la incierta espalda
a ignotos climas, navegó en los aires,
dio al rayo leyes, y a distantes puntos,
como él veloz, por la tendida esfera
sus secretos envió; por fin, si pudo
perfeccionarse su razón, ¿tan sólo
será a su tierno corazón negada
la perfección? ¿Tan sólo esta divina,
deliciosa esperanza? ¡Oh caro Inarco!
¿No vendrá el día en que la humana estirpe,
de tanto duelo y lágrimas cansada,
en santa paz, en mutua unión fraterna,
viva tranquila? ¿En que su dulce imperio
santifique la tierra, y a él rendidos
los corazones de uno al otro polo,
hagan reinar la paz y la justicia?
¿No vendrá el día en que la adusta guerra
tengan en odio, y bárbaro apelliden
y enemigo común al que atizare
de nuevo su furor, y le persigan
y con horror le lancen de su seno?
¡Oh sociedad! ¡Oh leyes! ¡Oh crueles
nombres, que dicha y protección al mundo
engañado ofrecéis, y guerra sólo
le dais, y susto y opresión y llanto!
Pero vendrá aquel día, vendrá, Inarco,
a iluminar la tierra y los cuitados
mortales consolar. El fatal nombre
de propiedad, primero detestado,
será por fin desconocido. ¡Infame,
funesto nombre, fuente y sola causa
de tanto mal! Tú solo desterraste,
con la concordia de los siglos de oro,
sus inocentes y serenos días;
empero al fin sobre el lloroso mundo
a lucir volverán, cuando del cielo
la alma verdad, su rayo poderoso
contra las torres del error vibrando,
las vuelva en humo, y su asquerosa hueste
ahuyente y hunda en sempiterno olvido.

Caerán en pos la negra hipocresía,
la atroz envidia, el dolo, la nunca harta
codicia, y todos los voraces monstruos
que la ambición alimentó, y con ella
serán al hondo bátratro lanzados,
allá de do salieron en mal hora,
y ya no más insultarán al cielo.
Nueva generación desde aquel punto
la tierra cubrirá, y entrambos mares;
al franco, al negro etíope, al britano
hermanos llamará, y el industrioso
chino dará, sin dolo ni interese,
al transido lapón sus ricos dones.
Un solo pueblo entonces, una sola
y gran familia, unida por un solo
común idioma, habitará contenta
los indivisos términos del mundo.
No más los campos de inocente sangre
regados se verán, ni con horrendo
bramido, llamas y feroz tumulto
por la ambición frenética turbados.
Todo será común, que ni la tierra
con su sudor ablandará el colono
para un ingrato y orgulloso dueño,
ni ya, surcando tormentosos mares,
hambriento y despechado marinero
para un malvado, en bárbaras regiones,
buscará el oro, ni en ardientes fraguas,
o al banco atado, en sótanos hediondos,
le dará forma el mísero artesano.
Afán, reposo, pena y alegría,
todo será común; será el trabajo
pensión sagrada para todos; todos
su dulce fruto partirán contentos.
Una razón común, un solo, un mutuo
amor los atarán con dulce lazo;
una sola moral, un culto solo,
en santa unión y caridad fundados,
el nudo estrecharán, y en un solo himno,
del Austro a los Triones resonando,
la voz del hombre llevará hasta el cielo
la adoración del universo, a la alta
fuente de amor, al solo Autor de todo.

54. - LIV -

Sátira cuarta[Contra las corridas de toros]
¿Comedias? Ni por pienso. Esta es la escuela
en que la incauta juventud aprende
el arte del amor, arte funesto,
origen de los males que desolan
al Universo todo. Las comedias
corrompen y envenenan las costumbres.
Son la peste del mundo. Los autores,
los sabios catedráticos lo dicen.
¿Y toros? Eso sí, vaya en buen hora
con algazara el pueblo a pelotones
a gozar el placer, digno sin duda
de los héroes de Roma, a cuya vista
la humanidad temblaba, y que en el circo
del gladiator la sangre derramada
era grato espectáculo a sus ojos.
Brame rabiando el bruto jarameño,
ensangrentada la cerviz, que arrastra
el duro arado, gaje el más precioso
de los dones de Ceres y Pomona,
y sea, en fin, trofeo de la espada
del diestro matador. ¿A quién se ofende?
Criada para el hombre aquella fiera,
si, pereciendo entre tormentos, sirve
a su recreo, nada importa, paga
a su señor el feudo que le debe.
¿Y qué importa tampoco que furioso,
por el suelo arrastrando las entrañas,
corra de una a otra parte el ancho circo
y entre dolores dé el postrer aliento,
el brioso alazán, hijo del Betis,
del hombre compañero y de la patria
glorioso defensor en muchas lides?
Él no es más que una bestia, y si su dueño
de ella usar quiere así, no hace otra cosa
que usar de su caudal o de su plata.
Pero, ¿el hombre? El hombre ¿en qué peligra?
Corre tal vez despavorido, huyendo
una cercana muerte. Mas se salva.
Vuelve al circo, repítesela escena,
y ya de polvo y de sudor cubierto,
busca en sus fuerzas casi desmayadas
a su vida un asilo mal seguro.
Tropieza aquí, y el miedo le sostiene.
Cae después, se desconcierta un miembro,
la fiera le acomete; pero escapa,
aunque contuso o herido, y en su rostro
retratada la imagen de la muerte.
Pero, ¿qué importa eso? Este es su oficio,
el lidiador así gana su vida.
En todo hay riesgo; como no perezca,
nada hay perdido, todo es inocente.
Pero, ¿perece alguno? ¿Y quién perece?
¿Uno entre ciento...? Nimiedad, pobreza
de espíritu; entre ciento uno tan solo
no merece la pena de contarse.
He aquí el lenguaje del doctor Toribio.
En el siglo dieciocho así se piensa:
se proscriben el amor y se defiende
un odio eterno de la especie humana.
La escena se detesta, en que sensible
el hombre a los encantos lisonjeros
de la belleza, endulza las costumbres,
que en las selvas contrajo de la Gocia,
y en que si el vicio infame se presenta
con todo su atractivo y sus ornatos,
la sólida virtud que por fin triunfa

su faz horrible y su fealdad descubre.
Pero, el circo..., en el circo se tolera,
y aun más se califica de inocente,
y el pueblo, almas feroces, se atropella
al funesto espectáculo, en que ¡oh siglo!
el hombre se degrada hasta el extremo
de ser juguete y presa de los brutos.
Clama, clama por fieras, y desdeña
a sus Sénecas, Plautos y Terencios.
Así, mísera Iberia, así retratas
a Roma en su barbarie, así desmientes
el siglo de las luces, y eternizas
el padrón horroroso de tu infamia.

55. - LV -

Sátira quinta[Contra la tiranía de los maridos]

¿A dó, puñal en mano, furibundo
corres, Arnesto? Dime, ¿a dó la rabia
te precipita? Pálido el semblante,
espumosas salivas arrojando,
¿a dó asestas tus iras? ¿Por ventura
el blanco es de tu rencor tu esposa,
tu misera cuitada compañera?
Detente, Arnesto; mírala, repara:
se aflige, llora, tiembla, y de rodillas
implora tu clemencia. Y qué, ¿ni aun esto,
cruel e inexorable, te desarma?
No, no burlará impune mis preceptos,
dices, maguer injustos o insensatos;
sus leyes son y obedecerlas debe.
Y ¿quién te ha dado, bárbaro, ese imperio
que tan altivo ostentas? ¿Quién? ¿Natura,
alma Natura? No, sus sacras leyes
no distinguen de sexos; por do quiera
su amada hechura el hombre es el objeto.
Y ¿no es tu semejante, Arnesto, Elisa?
A par de tu ambición vano remonta
de su alto ser los nobles privilegios,
todos ellos herencia de Natura,
contigo Elisa en igualdad divide.
Diote, es verdad, a ti apartadamente
la común madre robustez y fuerza.
¿Qué importa, Arnesto? ¿El justo poderío
fúndase acaso en nervios y tendones?
Alegas el valor: Lucrecia y Clelia
te lo disputan, cuando heroicamente
la muerte desafían, y tú acaso
no miras sin temblar su aspecto horrendo.
Fuerza, noble ardimiento, bizarría,
hete los caracteres con que sabia
te señaló Natura tu destino.
Dijo en ellos: trabaja asaz, defiende
de ataque injusto tu progenie cara,
tu dulce compañía, tus hogares.
Pero tú en estos mismos, insensato,
hallar pretendes títulos de imperio.
¡De imperio...! De absoluto señorío.
Hizo el hombre servir de luengos siglos
a su loca ambición sus nobles prendas,
subyugó al sexo débil, degradingo,
y, haciéndole su esclavo, su belleza,
su preciada belleza, sus encantos,
el premio del sudor y la fatiga,
diéronse a la violencia, y aun su vida
fue un gratuito don de su tirano.
Hizo más: autorizó en sus leyes
su usurpación; el galo y el asirio
en sus códigos mismos imprimieron
al sexo ya abatido el sello torpe
de su esclavitud misera e infame.
¿Son éstos, di, tus títulos, la dura,
maguer que envejecida tiranía,
de tus injustos bárbaros abuelos?
¿Legitimola el tiempo? ¡Ah! ¿el tiempo puede
oscurecer los fueros que Natura
concede a cada cual de los mortales?
No son, no, de Licurgo esas lecciones,
ni tolerarlas la razón pudiera,
ese inmutable oráculo sagrado
de las edades todas y los climas.
Unióte a Elisa amor, y de himeneo
en las sagradas aras la hizo tuya,

en fe de tus promesas. ¡Cuánto
te gozaste en tu triunfo! ¡Cuánto, Arnesto,
tan lisonjera unión colmó tus dichas!
Ni el ansiado laurel, ni las riquezas,
en pos de quienes afanoso un día
surcaste el bravo mar lleno de escollos,
pudieron arrancarte de los brazos
de tu cara dulcísima consorte.
Tal era Elisa entonces. Y ¿qué causa
su suerte rebajar pudo al extremo
de hacerla esclava de su igual? ¿Quién pudo
hacerte su señor? Suertes iguales
os dio el sagrado lazo, a un mismo yugo
os sujetó a los dos una coyunda,
dulce coyunda, que formado había
amor, que distinciones no consiente,
ni hace paces jamás con el respeto.
Timbres, fortunas, aras, todo, todo
con su esposa partió el feroz romano,
llamola su señora el lacón rudo,
y ¿eres tú tan injusto, Arnesto, eres
tan bárbaro y crúel con la que viera
el Tíber adorada y el Eurotas?
¡La desprecias, la humillas, la maltratas!
¡Insensato.... a la madre de tus hijos!
¡A la madre, oh baldón! ¿El alto empleo,
el título de honor que da Natura,
el título entre todos más augusto,
se vilipendia así? Si las promesas
que al pie del ara hicieras, invocando
al sacrosanto numen por testigo,
si amor, el tierno amor, que las dictara
y que encendiera las nupciales teas,
a guarecer a Elisa no bastaban
de tu fiereza y bárbaros ultrajes,
¿el fruto de su unión, el dulce fruto
de su fecundidad no basta, Arnesto?
¿No bastan, no, sus hijos? ¡Cuántos males
en esto les preparas! ¡Cuántos, cuántos
te preparas a ti y aun a tu patria!
Rompes el lazo del amor materno
y a Elisa expones al ludibrio infame
de los que el ser le deben. ¿Y quién puede
asegurarte a ti de su respeto?
¿Quién fiar de su amor y su obediencia
a las leyes podrá? Monstruos, Arnesto,
monstruos fomentas en tu hogar, que llenen
tus días de amargura y de tristeza,
monstruos que insulten de la santa Temis
el sacro templo, el ara y el ministro,
y venguen de este modo los ultrajes
que Elisa en vano tristemente llora.
He aquí el fruto fatal de la fiereza
del imprudente Arnesto, y de millares
de insociables y bárbaros esposos.
Huye de sus hogares la paz santa
y allí do amor y do amistad sencilla
antes moraran, como en triunfo entran
crueldad, odio, rencor, iras, venganzas.
Tiembla la triste esposa en la presencia
del sañudo tirano, que mil muertes
en su aspecto fulmina, clama, llora,
busca asilo en sus hijos, que mil veces,
ministros del rigor de su enemigo,
se burlan de su lloro y de su ruego.
¿Y puede esto sufrirse? Sacerdotes,
sacerdotes de Temis, a vosotros
os toca desterrar tamaño insulto
contra Natura y sus sagradas leyes.

Apartad de nosotros este oprobio,
resto de nuestras bárbaras costumbres,
y haced que se respeten mutuamente
los que una vez unió sacro himeneo.

56. - LVI -

Epístola octava

Jovino a Posidonio

¿Dudas? ¿La desconoces? De tu amigo
la letra es; aquella misma letra
¡oh Posidonio! un tiempo tan preciada
de tu amistad, y con tan vivo anhelo
deseada y leída. Estos sus rasgos
son, mal formados, pero siempre fieles
intérpretes de fe y amistad pura.
Lee, y tu tierno corazón reciba
en ello algún solaz, que si la envidia
tentó privarnos de este mutuo alivio,
la péñola rompiendo, a duros hierros
mi mano aprisionando, sus decretos
la amistad quebrantó, y a su despecho
me dicta ahora intrépida estas líneas.
¿Resistirla podré? ¿Quién a su impulso
no rinde el corazón? Tú, Posidonio,
cual nadie, tú la imperiosa fuerza
conoces de su voz y la seguiste,
¡con qué presteza, oh Dios!, cuando bramaba
más fiero el monstruo, y de uno en otro clima
a tu inocente amigo iba arrastrando.
¿Detúvete su ceño? ¿Su amenaza
te intimidó? ¿Cediste o te humillaste
ni al rumor ni al aspecto del peligro?
No; cuando todos, al terror doblados,
medrosos se escondían, tú, tú solo
te acreditaste firme, y a su furia
presentantes impávido la frente.
¡Oh alma heroica! ¡Oh grande y noble esfuerzo
de la amistad! ¿Podré olvidarlo? ¡Oh, antes
me olvide yo de mí, si lo olvidare!
Nunca será, que en rasgos indelebles
está grabado en el profundo centro
de mi inocente corazón, que prueba
cada momento cuánto de dulzura
sobre mi alma derramó, cuán grata
me es su memoria, y cuánto me consuela
en mi suerte infeliz. ¿Infeliz dije?
¿Acaso puede un inocente serlo?
Con la virtud, con la inocencia nunca
morará el infortunio. El justo cielo
no lo permite, caro Posidonio.
Él las sostiene, las conforta y tiende
para apoyarlas su invencible mano.
En mí lo siento, y sin temor lo afirma,
serena y pura mi conciencia. Nada
la turba: ni voraz remordimiento,
que es del crimen la fea adusta imagen,
ni ingratitud, ni deslealtad, ni alguno
de los verdugos de las almas viles
sus senos agitó. Contra esta blanda
consoladora voz, ¿qué vale el ronco
rumor de la calumnia? ¿O qué la envidia,
aunque con soplo venenoso incite
las furias del poder, su fragua encienda,
y sus rayos fabrique en mi ruina?
Yo en tanto escucho intrépido su alarma.
¿Qué me podrá robar, di, Posidonio?
¿La libertad? En vano sus cadenas
el tirano forjara, presumiendo
hasta el alma llegar, donde se anida
de su poder exenta; que esta pura
emanación de la divina Esencia,

este sutil y celestial aliento
que nos anima y nos eleva, nunca
podrá ser entre muros ni con hierros
encadenado ni oprimido. Mira
cómo cruzando el piélago tendido
se lanza hora hacia tí, te abraza y busca
conhorte y paz en tu amigable pecho;
y ¡oh, cuál los busca cierto de encontrarlos!
Y luego en torno a los amados lares
que me vieron nacer rápido vuela;
besa el virtuoso umbral, se postra humilde
ante las santas sombras que le guardan,
y con piadosas lágrimas le riega.
¡Oh sombra ilustre de Paulino, cuánto
de amargura y rubor te ahorró la muerte!
Libre está el alma, sí. Del globo entero
las regiones recorre contemplando
cómo la vida y la abundancia llenan
sus vastos climas; los remotos mares
surca veloz; desprecia entrambos polos
y a las altas esferas se remonta.
Ya en el éter se espacia; atravesando
los campos de la luz, sobre las lunas
de Herschel se encumbra; rápida las puertas
eternales penetra, y a los coros
querúbicos unida, allí extasiada
su patria encuentra y su Hacedor venera.
¿Y es esto esclavitud? No, Posidonio.
Por más que esta porción de polvo y muerte
yaga en estrecha reclusión sumida,
libre será quien al eterno alcázar
puede subir; al Protector, al Padre
de la inocencia y la virtud postrado
extático adorar, y ver el rayo
que arde en su mano omnipotente, cómo
contra la iniquidad vibrado, llena
de espanto a la calumnia... Mas, ¿si acaso
manchó este monstruo con su voz mi fama?
¿Si esta segunda y más preciada vida
del hombre...? ¡Ay!, de tu angustiado amigo
he aquí el mayor, el más crúel tormento.
Mas ¿qué es la fama? ¿Quién la da y mantiene?
¿No es el supremo Árbitro del mundo
su fiel dispensador? Suyo es, no nuestro
tan suspirado bien; pródigo y justo
le da al que firme en la palestra lucha.
La inocencia le alcanza, con la egida
de la virtud cubierta, y el que supo
respetarlas y amarlas le conserva.
¿Le perderá quien nunca holló los santos
fueros de la verdad? ¿Quien obediente
a su voz, del error y la ignorancia
fue jurado enemigo? Tú lo sabes,
tú, compañero y siempre fiel testigo
de mi vida interior, de mis designios,
de mis estudios, y tal vez en ellos
auxilio y consultor... ¡Oh, cuánto ahora
de esta feliz seguridad la idea
es a mi corazón dulce y sabrosa!
Tú de la atroz calumnia el grito infame
desmentir puedes; sabes que mis días,
partidos siempre entre Minerva y Temis,
corrieron inocentes, consagrados
sólo al público bien. Viste que en ellos
sumiso y fiel la religión augusta
de nuestros padres, y su culto santo,
sin ficción profesé; que fui patrono
de la verdad y la virtud, y azote
de la mentira, del error y el vicio;

que fui de la justicia y de las leyes
apoyo y defensor; leal y constante
en la amistad; sensible, compasivo
a los ajenos males; de la pura
y cándida niñez padre, maestro,
celoso institutor; y de la patria...
¡oh cara patria!, de tu bien, tu gloria
adicto, ciego promotor y amigo.
Di, ¿son otros mis crímenes? El alto
testimonio que grita en mi conciencia,
¿qué digo?, el testimonio de la tuya,
el de todos los buenos, la voz misma,
esa voz fuerte y vigorosa que oye
la envidia con terror: la voz del pueblo,
la pública opinión, ¿qué otros me imputa?
¿Mas por ventura sueño? ¿O el orgullo
adula mi razón y la perturba
con tan grata ilusión? ¿O es la voz pura
de la inocencia? Ella es, oh Posidonio,
que el delito es cobarde. Sí, ella sola
valor dar pudo a un corazón que firme
desconoce el temor, y fiel al cielo,
a la patria, al honor, adora humilde
la Providencia altísima, y tolera
del infortunio el golpe, resignado.
¡Ah!, si el destino de rubor y angustia
tal peso carga sobre mí; si tantos
bienes me roba, y de tan caras prendas
(¡oh dulces prendas, por mi mal perdidas!)
me priva injusto y de su amor me aparta;
si, en fin, las heces del amargo cáliz
he de apurar, mi alma en tal conflicto
contrastada será, mas no vencida.
¿No ves siempre indefenso, empero nunca
rendido, al fiero embate de las ondas
inmóvil estar el risco de Antromero,
cual roquero castillo a los doblados
ataques de rabiosos enemigos?
Así ella inmóvil esperará sus golpes.
Lloro, es verdad, negártelo no debo,
lloro la ausencia de mi amada patria,
de mis caros penates, de mis pocos
fieles amigos, y de todo cuanto
mi corazón amaba, y reunido
colmo era de mi gloria y mi ventura...
Entre tantos, un alto, un digno objeto
¡ay! cada instante su llorosa imagen,
a mis ojos presente, las paredes
de esta medrosa soledad conturba.
Ya adivinas cuál es. Tú mismo viste
el generoso afán con que mi mano,
allá donde el paterno Piles corre
a morir entre arenas, una hermosa
viña plantó, que con ardientes votos
consagraba a Sofia, a cuyo amparo,
por siete abríles de abundancia llena,
mostró su esquilmo, y ya de la comarca
era delicia y gloria... y lo era mía.
¡Oh, cuál sus tiernos vástagos tendidos
por el terreno fértil, cuál lozanos
sus pámpanos frondosos de frescura
y verdor la cubrían! Tú admiraste
tan sazonados y tempranos frutos,
y estimulada de ilustrado celo
tu voz dio aliento y vida a su cultivo.
¡Ah, cuán otra es su suerte! Combatida
de violento huracán, toda su gala
yace agostada por el suelo, al soplo
del viento asolador. Aportilladas

sus altas cercas, secos de su riego
los copiosos raudales, ahuyentados
o medrosos sus fieles viñadores,
llena está ya de espinas y de abrojos,
que a próxima ruina la condenan,
mientras cautivo el mayoral no puede
salvarla ni acudir a su socorro.
¡Ay, que no verán ya mis tristes ojos
tan preciada heredad, ni ella su influjo
recibirá ya más!... Tal vez los tuyos,
Posidonio, sobre ella detenidos,
su antigua gloria buscarán en vano,
y con piadosas lágrimas un día
honrarán mi memoria. ¡Ah, si la vieses
desamparada y yerma, huye y maldice
el cruel astro que, influyendo adverso,
su ruina decretó! Huye, sí, huye,
y allá do su raudal ingenioso
esconde Saltarúa, oculta y mezcla
tu llanto en su corriente cristalina,
y este prez da a su nombre y mi memoria.
Mas no; sin duda suerte más propicia
se guarda a la virtud. De su alto asiento
me lo anuncia el gran Ser: «Sufre, me dice,
y espera. De los míseros mortales
las suertes todas son en mi albedrío.
Pende en mi mano la balanza, y sólo
puedo yo dar a la inocencia el triunfo
y bendecir y eternizar sus obras».
He aquí mi apoyo y mi esperanza, amigo.
Seguro de él, ni temo ni provoco
de la suerte el rigor; sufro y espero
sin susto y sin afán... Tal vez un día
a vernos volverá, gozosa entonces,
la triste Gigia, unidos y felices.
Las verdes copas de los tiernos chopos,
con que la ornó mi mano, y que ya el tiempo
alzó a las nubes, cubrirán a entrambos
con su filial y reverente sombra.
En grata unión las playas resonantes
tornaremos a ver; aquellas playas
tantas veces pisadas de consuno,
mientras el sol buscaba otro hemisferio,
y el mar cántabro con alternas olas
besar solía las amigas huellas.
¡Oh, si nos diese el cielo tal ventura,
cuánto dulces serán nuestros abrazos!
¡Oh, cuánto nuestras pláticas sabrosas!
Y contaremos, de zozobra exentos,
de la pasada tempestad la furia
y el horrendo peligro, mientras alegres
y asegurados en el puerto, damos
al ocio blando las fugaces horas.
¡Cúmplase, oh Dios, tan plácida esperanza!
Empero, si este bien apetecido
tus decretos me niegan; si más alta
retribución a mi inocencia guardas,
brame la envidia, y sobre mí desplome
fiero el poder las bóvedas celestes,
que el alto estruendo de la horrenda ruina
escuchará impertérrita mi alma.

Paráfrasis al salmo «Judica me, Deus»

Judica me, Deus, et discerne causam meam.

Y en esta violación de todas las leyes divinas y humanas, ¿no podré yo, Dios mío, volverme a ti, Autor de toda ley y fuente de toda justicia y elegirte por Juez de mi causa? Ven, pues, Señor, y júzgala; y pues que nada se esconde a tu infinita sabiduría, cuya penetración conoce y ve hasta los más ocultos escondrijos de los corazones; ven, Señor, y registra y escudriña, así el mío como el de mis perseguidores, y júzgalos, y juzga esta causa con aquella imparcialidad con que has prometido juzgar a las justicias de la tierra.

De gente non sancta, ab homine iniquo et doloso erue me.

Pero entretanto, Señor, apiádate de mí, y no permitas que yo viva entre unas gentes que ni obedecen tu ley ni respetan tu santo nombre. Sácame de sus manos, adonde pueda yo adorarte y servirte en compañía de los que te reconocen y adoran; y sobre todo, sácame de las garras del hombre falso y malvado, que, sordo a la voz de la compasión y la humanidad, oye sólo la de mis perseguidores, para agravar noche y día la amargura de la situación en que me han puesto.

Quia tu es, Deus, fortitudo mea.

Así lo harás, Señor, porque tú eres mi único apoyo. Tú lo eras aun cuando mi alma andaba extraviada de los senderos de la virtud. Entonces, aunque agobiada con el peso de tantas culpas como contra ti cometía, todavía acostumbraba a volverse a ti, y te miraba como a su Dios y misericordioso salvador. Tú lo eres ahora más que nunca: ahora, que solo y abandonado de toda la tierra, y cercado de horror y de tinieblas, me sostienes y me haces hallar consuelo y reposo en el seno de la tribulación.

Quare me repulisti, et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?

¡Pero, Dios mío! yo veo que cuanto más sufro, tanto más crece la saña de mis perseguidores. Mi angustia se prolonga más y más cada día; y no viendo término ni salida a tanto padecer, mi alma desfallece, y está cerca de rendirse y ceder al peso de su tribulación. ¿Por qué, pues, Señor, me abandonas? ¿Por qué me has desechado y privado de tu santa protección? ¿Por qué permites que yo esté triste y abatido, cuando mis enemigos se ensañan y esfuerzan más y más en abatirme y afligirme?

Emitte lucem tuam, et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt, et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua.

¡Oh Dios mío! acude a mi socorro. Ven, y envía sobre mí aquella santa luz que me alumbró y fortificó desde el principio de mi tribulación. Haz que yo no la pierda jamás de mi vista, ni olvide aquellas santas verdades que me han sostenido en ella, haciéndome conocer que no hay otro mal en la tierra que el de ser desagradable a tus ojos, y que aquel a quien tú alumbras y a quien tú defiendes y proteges, no debe temblar, y nada tiene que temblar sobre ella. Esta luz y esta verdad son las que siempre me han conducido a ti. Tú sabes, Señor, que en medio de los errores y devaneos que me rodearon en mi juventud, y de la ciega docilidad con que los seguí en los senderos del placer y la disipación, ellas me guiaban continuamente hacia ti; me hacían acudir a tu santo templo a lavar mis culpas en las santas aguas de la penitencia, y acercarme, aunque indigno, a aquella mesa inefable, donde tu bondad divina distribuye el pan purísimo de los ángeles a los hombres frágiles y pecadores.

Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.

Ahora, pues, Señor, que mi alma está necesitada de este pan celestial para fortalecerse y unirse a ti, yo me acercaré, Dios mío, con más frecuencia a tu altar para recibir en él tan soberano alimento. ¡Oh Señor, y cuánta es tu bondad, pues que en medio de la tribulación me has dejado tan inefable consuelo! Tú no has permitido que mis enemigos me lo robasen. Ellos me han separado de la compañía de los hombres, porque sólo a los hombres temen...; pero no se han atrevido a privarme, Dios mío, de la tuya. Entrando en tu Santuario, allí te adoraré como a Dios de bondad y justicia; allí imploraré tu misericordia, y te pediré arrepentido y humillado el perdón de mis culpas; allí desnudaré el hombre viejo, afeado con las manchas del vicio; y adornado con las vestiduras de tu santa gracia, allí ¡oh mi Dios! rejuveneceré, y alegre y tranquilo emplearé el resto de mis días en bendecirte y adorarte.

Confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus; quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?

Entonces, ¡oh Dios bueno! cantando tus misericordias, entonaré día y noche tus alabanzas, y en frecuentes himnos de gratitud y adoración, ensalzaré tu nombre santísimo, y recordaré tantos y tan grandes beneficios como he recibido de tu mano. ¡Oh alma mía!, he aquí la dicha que no pueden robarte los hombres. ¿Por qué, pues, te entristecen sus persecuciones? ¿Por qué te turba y aflige la cólera que desahogan sobre ti, cuando sabes que Dios es tu salvador, y que contra los que cubre el manto de su divina protección nada pueden los grandes y poderosos de la tierra?

Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi, salutare vultus mei, et Deus meus.

Espera, pues, alma mía, y confía en tu Dios, que se dolerá de tu aflicción, y te librerá de las garras de tus enemigos. Espera en tu Dios, que él te dará tiempo para que reconozcas y experimentes sus misericordias, y para que le confieses, y adores su santo nombre; y restituyendo a tu corazón la paz, y la alegría a tu semblante, creas que él será siempre para ti, como hasta ahora fue, tu Dios bueno y misericordioso.

Epístola novena

Jovino a Posidonio

«El hombre que morada un punto solo
hiciera en la ciudad, maldito sea».
Así la musa de León un día
cantó, al profano Tíbulo imitando.
¿Dirás tú amén, oh Carlos, a tan dura
impía maldición? ¡Ah! no, cuitado,
no puedes, ya que obligación severa
te hizo del campo con veloz galope
volver a la ciudad, y mal tu grado,
te alejó de la gran Naturaleza.
A la antigua ciudad volviste, y hora
vas confundido entre su necia turba,
triste cruzando las hediondas calles,
do el viejo muro y nuevos techos niegan
entrada al sol y libre paso al viento,
y donde el lujo deshonesto excita
pena en tu corazón, riesgo en tus ojos.
O bien, huyendo del bullicio insano,
te aprisionas aún más, y a voluntaria
soledad en tu casa te condenas,
y allí, diciendo triste adiós al campo,
te sepultas con él. ¡Oh, cuánto pierdes!,
que ya no más recrearán tu alma
ni de la aurora el rosicler dorado
cuando al oriente asoma, ni el brillante
dosel que de encendidos arreboles
retoca el sol para hermostear su lecho.
No gozarás ya allí del claro cielo
la vasta, augusta escena, ni en tu oído
sonarán las canoras avecillas,
si ya no alguna, como tú enjaulada,
por su perdida libertad suspira.
La pompa vegetal tendida al viento
en árboles frondosos, o en mil flores
y plantas ricamente derramada
por los abiertos campos y colinas,
no más verán con éxtasis tus ojos.
¡Oh, cuánto menos echarán ahora
el rico esmalte de los verdes prados,
do con incierto giro serpentea
el arroyuelo, que del monte cae
sonando, y de su margen tortuosa
las tiernas camamilas salpicando!
¡Cuánto su aspecto y cuánto su frescura
refrigeraba tus cansados miembros!
¡Qué bien clamó León! ¡Oh necio, oh necio
el que de tantos bienes y delicias
voluntario se aleja, y aquél triste
a quien los niega mísero destino!
Pero ¿qué digo? ¿Al hombre pueden sólo
recrear los sentidos? ¿Por ventura
verá en ellos el único instrumento
de su felicidad, o podrá iluso
colocarla en sus ojos y su vientre?
¡Oh blasfemia de Tíbulo! ¡Oh descuido
de la musa del Darro, profanada
al repetirla en su sagrada lira!
Carlos, guarte, no hagas en la tuya
tal injuria a tu ser. Pues ¡qué! ¿en tu pecho
no hay un sentido superior que anima
cuanto en su imperio la natura ostenta?
Su riqueza magnífica, sus gracias,
¿para el bruto qué son? Nada sin vida,

que él pace y bebe estápido, y vagando,
huella las flores, el arroyo enturbia,
y ni ama el campo ni a los cielos mira.
No así tú, Carlos. Tu razón, imagen
de la divina inteligencia, y ese
espíritu sublime que a una ojeada
cielos, tierra y abismos ve, no esclavo
se hará de sus esclavos, ni a ellos solos
felicidad demandará. Más noble,
más encumbrado objeto va buscando,
de su destino y alto ser más digno.
Por él suspira de continuo y vuela
sin descanso ni paz hasta encontrarle.
¿De vista le perdió? ¿Desconoció?
¿Se lanzó acaso descarriado y ciego
en pos de alguno de su alteza indigno?
Pues todavía huyendo de él le busca,
y en él tan sólo puede hallar reposo.
¡Oh alto, oh inmenso, oh sumo bien! ¡Tú solo
puedes saciar las almas que criaste!
Hacia ti vuelan cuando van perdidas
en pos de las bellezas, que benigno
criaste tú también. Pero ninguna
hinche su corazón, y de ti lejos,
nada le harta, todo le fastidia.
¡Oh divina virtud! A ti fue dado,
a ti sola entrever de bien tan sumo
la sublime morada. Tú, tú solo
en este valle, de amargura lleno,
puedes gustar con labio reverente
alguna gota del raudal inmenso
de gozo y paz que en torno de su alcázar
corre perenne, y que en reposo eterno
a luengos tragos beberás un día.
Dichoso tú, doquiera que morares,
oh Carlos, si andas en la sola senda
por do seguro la virtud te guía
hacia tan alto bien. ¿Qué puede, dime,
causar enojo al que fiel la sigue?
Tú lo conoces; tú, que en el bullicio
de la ciudad de Augusto, o ya ejercitas
la santa caridad, suma y tesoro
de todas las virtudes, o alejado
del liviano rumor, días y noches
entre el estudio y la oración repartes,
y en píos o inocentes ejercicios
santificas tu ocio. Y no presumas
que tal consuelo a la virtud no alcance,
cuando aherrojada está, víctima triste
de la calumnia y del poder. No, Carlos,
no; que su escudo de templado acero,
tres veces doble, las agudas flechas
rechaza, y ni le vence ni traspasa
su venenosa punta. Sufre, es cierto;
pero sufre tranquila. Ve el insano
triunfo de la injusticia, ve el ultraje
de la inocencia desvalida, y sufre;
mas sufriendo, su mérito acrisola,
su fuerza aumenta y su corona labra.
La ve, la espera, y aun vencida vence.
¿Dúdaslo acaso? Dime, ¿qué en su daño
puede el rencor de un enemigo crudo?
¿Encadenar su cuerpo? Pero libre,
¿no romperá su espíritu los fierros?
¿No volará por la sublime esfera?
¿Y no columbrará de aquella altura,
al través de los muros transparentes
del alcázar eterno, la corona
que está allí a su paciencia preparada?

Y entonces, di, ¿no volverá a su cárcel
con tan rica esperanza conhortado,
y el alma henchida en celestial consuelo?
¡Oh, cómo entonces del destino triunfa!
Tal vez alegre al olvidado plectro
la mano alargará, y en dulce raptó
al son de las cadenas acordándole,
ensayará sobre sus cuerdas de oro
liras a la amistad, himnos al cielo.
Y si la tierna compasión, rompiendo
los pechos de diamante, ¡ay Dios! abriese
la hermosa luz del éter a sus ojos
y el verdor de los campos, ¡cuánto, oh, cuánto
dulce placer rebosará en su pecho!
Entonces sí que de Naturaleza
gozaría el espectáculo, subiendo
desde él a contemplar el sumo Artífice,
que con benigna omnipotente mano
tantas lumbreras encendió en el cielo
para aumentar su gloria, y en la tierra
tanta belleza y tantos ricos dones
en bien del hombre derramó piadoso.
¡Ah!, desdichado el que a tan alta dicha
y inefable consuelo abrir no puede
su duro corazón, y no conoce
que no hay desdicha en la virtud, y sólo
la virtud santa puede hacer dichosos.

Epístola décima

A Bermudo, sobre los vanos deseos y estudios de los hombres

Sus, alerta, Bermudo, y pon en vela
tu corazón. Rabiosa la fortuna
le acecha, y mientras arrullando a otros,
los adormece en mal seguro sueño,
súbito asalto quiere dar al tuyo.
El golpe atroz, con que arruinó sañuda
tu pobre estado, su furor no harta,
si de tu pecho desterrar no logra
la dulce paz que a la inocencia debe.
Tal es su condición, que no tolera
que a su despecho el hombre sea dichoso.
Así a tus ojos insidiosa ostenta
las fantasmas del bien, que va sembrando
sobre la senda del favor, y pugna
por arrancar de tu virtud los quicios.
Guay, no la atiendas; mira que robarte
quiere la dicha que en tu mano tienes.
No está en la suya, no; puede a su grado
venturosos hacer, mas no felices.
¿Lo extrañas? ¿Quieres, como el vulgo idiota,
de la felicidad y la fortuna
los nombres confundir, o por los vanos
bienes y gustos con que astuta brinda
el verdadero bien medir? ¡Oh engaño
de la humana razón! Di, ¿qué promete
digno de un ser, que a tan excelsa dicha
destinado nació? ¡Pesa sus dones
de tu razón en la balanza, y mira
cuánta es su liviandad! Hay quien, ardiendo
en pos de gloria y rumoroso nombre,
suda, se afana, y, despiadado, al precio
de sangre y fuego y destrucción le compra;
mas si la muerte con horrendo brazo
de un alto alcázar su pendón tremola,
se hincha su corazón, y hollando fiero
cadáveres de hermanos y enemigos,
un triunfo canta, que en secreto llora
su alma horrorizada. Altivo menos,
empero astuto más, otro suspira
por el inquieto y mal seguro mando,
y adula, y va solícito siguiendo
el aura del favor; su orgullo esconde
en vil adulación; sirve y se humilla
para ensalzarse; y si a la cumbre toca,
irgue altanero la ceñuda frente,
y sueño y gozo y interior sosiego
al esplendor del mando sacrifica;
mas mientras incierto en lo que goza teme,
a un giro inestable de la rueda cae
precipitado en hondo y triste olvido.
Tal otro busca con afán estados,
oro y riquezas; tierras y tesoros,
¡ah! con sudor y lágrimas regados,
su sed no apagan. Junta, ahorra, ahúcha,
mas con sus bienes crece su deseo,
y cuanto más posee más anhela.
Así, la llave del arcón en mano,
pobre se juzga, y pues lo juzga, es pobre.
A otra ilusión consagra sus vigili-
as aquel que, huyendo de la luz y el lecho,
de la esposa y amigos, la alta noche
en un garito o mísera zahúrda
con sus viles rivales pasa oculto.

Entre el temor fluctúa y la esperanza
su alma atormentada. Hele: ya expuso,
con mano incierta y pecho palpitante,
a la vuelta de un dado su fortuna.
Cayó la suerte; pero ¿qué le brinda?
¿Es buena? Su ansia y su zozobra crecen.
¿Aciaga? ¡Oh Dios!, le abrumba y le despeña
en vida infame o despechada muerte.
¿Y es más feliz quien fascinado al brillo
de unos ojelos arde y enloquece,
y vela, y ronda, y ruega, y desconfía,
y busca al precio de zozobra y penas
el rápido placer de un solo instante?
No le guía el amor, que en pecho impuro
entrar no puede su inocente llama.
Sólo le arrastra el apetito; ciego
se desboca en pos de él. Mas ¡ay!, que si abre
con llave de oro al fin el torpe quicio,
envuelta en su placer traga su muerte.
Pues mira a aquél, que abandonado al ocio,
ve vacías huir las raudas horas
sobre su inútil existencia. ¡Ah! lentas
las cree aún, y su incesante curso
precipitar quisiera; en qué gastarlas
no sabe, y entra, y sale, y se pasea,
fuma, charla, se aburre, torna, vuelve,
y huyendo siempre del afán, se afana.
Mas ya en el lecho está: cédele al sueño
la mitad de la vida, y aun le ruega
que la enojosa luz le robe. ¡Oh necio!
¿a la dulzura del descanso aspiras?
Búscala en el trabajo. Sí, en el ocio
siempre tu alma roerá el fastidio,
y hallará en tu reposo su tormento.
Mas ¿qué, si a Baco y Ceres entregado
y arrellanado ante su mesa, engulle
de uno al otro crepúsculo, poniendo
en su vientre a su dios y a su fortuna?
La tierra y mar no bastan a su gula.
Lenguaraz y glotón, con otros tales
en francachelas y embriagueces pasa
sus vanos días, y entre obscenos brindis,
carcajadas y broma disoluta,
se harta sin tasa y sin pudor delira;
mas a fuerza de hartarse, embota y pierde
apetito y estómago. Ofendida
Naturaleza, insípidos le ofrece
los sabores que al pobre deliciosos.
En vano espera de una y otra India
estímulos, en vano pide al arte
salsas que ya su paladar rehúsa;
el ansia crece y el vigor se agota,
y así consunto en medio a la carrera,
antes su vida que su gula acaba.
¡Oh placeres amargos! ¡Oh locura
de aquel que los codicia, y humillado
ante un mentido numen los implora!
¡Oh, y cuál la diosa pérfida le burla!
Sonríele tal vez, empero nunca
de angustia exento o sinsabor le deja,
que a vueltas del placer le da fastidio,
y en pos del goce, saciedad y tedio.
Si le confía, luego un escarmiento
su mal prevista condición descubre.
Avara, nunca sus deseos llena;
voltaria, siempre en su favor vacila;
inconstante y crüel, aflige ahora
al que halagó poco ha, ahora derriba
al que ayer ensalzó, y hora del cieno

otro a las nubes encarama, sólo
por derribarle con mayor estruendo.
¿No ves, con todo, aquella inmensa turba,
que, rodeando de tropel su templo,
se avanza al aldabón, de incienso hediondo
para ofrecer al ídolo cargada?
¡Huye de ella, Bermudo! ¡No el contagio
toque a tu alma de tan vil ejemplo!
Huye, y en la virtud busca tu asilo,
que ella feliz te hará. No hay, no lo pienses,
dicha más pura que la dulce calma
que inspira al varón justo. Ella modesto
le hace en prosperidad, ledo y tranquilo
en sobria medianía, resignado
en pobreza y dolor. Y si bramando
el huracán de la implacable envidia,
le hunde en infortunio, ella piadosa
le acorre y salva, su alma revistiendo
de alta, noble y longánime constancia.
¡Y qué si hasta su premio alza la vista!
¿Hay algo, di, que a la esperanza iguale
de la inmortal corona que le atiende?
Mas te oigo preguntar: aqúeste instinto,
que mi alma eleva a la verdad, esta ansia
de indagar y saber, ¿será culpable?
¿No podré hallar, siguiéndola, mi dicha?
¿Coñdenarásla? No. ¿Quién se atreviera,
quién, que su origen y su fin conozca?
Sabiduría y virtud son dos hermanas
descendidas del cielo para gloria
y perfección del hombre. Le alejando
del vicio y del engaño, ellas le acercan
a la divinidad. Sí, mi Bermudo;
mas no las busques en la falsa senda
que a otros, astuta, muestra la fortuna.
¿Dónde pues? Corre al templo de Sofía,
y allí las hallarás. Ruégala... ¡Mira
cuál se sonríe! Instala, interpone
la intercesión de las amables musas,
y te la harán propicia. Pero guarte,
que si no cabe en su favor engaño,
cabe en el culto que le da insolente
el vano adorador. Nunca propicia
la ve quien, oro o fama demandando,
impuro incienso quema ante sus aras.
¿No ves a tantos como de ellas toman
de orgullo llenos, de saber vacíos?
¡Ay del que, en vez de la verdad, iluso,
su sombra abraza! En la opinión fiado,
el buen sendero dejará, y sin guía
de razón ni virtud, tras las fantasmas
del error correrá precipitado.
¿El sabio entonces hallará la dicha
en las quimeras que sediento busca?
¡Ah!, no: tan sólo vanidad y engaño.
Mira en aquel, a quien la aurora encuentra
midiendo el cielo, y de los astros que huyen
las esplendentes órbitas. Insomne,
aun a la noche llama presurosa,
y acusa al astro que su afán retarda.
Vuelve, la obra portentosa admira,
sin ver la mano que la obró. Se eleva
sobre las lunas de Úrano, y de un vuelo
desde la Nave a los Triones pasa.
Mas ¿qué siente después? Nada; calcula,
mide, y no ve que el cielo, obedeciendo
la voz del grande Autor, gira, y callado,
horas hurtando a su existencia ingrata,
a un desengaño súbito le acerca.

Otro, del cielo descuidado, lee
en el humilde polvo y le analiza.
Su microscopio empuña; ármale y cae
sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,
si allí le ofrece el mágico instrumento
leve señal de movimiento y vida!
Su forma indaga, y demandando al vidrio
lo que antevió su ilusa fantasía,
cede al engaño y da a la vil materia
la omnipotencia que al gran Ser rehúsa.
Así delira ingrato, mientras otro
pretende escudriñar la íntima esencia
de este sublime espíritu que le anima.
¡Oh cuál le anatomiza, y cual si fuese
un fluido sutil, su voz, su fuerza,
y sus funciones y su acción regula!
Mas ¿qué descubre? Sólo su flaqueza,
que es dado al ojo ver el alto cielo,
pero verse a sí, en sí, no le fue dado.
Con todo, osada su razón penetra
al caos tenebroso; le recorre
con paso titubeante, y desdeñando
la lumbré celestial, en los senderos
y laberintos del error se pierde.
Confuso así, mas no desengañado,
entre la duda y la opinión vacila.
Busca la luz, y sólo palpa sombras.
Medita, observa, estudia, y sólo alcanza
que cuanto más aprende, más ignora.
Materia, forma, espíritu, movimiento,
y estos instantes que incesantes huyen,
y del espacio el piélago sin fondo,
sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
nada comprende. Ni su origen halla,
ni su término, y todo lo ve, absorto,
de eternidad en el abismo hundirse.
Tal vez, saliendo de él más deslumbrado,
se arroja a alzar el temerario vuelo
hasta el trono de Dios, y presuntuoso,
con débil luz escudriñar pretende
lo que es inescrutable. Sondeando
de la divina esencia el golfo inmenso,
surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
y las propone y las disputa, y piensa
que la ignorancia que excitarlas supo
resolverlas sabrá. ¿Viste, oh Bermudo,
intento más audaz? ¡Qué! ¿sin más lumbré
que su razón, un átomo podría
lo incomprensible comprender? ¿Líderos
en lo inmenso encontrar? ¿Y en lo infinito,
principio, medio o fin? ¡Oh Ser eterno!
¿has dado al hombre parte en tus consejos?
¿O en el santuario, a su razón cerrado,
le admites ya? ¿Tan alta es la tarea
que a su débil espíritu confiaste?
No, no es ésta, Bermudo. Conocerle
y adorarle en sus obras, derretirse
en gratitud y amor por tantos bienes
como benigno en tu mansión derrama,
cantar su gloria y bendecir su nombre;
he aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
y de tu ser y tu razón la dicha.
Tal es, oh dulce amigo, la que el sabio
debe buscar, mientras los necios la huyen.
¿Saber pretendes? Franca está la senda:
perfecciona tu ser y serás sabio;
ilustra tu razón, para que se alce
a la verdad eterna, y purifica

tu corazón, para que la ame y siga.
Estúdiate a ti mismo, pero busca
la luz en tu Hacedor. Allí la fuente
de alta sabiduría, allí tu origen
verás escrito, allí el lugar que ocupas
en su obra magnífica, allí tu alto
destino, y la corona perdurable
de tu ser, sólo a la virtud guardada.
Sube, Bermudo, allí; busca en su seno
esta verdad, esta virtud, que eternas
de su saber y amor perenne manan;
que si las buscas fuera de él, tinieblas,
ignorancia y error hallarás sólo.
Deste saber y amor lee un destello
en tantas criaturas como cantan
su omnipotencia, en la admirable escala
de perfección con que adornarlas supo,
en el orden que siguen, en las leyes
que las conservan y unen, y en los fines
de piedad y de amor que en todas brillan
y la bondad de su Hacedor pregonan.
Esta tu ciencia sea, ésta tu gloria.
Serás sabio y feliz si eres virtuoso,
que la verdad y la virtud son una.
Sólo en su posesión está la dicha,
y ellas tan sólo dar a tu alma pueden
segura paz en tu conciencia pura,
en la moderación de tus deseos
libertad verdadera, y alegría
de obrar y hacer el bien en la dulzura.
Lo demás, viento, vanidad, miseria.

60. - LX -

Canto guerrero para los asturianos
A las armas, valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez el tirano de Europa
el solar de Pelayo insultó.

Ved cuán fieros sus viles esclavos
se adelantan del Sella al Nalón,
y otra vez sus pendones tremolan
sobre Torres, Naranco y Gozón.

Corred, corred briosos

**corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.**

Cuando altiva al dominio del mundo

**la señora del Tibre aspiró,
y la España en dos siglos de lucha
puso freno a su loca ambición,
ante Asturias sus águilas sólo
detuvieron el vuelo feroz,
y el feliz Octaviano a su vista
desmayado y enfermo tembló.**

Corred, corred briosos

**corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.**

Cuando suevos, alanos y godos

**inundaban el suelo español;
cuando atónita España rendía
la cerviz a su yugo feroz;
cuando audaz Leovigildo, y triunfante,
de Toledo corría a León;
vuestros padres, alzados en Arbas,
refrenaron su insano furor.**

Corred, corred briosos

**corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.**

Desde el Lete hasta el Piles Tarique

**con sus lunas triunfando llegó,
y con robos, incendios y muertes
las Españas llenó de terror;
pero opuso Pelayo a su furia
el antiguo asturiano valor,
y sus huestes el cielo indignado,
desplomando el Auseva, oprimió.**

Corred, corred briosos

**corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.**

En Asturias Pelayo alzó el trono,

**que Ildefonso afirmó vencedor;
la victoria ensanchó sus confines,
la victoria su fama extendió.**

**Trece reyes su imperio rigieron,
héroes mil realzaron su honor,
y engendraron los héroes que altivos
dieron gloria a Castilla y León.**

Corred, corred briosos

**corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.**

Y hoy, que viene un villano enemigo

**libertad a robaros y honor,
¿en olvido pondréis tantas glorias?,**

¿sufriréis tan indigno baldón?
Menos fuerte que el fuerte romano,
más que el godo y el árabe atroz,
¿sufriréis que esclavice la patria,
que el valor de Pelayo libró?

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

No creáis invencibles ni bravos
en la lid a esos bárbaros, no;
sólo en artes malignas son fuertes,
sólo fuertes en dolo y traición.

Si en Bailén de sus águilas vieron
humillado el mentido esplendor,
de Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Alcañiz arrastró sus banderas,
el Alberche su sangre bebió,
ante el Tormes cayeron batidos,
y Aranjuez los llenó de pavor.

Fue la heroica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
y las ondas y muros de Gades
su sepulcro serán y baldón.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Y vosotros de Lena y Miranda
¿no los visteis huir con terror?

¿Y no visteis que en Grado y Doriga
su vil sangre los campos regó?

Pues ¿quién hoy vuestra furia detiene?
Pues ¿quién pudo apagar vuestro ardor?

Los que ayer eran flacos, cobardes,
¿serán fuertes, serán bravos hoy?

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Cuando os pide el amor sacrificios,
cuando os pide venganza el honor,
¿cómo no arde la ira en los pechos?

¿Quién los brazos nerviosos ató?

A las armas, valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez con sus huestes el Corso
el solar de Pelayo manchó.

Corred, corred briosos,
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Notes

1.

De acuerdo con el criterio del editor José M. Caso, en este poema se ha respetado la ortografía del autógrafo de Jovellanos (BN. Ms. 12.958-27).

2.

Vicente García de la Huerta.

3.

Juan Pablo Forner.

4.

Leandro Fernández de Moratín.

<http://www.cervantesvirtual.com/>
